

Soñar y decir
también es hacer

LUIS CHIOZZA

Soñar y decir
también es hacer

Apuntes de todos los días



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

Soñar y decir también es hacer: apuntes de todos los días / Luis Chiozza. - 1a ed.-

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2022.

256 p.; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-599-849-0

1. Psicoanálisis. 2. Redes Sociales. I. Título.

CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2022. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-849-0

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Y si no puedo decirte nada sin lo que yo me digo;
lo que yo te digo,
¿es lo que yo te digo o lo que yo me digo?

Antonio Porchia, *Voces*

ÍNDICE

Prólogo. El trecho del dicho al hecho.....	15
1. Los cuentos infantiles	17
2. Hablando... ..	19
3. Entre el cansancio y la náusea.....	21
4. Donde mueren las palabras.....	23
5. Un camino propio.....	25
6. Dos maneras de señalar un defecto	27
7. Chicanas	29
8. Ser y creer.....	31
9. La anormalidad de lo normal.....	33
10. Intervencionismo	35
11. Cuatro faltas.....	37
12. La prodigalidad	39
13. Un recíproco engaño	41
14. ¿Repetición o novedad?	43
15. La emergencia de lo que urge	45
16. La esencia de la dificultad	47
17. Las víctimas de la prodigalidad	49
18. Las cualidades del carácter	51
19. Separar y juntar, bien o mal.....	53
20. Lo que nos enseña el lenguaje.....	55
21. Ideas y creencias	57
22. El médico y el enfermo.....	59
23. Demonio rojo	61
24. Tres maneras de la vida.....	63
25. El silencio.....	65

26. Acerca de la venganza	67
27. Los tres mundos en los que vivimos.....	69
28. Hacer falta.....	71
29. Civilización e hipocresía	73
30. Soledades rivales	75
31. Escrupulos.....	77
32. Hoy siento, madre, que me faltas tú	79
33. La colección de ofensas.....	81
34. Desatino y oratoria.....	83
35. Lo que se pierde sin querer	85
36. Prosperidad e inmoralidad.....	87
37. En la piel de todos.....	89
38. Yo soy aquel.....	91
39. Desnudez... ..	93
40. Reconocer	95
41. Idea y materia.....	97
42. Volver.....	99
43. El corazón “deducido”	101
44. Entre la necesidad y el vicio.....	103
45. Crueldad... ..	105
46. Si nada me faltara... no sabría qué hacer	107
47. Querer, poder y deber.....	109
48. Promesas incumplidas	111
49. Lo que no fue.....	113
50. Habría que... ..	115
51. Defender lo indefendible.....	117
52. Bluf.....	119
53. La identificación enajenante	121
54. Muerte y agonía	123
55. Bueno.....	125
56. Marginalidad.....	127
57. Entre cierto y acierto	129

58. Cada mañana	131
59. Lo que me importa.....	133
60. El inquilino	135
61. La subsistencia semántica	137
62. Prófugo	139
63. Soledad y compañía.....	141
64. Médicos y médicos	143
65. Esperanza	145
66. Cumpleaños	147
67. ¿Cómo decir?.....	149
68. El color del cristal.....	151
69. Disentir y consentir	153
70. Y los sueños... sueños son	155
71. Bustos parlantes.....	157
72. El tipo	159
73. El cuerpo “cacofónico”	161
74. La demanda extorsiva	163
75. Ideas y afectos.....	165
76. Imprescindible.....	167
77. Qué hubiera sido si... ..	169
78. Cuando los padres o los hijos duelen	171
79. Qué locura	173
80. Acompañado y solo	175
81. Semillas	177
82. Con espíritu navideño	179
83. Bueno, bello y verdadero	181
84. Entre lo difícil y lo fácil	183
85. Un solo enemigo	185
86. Donde fueres, haz lo que vieres.....	187
87. La caída del telón	189
88. La primera criatura que educamos	191
89. Con la razón no alcanza.....	193

90. Las vicisitudes de las iniciativas.....	195
91. Esperando	197
92. El dibujo	199
93. Determinado y libre	201
94. Los tiempos.....	203
95. Lo imaginario.....	205
96. “Porchia y yo”.....	207
97. Mi queja y mi ego	209
98. El efecto Titanic	211
99. Tentación	213
100. Los distintos significados de una cópula sexual.....	215
101. Susceptibilidad	217
102. Libertad y acto creativo	219
103. Un cuento... ..	221
104. Inseguridad	223
105. Opiniones divididas	225
106. En tiempos de egolatría	227
107. Pensar senti-mental	229
108. Lo que la vida me da	231
109. En tiempos de pandemia	233
110. El libro	235
111. Los padres de la patria	237
112. Entre mujeres y hombres	239
113. El tiempo de la esperanza	241
114. La intención como pretexto.....	243
115. Las relaciones exclusivas.....	245
116. Físico y psíquico.....	247
117. De la noche a la mañana.....	249
118. Hasta dónde.....	251
Epílogo. El castillo de arena y el palacio soñado.....	253

PRÓLOGO

EL TRECHO DEL DICHO AL HECHO

El proverbio “del dicho al hecho hay mucho trecho” transmite que es mucho más difícil hacer que decir, a través del significado de “trecho” (derivado de *tractus*, como traer, abstraer, arrastrar, trasladar, retracción), que connota la idea de dificultad utilizando la metáfora de una distancia, sin especificar lo que ese trayecto contiene. No sucede lo mismo con su equivalente italiano, “*tra il dire e il fare c'è di mezzo il mare*”. El mar, además de ser grande, está lleno “de contenido”. Luego de haber aceptado que hacer (materializar) es más difícil que decir (concebir), cabe volver sobre la idea para poder rescatar otros aspectos.

Siempre partimos de que la materia, por ser “palpable”, es más “concreta y duradera” que la idea, pero no es verdad. Dado que “concreto” (por su origen, “crecer unido”) también significa “preciso, detallado o bien delimitado”, no cabe duda de que los productos mentales que configuran lo dicho pueden, muy bien, ser concretos. Además, tal como señalaba Heráclito hace más de dos mil años, lo que permanece

del río es su forma; el agua circula. No vale argumentar que la forma del río está dada por la materia que constituye su lecho, porque ese lecho es también una forma que los átomos que la configuran “atraviesan” mientras son sustituidos por otros.

Cabe subrayar, entonces, que las ideas no solo pueden ser muy concretas, sino también duraderas, ya que el reconocimiento mismo de ese “crecer unidas”, en cuanto constituye un volver a encontrarse con algo conocido, es un testimonio de su perduración. Precisamente aquí, en este punto, surge aquello que deseamos rescatar. Una vez destacado el valor del hacer, debemos admitir que el decir nos es tan vano como solemos creer cuando, enamorados del supuesto de que solo la materia está “hecha” (o es “un hecho”), no lo pensamos mejor. Toda la historia de la civilización nos certifica, sin embargo, que las ideas son “hechos” y que, a pesar del descrédito que suele acompañar a la palabra que en primer término usaremos, *idealizar es crear*.

LOS CUENTOS INFANTILES

En el prólogo de *Mi cuerpo, los otros y yo* (un libro “para niños” que fue una de los mejores entre aquellos que, por esas cosas que tiene la vida, me dediqué a escribir), me refería a los cuentos que los padres de niños “infantiles” relatan a sus hijos, menospreciando la inteligencia que los impregna antes que la poda neuronal de los seis años los convierta en “normales”.

No me refiero a los relatos clásicos, decantados a través de los años. Tampoco pretendo omitir obras inmortales, como los cuentos de Andersen, las canciones poéticas de María Elena Walsh, o *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Me refiero, especialmente, a las espontáneas creaciones que todo niño ha recibido de sus progenitores, no solo para inducirlos al sueño, sino también, y sobre todo, cada vez que solicitan la respuesta a una pregunta que sus padres ignoran.

Cuentan que, cierta vez, un automovilista desesperado porque se le han caído los tornillos en una alcantarilla mientras cambia una rueda del vehículo, detenido al borde del muro que limita un

manicomio, recibe de un recluso el consejo de que quite uno de cada una de las otras ruedas para fijar la que necesita remplazar. Cuando, extrañado, expresa su asombro frente a la sensatez del consejo, recibe como respuesta: “Es que yo soy loco, pero no soy tonto”. El ejemplo permite señalar que, frente a un inconsciente “loco”, la consciencia es “tonta”. Vale la pena recordarlo cuando nos encontramos frente a la supuesta tontería de una mente infantil.

Me encuentro ahora frente al hecho, infausto, de comprender, de pronto, el desatino en el cual hemos incurrido, insistiendo en la “ingenua” actitud de psicoanalizar a niños “que hablan”, mediante intrincadas y subjetivas interpretaciones de juegos y dibujos, sofisticadamente reglados.

Son procedimientos a los cuales, “para poder psicoanalizarlos”, los sometemos reiteradamente.

Mientras tanto, sucede que no solo pueden comprender sin grandes mermas todo lo que hablamos, sino que además, en el ejercicio de su vida cotidiana, utilizan con toda naturalidad el lenguaje verbal que nuestra técnica, con frecuencia, menosprecia.

2

HABLANDO...

Muchas veces, escuchamos decir que hablando uno llega, por fin, a “disipar el equívoco”. Pero también es necesario reconocer las infortunadas situaciones en que hemos llegado a pensar que “no hay más” un “qué hablar”. Sucede entre padres e hijos, en los matrimonios y, también, por inconmensurable desgracia (dado que la política es la disciplina que se dedica a estudiar las formas de gobernar la polis, es decir, la ciudad), en los abundantes avatares de una “lucha política”, que además de incesante es cada vez más aguda.

Cada uno de nosotros adopta una posición “personal” frente a la magnitud de esa angustiante contienda, y la cuestión, transformada en un “callejón sin salida”, no merecería un mayor comentario si no fuera por la creciente presencia de un factor patológico que es imprescindible aclarar y que reside en *la innegable malicia con la cual se argumenta*. En otras palabras: sé que no tengo razón, que lo que digo no es cierto, y tampoco me importa que mis conclusiones surjan de razonamientos espurios, porque también

sé que puedo maniobrar de un modo en que será difícil, para una inmensa mayoría que ignora los detalles del asunto tratado, darse cuenta del engaño que mi charlatanería sustenta.

No está mal decir que lo que sucede es “loco”. La cuestión adquiere firmeza si tenemos en cuenta que “loco” proviene de “locuaz”, y que la locuacidad sin apoyo “real”, y peor aún si es malintencionada, se expresa en toda su riqueza simbólica en la bíblica torre de Babel, una confusión de lenguas que fue infligida a la humanidad como castigo por la inmoderada soberbia contenida en su pretensión de levantar una construcción que les permitiera alcanzar el cielo.

La malicia, pues, es lo que necesitamos detectar para comprobar que el que nos miente a sabiendas niega que, inevitablemente, y en parte, se está mintiendo a sí mismo. Pues mientras incurre en el desatino de querer arrastrarnos a que nos hundamos acompañándolo en el proceso de obstruir su destino, sucumbe a la creencia de que, para seguir su propia vida, necesita succionar la nuestra.

ENTRE EL CANSANCIO Y LA NÁUSEA

Nunca como hoy, frente a tantas promesas ostentosas que son, por sus contornos “difusos”, sencillamente increíbles, nos encontramos apresados entre un “desmoralizado” cansancio, que no se disipa descansando, y un entorno vertiginoso, que nos “mueve el piso” de tal forma que “orientar” nuestros esfuerzos en alguna dirección se ha convertido en un intento, muy difícil, que suele llegar al punto en que nos descorazona.

Me refiero, sí, a lo que nos trasmite el periodismo y la política, pero más allá de sus banderas y de los países en los cuales opera.

Si nos damos cuenta de que la simpleza de esperar solo desemboca en un desesperante pantano, nos queda todavía un incesante trabajo cotidiano guiado por la esperanza que persiste cuando nos resistimos a optar por la muerte. Un trabajo que persevere con tesón en continuar “dentro de todo” con lo que nos pide una vida que no se resigna a ser menos que vida.

Si es cierto que “mientras hay vida hay esperanza”, la disminución de esa esperanza equivale a “una cuota” de muerte que, casi siempre de manera

inadvertida (adquiriendo, por ejemplo, la forma de “la muerte de otro”), se instala en la cotidianidad de nuestra vida actual.

Lo que importa saber, precisamente ahora, es que no solo ha sucedido, sino que se trata de un proceso continuo que está sucediendo, y que su movimiento, impredecible e incesante, configura ese vértigo que desestabiliza el solar en el que apoyamos nuestros pies.

Cuando, por las inclemencias del tiempo, no podemos ver mucho más allá de nuestra proa, es inútil forzar una marcha sin destino. Pero debemos evitar flotar al garete, ofreciendo a la tormenta nuestros puntos más débiles. Necesitamos conservar a ultranza un poco, por lo menos, del impulso imprescindible para gobernar el timón.

La fuerza que hace falta para arrostrar las penas que la realidad nos impone proviene, siempre, de la determinación que nos otorga, a pesar de la bruma, divisar el norte. Un norte hacia el cual, gracias a los límites que impondrá nuestra náusea, “un día de estos” podremos continuar.

DONDE MUEREN LAS PALABRAS

Antonio Porchia nos aclara: “Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas, y lo que dicen nunca es lo mismo”.

Chuang-Tzu (398-286 a. C.) escribió, hace más de dos mil años: “El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez, puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo, puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado, puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar a un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.

Lo que nos comunica Porchia nos enfrenta con el hecho, repetidamente establecido, de que “la palabra es un equívoco predestinado” que surge porque el significado que la engendra nunca puede caber en algún conjunto de palabras. La frase de Chuang-Tzu nos invita, en cambio, a comprender que, una vez pronunciada, toda palabra se convierte inevitablemente en una metáfora marchita.

Nada podrá ser dicho, por lo tanto, que no pueda suscitar, al mismo tiempo, un rotundo “no es verdad”. Sin embargo, cuando las palabras mueren, ya se ha cumplido el hablar que Chuang-Tzu necesita.

Precisamente por eso existen los poetas, capaces de transformar los exabruptos con los que nos enfrenta la vida en conmovedoras experiencias de impresionante belleza.

Tal como señala Antonio Machado, dado que no podemos evitar nuestra condición de caminantes, la vida nos empuja a descubrir en carne propia que “no hay camino, / se hace camino al andar” (“y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar”).

Llevados por ese motivo, nos hemos embarcado en la aventura de escribir estos *Apuntes de todos los días* que procuran pulir y repulir, en unas pocas oraciones, los significados que cotidianamente nos invaden. Lo hacemos sabiendo que en todo nacimiento ya se prefigura la ineludible declinación que transforma la coherencia del significado originado en un conjunto de fibras deshilachadas que han cumplido su destino separándose de lo que se ha hundido en el olvido.

UN CAMINO PROPIO

Decimos que nuestra vida posee un sentido (un “para qué” y un “para quién” vivimos) cuando se dirige hacia un objetivo que constituye una meta y, al mismo tiempo, procede impregnada por un sentimiento de la importancia que sus actos adquieren. Un sentimiento que surge indisolublemente unido a nuestra capacidad para establecer diferencias (la palabra “indiferente” suele aludir a lo que no nos importa).

Entre las personas (amigas o enemigas) con las que establecemos las relaciones (materiales o ideales) que otorgan a nuestra vida un sentido, aquellas (presentes o ausentes) con las que compartimos intereses y creencias configuran un “grupo de pertenencia”. Solemos representar la identidad que la pertenencia nos otorga con un símbolo que, como la bandera de un país o el escudo de un club, constituye el “distintivo” de que nos afiliamos a un “partido”.

Frente a la magnitud de la influencia que toda pertenencia ejerce sobre los miembros de la colectividad que allí se configura, sucede a veces que alguno de

sus integrantes intente recorrer un camino “propio” que, si no le alcanza para liderar las tendencias del conjunto entero, le permita participar de un modo que considera más satisfactorio.

No cabe duda de que el resultado de tales vicisitudes debería determinar si un intento particular es valioso o dañino. Sin embargo, en un mundo que transcurre “normalmente” en el borde de un equilibrio inestable entre el caos y el orden, y en el cual el caos suele ser el prerequisite necesario para acceder a un orden nuevo, no es fácil decidir “a priori” qué será lo mejor.

Mientras tanto, una cosa es segura. Hay lugares en los que, como ha señalado Weizsaecker, un hombre se coloca de un modo en que se obstruye, a sí mismo, la trayectoria de su propio destino. Puede distinguirse todavía, entonces, entre los intentos subversivos que son “serios y bien meditados” y aquellos otros apresurados, superficiales y banales que surgen motivados por los cuatro gigantes del alma que, ocultos detrás de la ambición, nos envenenan la vida: la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos.

DOS MANERAS DE SEÑALAR UN DEFECTO

Sabemos que el lugar desde donde miramos determina la inevitable parcialidad que deriva de nuestro “punto de vista”. Es una razón más para que una breve reflexión nos conduzca a que, como decíamos en uno de nuestros apuntes anteriores, no existe un enunciado verbal que no pueda suscitar, justificadamente, la afirmación rotunda de que aquello que declara “no es verdad”.

Hay dos maneras, una valiosa y otra espuria, con las que se suele cuestionar un enunciado. En la primera, la objeción surge como resultado de un trascurso que comienza por una impregnación, fructífera, con lo que el enunciado expone, y que conduce, por fin, a una cierta insuficiencia que nos pone en contacto con sus límites. En la segunda, el cuestionamiento, inmediato, no recorre ese trayecto.

El asunto adquiere más importancia cuando reparamos en que con los actos a través de los cuales nuestra vida se expresa ocurre lo mismo que con los enunciados verbales. Es cierto que cuando describimos, interpretamos, registramos o, sencillamente,

percibimos un acto lo hacemos mediante un enunciado verbal que transcurre, muchas veces, en silencio. Pero, más allá de eso, vale la pena detenerse en una esclarecedora analogía. Mientras la verdad de lo dicho equivale, en el terreno de la acción, a los actos perfectos, las mentiras que el discurso contiene equivalen a los defectos con que hacemos las cosas que hacemos.

La analogía nos permite, entonces, comprender que, cuando juzgamos los actos (sean propios o ajenos), también podremos hacerlo desde una perspectiva valiosa, que comienza por apreciar lo que luego critica, y otra, espuria, que desprecia “de entrada” mediante un juicio enclenque y precario.

De más está decir que una exploración más cuidadosa nos permitirá constatar que, detrás de las críticas apresuradas, maliciosas y espurias, se esconden, nuevamente, la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos. Los cuatro gigantes del alma que nos infectan hasta un punto en el que, entretenidos con fruición en señalar defectos, nos olvidamos de que, así como nos habitan, habitan en los seres que amamos más allá de sus defectos.

CHICANAS

El vocablo “chicana” designa una artimaña, un procedimiento de mala fe, especialmente dedicado a entorpecer o dilatar un juicio que intenta dirimir un pleito. El foro de WordReference aclara que designa una práctica que en la Argentina abunda entre los políticos para intentar, de manera espuria, descalificar o ridiculizar al oponente.

Reparemos en que, en general, se trata de discusiones interminables, porque su condición esencial radica en un designio que ambas partes adoptan y que consiste en mantener, a ultranza, una discrepancia que justifique una “elección”. Todo lleva a suponer que, cuando así sucede, ocurre porque esa discrepancia suele utilizarse como fundamento de una identidad política que no encuentra, más allá de los discursos vacuos, genuinos conceptos y proyectos que le permitirían sostenerse con autenticidad.

Cuando, sin dedicarme a la política, la utilizo como ejemplo, es porque allí, dada su enorme difusión, adquiere claridad un tipo de argumentación maliciosa que constituye una fuente inagotable de

conflictos en todas las otras formas del intercambio verbal que participa, de un modo substancial, en nuestra cotidiana convivencia.

Conmueve comprobar hasta qué punto aquello que con mirada crítica contemplamos frente a la debilidad argumental de algunas “campañas electorales” habita de un modo solapado en los razonamientos que, con demasiada frecuencia, usamos cuando defendemos, con argumentos que sabemos espurios, nuestra posición frente a las cosas que nos ocurren en nuestras relaciones con los seres que más nos importan.

Ingresamos, así, en una paradoja de ribetes trágicos. Cuando convertimos una discusión en un “juego” que es imprescindible ganar y, arrebatados por esa irresistible tendencia, recurrimos, para ganar, a una trampa, ganamos sabiendo que, en realidad, hemos perdido.

Hay quienes, frente a lo que imaginan que significa perder, prefieren ganar de ese modo. Dale Carnegie sostuvo que “el que gana una discusión pierde a un amigo”. Habrá veces auténticas en que, sin duda, se justifica, pero aquello que se gana, en cambio, con argumentos que se saben falsos realmente “no vale la pena”.

SER Y CREER

Hemos progresado cuando comprendimos que solo se puede ser siendo con otros, pero también porque, comparando al “yo” (pronombre personal) con el vórtice visible que se forma cuando un lavatorio se vacía, y que acontece porque en él participa todo el líquido que llena el recipiente, establecimos otras conclusiones.

Gracias a pensadores como Borges o Porchia, y sobre todo incursionando en la sabiduría contenida en los textos orientales que los hindúes y los chinos masticaron durante milenios, llegamos a comprender que habría que evitar decir “yo”, como un alguien preexistente que inicia lo que allí sucede, y habría que decir, en cambio, “se piensa”, “se siente” o “se hace”, como se dice “llueve”.

Llegamos así a que los participantes (incluyendo el superyó, el ello y todo aquello que permanece inconsciente) que, en su conjunto, constituyen esa vida que continuamente nos atraviesa (desde un ayer en que nací sin querer y un mañana en que moriré del mismo modo) no integran ese “mi-yo”

que considero “mío”. Esa ilusión tenaz, que valoro, de que existo realmente como alguien insustituible que debe hacerse cargo de realizar un destino ocurre porque, como Shakespeare decía, estamos hechos de la substancia de la que están hechos los sueños. Es cierto que únicamente se apoya en una creencia que disputa contigo, y con los otros habitantes de mi circunstancia, la certidumbre de un territorio “propio” en el cual creo que me corresponde ejercer un dominio.

Suele decirse que el mejor negocio del mundo es comprar a los hombres por lo que valen y venderlos por lo que creen valer. Todos sabemos que hay “pillados”, personas que, de manera engreída y soberbia, “se la creen”, es decir que, simplemente, en forma grosera y excesiva, creen ser lo que no son. Pero conmueve comprobar que, “por fuera” de esos casos extremos, existe siempre, sin excepción, más allá de la evidente grosería, una inevitable diferencia entre lo que creemos ser y lo que somos. Tenerlo en cuenta bien vale la pena que ocasiona.

LA ANORMALIDAD DE LO NORMAL

Hay poetas, como María Elena Walsh, cuya capacidad de percibir el pasado que no ha terminado de ocurrir y el futuro que ya ha comenzado los convierte en visionarios. Reparemos en que ahora vivimos realmente en el reino del revés que ella avizó con lucidez. Aquel allí, en donde, mientras dos y dos son tres, y un año dura un mes, un ladrón es vigilante y otro es juez, hoy se ha convertido en un aquí de una vigencia enorme.

No cabe duda de que un cambio semejante genera un gran desasosiego. Dicen que si se coloca un cigarrillo en la boca de un sapo fumará hasta reventar. La explicación es sencilla: el sapo no fuma, porque, dado que en el mundo en el cual ha nacido para vivir el cigarrillo no existe, lo que el sapo está haciendo, en realidad, es intentar respirar.

Es importante comprender que el reino del revés dentro del cual, ineludiblemente, estamos viviendo nos coloca, más allá de las apariencias, en una situación análoga a la que enfrenta el sapo cuando

alteramos su mundo natural introduciendo en su boca un cigarrillo.

Cuando todo en la actualidad se ha salido de lugar, desde allí, desde el cambio profundo acontecido, el decurso de la vida cotidiana recorre, en lo sucesivo, un conjunto de maniobras torpes que intentan, sin lograrlo, volver a encontrar un equilibrio.

Nunca antes nos habíamos visto en una circunstancia semejante. A ella se agrega, como una situación que subraya su insólita singularidad, el hecho de que lo que ocurre sucede en un mundo que, por primera vez, reacciona de manera “global”. Un mundo que funciona integrado en una red compleja que conduce a que cualquier intento de aproximación lineal agrave lo que se procura mejorar.

Frente a un desafío semejante, es imprescindible recurrir a los tres integrantes de una actitud medida, uniendo, a la prudencia y la paciencia que necesitamos, la resignación que lleva implícita una resignificación del presente.

INTERVENCIONISMO

Tenemos dos únicas maneras de concebir cómo y por qué se produce un acontecimiento. Una, material y mecánica, afirma que es un efecto que proviene de una causa; la otra, ideal e intencional, sostiene que es el eslabón de una cadena que se dirige hacia una meta. Prescindir de una de ellas, sin importar cuál sea, empobrece nuestra concepción del mundo que constituye la circunstancia en la que nos vemos obligados a vivir.

Cuando pensamos en causas, debemos diferenciar entre sucesos determinados por causas múltiples y confusas y otros que surgen, de una manera inequívoca que denominamos “lineal”, de una causa magna. La identificación de estos últimos nos ha conducido al impresionante poder tecnológico actual, que desarrollamos gracias a que, en esos casos, nuestras “aproximaciones lineales” funcionan. Cuando, en cambio, no funcionan, “descubrimos” que existen realidades complejas, y que estas empeoran cuando insistimos en tratarlas con los procedimientos eficaces con aquellas que son “lineales”.

De este modo, se explica que en el terreno de la medicina la iatrogenia (el daño producido de manera involuntaria por el ejercicio médico) figure entre las principales causas de muerte (junto con el cáncer y los accidentes cardiovasculares). Vale la pena dejar de lado ahora el ejercicio médico espurio, por no decir delincuencia, para referirse a una iatrogenia bienintencionada que nace de una insistencia perjudicial que proviene de no darse cuenta de que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno, porque necesitamos recuperar, en el desempeño de nuestra profesión, por lo menos una parte de la autenticidad perdida.

Importa mucho subrayar que, en el ejercicio de otras actividades cuya trascendencia es fundamental, como la economía, la política o la pedagogía, sucede algo semejante cada vez que reincidimos en desconocer los alcances de la complejidad. Aunque carecemos allí de un vocablo semejante a “iatrogenia”, que alude a lo que sucede con la medicina, podemos recurrir a la palabra “intervencionismo” para referirnos, en general, a los daños que, sin querer y pretendiendo “simplificar”, estamos infligiendo en la comunidad que habitamos.

CUATRO FALTAS

Una falta es “lo que hace falta”, pero también “lo que falta hacer”. Una carencia y una deuda.

Reunimos todas las carencias prenatales con el cambio importante que se experimenta al nacer, para hablar de una falta neonatal que resume el cambio de una madre intrauterina (umbilical) por otra, representada por un pecho que “va y viene”, regido por una voluntad que el lactante no domina. Esa “primera falta”, que denominamos “prehistórica” (para significar que es anterior al lenguaje verbal que facilita la consciencia del recuerdo), se procura compensar con un protagonismo que, inevitablemente, se pierde y que conduce a una búsqueda de reconocimiento que nunca es suficiente.

Mientras la primera falta permanece oculta por una represión “exitosa”, el afán de protagonismo y el de reconocimiento configuran una segunda y una tercera falta que permanecerán, desde entonces, transparentes.

Algunas personas, que logran reactivar una predisposición latente universalmente compartida,

intentarán compensar la pérdida de protagonismo y de reconocimiento realizando actividades trascendentes. Cuando no logran compartirlas con los seres significativos de su entorno, se reestablece la carencia en la forma de una cuarta falta.

¿Qué sucede con ella?

Desde nuestro presente actual, podemos decir que esa falta se rellena con la suma algebraica de dos contribuyentes. Uno “hacia atrás”, contemplando el ayer y procurando reencontrar el tibio rescoldo que proviene de un “objeto” materno, que premia el esfuerzo con ternura. El otro “hacia delante”, dirigiendo una mirada que vislumbra el fuego fragoroso que enciende el “objeto” paterno cuando premia el resultado trascendente con el calor del entusiasmo.

Si con la actitud de poner frente al mal tiempo buena cara reparamos en que la vida no se detiene en su marcha incesante hacia un mañana novedoso, y que los cambios que logramos, en el mejor de los casos, provienen de un aprendizaje que, más allá de los inútiles arrepentimientos, recuerda el ayer sin reproches, sin quejas y sin culpas, también nos damos cuenta de que es ilusorio pretender que cambie el resultado cuando insistimos en hacer siempre lo mismo de idéntica manera.

LA PRODIGALIDAD

En una primera acepción, el diccionario define la prodigalidad como el acto mediante el cual se despilfarran o malgastan los bienes. En una segunda, como sinónimo de la generosidad.

La investigación psicoanalítica de la hipertensión arterial esencial nos ha permitido comprender las motivaciones de la conducta pródiga en personas que no manifiestan una alteración en su presión sanguínea. Nos ha llevado, de ese modo, a darnos cuenta de que la segunda y contradictoria acepción que registra el diccionario se solidariza con una lamentable y generalizada confusión que no reconoce la importante diferencia existente entre una conducta pródiga y otra generosa.

La palabra “dignidad” designa el sentimiento que surge cuando se obtiene naturalmente del entorno un suministro (no solo nutricional, sino también, y sobre todo, afectivo) que es adecuado y suficiente.

Cuando esto no ocurre, la persona en cuestión puede reaccionar “indignada” (sintiéndose “privada de su dignidad” y “presa de la indignación”) o, peor

aún, si se considera carente de las condiciones necesarias para obtener el imprescindible aprecio, llegar a sentirse “indigna”.

Una cierta facilidad para “indignarse” suele ocultar un sentimiento previo de indignidad inconsciente. Desde allí, se comprende una conducta pródiga que, más allá de la verdadera necesidad del que recibe, despilfarra bienes y recursos en el intento ilusorio de recuperar la dignidad perdida. Se entiende, también, que la prodigalidad transcurra junto con la fantasía, inconsciente, de estar “desangrándose en una dádiva sin retorno”.

Apresada en un verdadero círculo vicioso, una persona pródiga (que, desde el fondo de su alma, sufre y se “indigna” porque no se siente “justamente” retribuida) ya no disfruta dando, pero preferirá, de todos modos, continuar “desangrándose”, porque, sin darse cuenta, actúa completamente convencida de que, si no lo hiciera, le quedaría únicamente el abandono que su supuesta indignidad merece. El camino de salida de la desgracia que constituye ese atolladero cruel solo podrá encontrarse en la gracia que otorga el placer de dar cuando emana de una genuina generosidad.

UN RECÍPROCO ENGAÑO

Si queremos subrayar las características a través de las cuales se manifiesta el desarrollo alcanzado por la cultura civil, debemos destacar un predominio de la actividad “cerebral”, que se expresa en la continua elaboración de estrategias destinadas a obtener, en la convivencia, utilidades y ventajas. Ese “desarrollo cerebral” hoy ocurre acompañado por dos convicciones. La primera reside en que los afectos, de índole “cardíaca”, constituyen una debilidad que es necesario controlar. La segunda, que con frecuencia es secretamente asumida en el lema “si es más fácil, mejor”, consiste en que siempre es preferible evitar el esfuerzo, de carácter “hepático”. Esas tres actitudes empeoran un defecto, típico de nuestra convivencia actual, que se configura como una proyección cruzada “en espejo” y que suele usarse para “echar la culpa”.

Recordemos lo que señala Ortega y Gasset: cuando todo el mundo pierde la razón, se da la paradoja de que cada cual acaba por tenerla, aunque la razón que entonces cada uno esgrime no es la propia, sino

aquella que el otro ha perdido. El humorista italiano que sostuvo: “No me preocupa Berlusconi en sí mismo, me preocupa Berlusconi en mí mismo” apunta en la misma dirección.

Esa situación “en espejo” contiene, bajo la forma equívoca de un engaño que suele ser recíproco, una discrepancia (que ha cobrado fama con la palabra “grieta”) que oculta una “confluencia” en la cual dos personas, engañándose a ellas mismas, se igualan en una conducta semejante. Atrapadas en ese autoengaño negado, se ubican en el lugar inadecuado que Victor von Weizsaecker magistralmente describe, porque obstruyendo su destino, “sacadas”, o “descarriladas”, recorren, “fuera de quicio”, un camino impropio que arruina su vida.

Reparemos en lo que expresa Porchia: “Tú crees que me matas, yo creo que te suicidas”. Si para “tener razón”, una vez obtenido un significado, nos quedamos con las palabras con las cuales lo buscamos, las verdades que procuramos alcanzar ¿están detrás o delante del espejo?

¿REPETICIÓN O NOVEDAD?

Solemos repetir una frase que arroja una verdad que, como cualquier otra, solo puede ser comprendida cuando, una vez enunciada, la recorremos con buena voluntad para extraer de ella precisamente su verdad transitoria. Nos damos cuenta, entonces, de que, en su relatividad, aquello que afirma nos conduce hacia la adquisición de un conocimiento nuevo de mayor amplitud.

La frase en cuestión es clásica. “Se repite en lugar de recordar” o, mejor aún, “cuando alguien transfiere algo que ha vivido en el pasado, sobre la situación presente, repite en lugar de recordar”. Sin embargo, si reconsideramos ese enunciado, encontramos que no coincide con algo que lúcidamente el mismo Freud sostuvo.

Hace ya sesenta años, Mauricio Abadi, desde la comisión de publicaciones que entonces presidía en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), se propuso realizar un diccionario distribuyendo entre quienes colaborábamos los términos que debían ser incluidos. Me solicitó, entonces, que redactara una

definición de la transferencia. Dado que yo era un alumno que supervisaba mi trabajo clínico con Enrique Racker, le pedí su consejo sobre lo que había escrito para Abadi, en donde utilizaba, como fundamento, la repetición actual de lo anteriormente vivido. Racker se dedicó a mostrarme, con afectuoso beneplácito, algunos párrafos de Freud, en los cuales afirmaba que la transferencia constituía una reedición “modificada” de los acontecimientos pretéritos.

Debemos reconocer que, a pesar del tiempo transcurrido, esa importante diferencia no ha despertado una atención suficiente. No solo dentro del “mundo psi”, sino también en la cotidianidad de nuestra vida.

Es importante afrontar una bifurcación que se transforma en dilema. Se puede vivir “como siempre”, constituyendo una simplificación que evita reconocer que “cada instante” transcurre como una novedad “perpetua”. Si no nos molesta ingresar en el terreno de la paradoja (ya que el proceso racional, en relación con la plenitud de la vida, suele volverse paradójal), debemos concluir que todo acontecimiento transcurre en un “como siempre” de acuerdo con el cual lo nuevo de hoy es tan “nuevo” como lo fue la novedad de ayer.

LA EMERGENCIA DE LO QUE URGE

Más allá de cuanto se ha dicho acerca de ese valioso concepto formulado por Enrique Pichón-Rivière, la expresión “punto de urgencia” se presta para señalar aquello que, en la actualidad de una vida (inevitablemente compartida), se presenta como un conflicto (una lucha, un dilema) que retiene “aquí y ahora” la mayor importancia.

Tanto en el encuadre de un tratamiento psicoanalítico como en cualquier otra circunstancia de nuestra experiencia cotidiana, existe siempre ese punto de urgencia que, independientemente de sus distintas cualidades, se configura en torno de una propiedad en la que vale la pena reparar, porque constituye la quintaesencia de aquello que, en cada instante, necesitamos resolver.

Aunque también funciona en otros contextos—como, por ejemplo, en el desarrollo de una investigación científica, el decurso de una reflexión filosófica o el progreso en la adquisición de una capacidad industrial—, podemos verlo con mayor claridad en una sesión psicoanalítica. Allí es inútil y equivocado

decirle al paciente algo que, como sostuvo Racker, el analista sabe pero el paciente no puede ni necesita saber. Solo debemos comunicarle, en cambio, lo que “le hace falta” saber. Se trata, precisamente, de aquello que ya “casi” descubriría por sí mismo, a pesar de que es cierto que una distancia significativa lo separa todavía de ese logro.

Como sucede con un grano maduro cuyo contenido está a punto de perforar la piel, parece que solo se necesitara apenas un pequeño empujón para que aflore la emergencia de lo que se debe asumir. Pero no siempre es tan fácil, porque es allí, bajo la forma de lo que Freud describe como la inseparabilidad de consciente e inconsciente, donde el sistema de la consciencia es fecundado por los retoños de lo primordialmente reprimido. En esa cuna, y en la razón de ser de un conocimiento que busca dar a luz algo que pugna por salir, también sucede que las verdades revelan una mentira que volverá a ser verdad en la circularidad de un trayecto helicoidal, y las paradojas nos conducen hacia una nueva claridad.

LA ESENCIA DE LA DIFICULTAD

El descenso con esquís por una ladera nevada suele hacerse en zigzag, cuando, si se descendiera en línea recta, podría alcanzarse una velocidad excesiva. Sabemos que, para girar, es necesario inclinar el cuerpo hacia la profundidad del valle, y esa inclinación es, precisamente, lo contrario de lo que uno querría de manera espontánea.

Hay circunstancias, como esas, en las cuales “lo que nos pide el mundo se opone a lo que nos pide el cuerpo”.

En el trascurso de una sesión de psicoanálisis, encontramos un excelente paradigma de lo que subrayamos aquí. Una condición fundamental del encuadre psicoanalítico (la regla de la abstinencia) reside en ofrecernos la posibilidad de enviar en dirección retrógrada los procesos de excitación que “normalmente” procuran obtener la satisfacción que otorgan cuando se descargan. Por eso decía Freud que el proceso que busca hacer consciente lo inconsciente transcurre “a contrapelo”. Podemos agregar que encontramos allí un factor que contribuye (en unos pacientes

más y en otros menos) para aumentar la resistencia que habitualmente el proceso genera por obra de la represión.

Eso que, desde un punto de vista, se puede contemplar como un decurso a contrapelo y, desde otro, como algo que se opone a “lo que nos pide el cuerpo” se presenta en nuestra vida como una contrariedad que nos perturba y que debemos resolver perentoriamente. Aquello que nos separa de lograrlo constituye la esencia de lo que solemos llamar “dificultad”.

El término “dificultad” remite a la necesidad de encarar un trabajo difícil que requiere cantidades suficientes de un interés “cardíaco”, de un esfuerzo “hepático” y de una inteligencia “cerebral”. La palabra “esencia”, en cambio, alude a un conjunto de características permanentes e invariables que constituyen a un ser y sin las cuales no sería lo que es.

Bernardo Houssay, Premio Nobel de Fisiología, solía decir: fácil es lo que se sabe y difícil, lo que no se sabe. Creo que con esto aludía a que, mientras nuestras dificultades resueltas dan lugar a otras nuevas, crecemos.

LAS VÍCTIMAS DE LA PRODIGALIDAD

Subrayamos antes que, cuando adoptamos una conducta pródiga, no damos lo que otro necesita, porque el único propósito que nos alienta es recibir. En cambio, si procedemos con una conducta generosa, daremos, más allá de cualquier obligación (o, por el contrario, nos abstendremos de dar lo que alguien necesita), en un acto que se agota en sí mismo, sin expectativas de retribución.

Luego de haber insistido en la necesidad de distinguir entre ambas conductas, ahora nos convoca nuevamente el deseo de contemplar los perjuicios que la prodigalidad ocasiona.

Animados por ese propósito, nos encontramos con que el que recibe una conducta pródiga suele reaccionar de cuatro maneras distintas que, con frecuencia, conforman el recorrido de una secuencia. La primera consiste en aceptar las dádivas de la prodigalidad sin reparar en sus efectos. La segunda reside en una conducta “en espejo” que procura reaccionar con una conducta similar a la prodigalidad con que nos tratan. La tercera radica en una actitud reactiva

que, registrando de manera consciente la experiencia enojosa y conflictiva que suscita, deliberadamente evita retribuir. La cuarta ocurre cuando, asumiendo la incomodidad que desencadena lo que proviene de una conducta pródiga, se intenta renunciar a las dádivas que desde allí provienen.

La identificación de las víctimas de la prodigalidad nos lleva a reconocer que, si hay alguien que en primer lugar se perjudica por obra de una conducta pródiga, es precisamente el que la ejerce.

Utilizamos un particular conjunto de palabras (asumir, presumir, sumisión, consumir, por ejemplo) para describir nuestros avatares en el contacto con un conjunto de “cosas” que, en la medida en que trascurren juntas, nos inclinan hacia la idea de un todo interrelacionado.

Vale la pena reparar en ese conjunto de palabras que giran en torno de lo que se suma, porque, de pronto, nos obsequia, como inesperado regalo, la comprensión de que el tan criticado consumismo, que atrapa nuestra vida actual (como sucede, por ejemplo, con las “psicocompras”), puede ser contemplado como un resultado inevitable de una viciosa prodigalidad con uno mismo.

LAS CUALIDADES DEL CARÁCTER

“Se me ha” roto el automóvil, y “aquí estoy yo”, lidiando con dificultades que me sacuden como si fuera una hoja que la tormenta arrastra. Una íntima contradicción entre “me sucede” y “soy mi dueño”, que quedará sin resolver. Prefiero creer, por el momento, que se ha roto por un defecto de diseño o de fabricación, y que soy un usuario, diestro y adecuado, que ha sido víctima de una injusticia. Me complace asumir mis méritos y ver en otra parte los defectos.

Pero, aun asumiendo que así sea, y que me distinguen, en verdad, excelentes cualidades que se destacan por encima de los rendimientos que abundan, subsiste una pregunta: ¿cómo se originó esa diferencia?

Hubiera sido suficiente que mi padre muriera cuando yo era un niño y mi tío ocupara su lugar para que mis cualidades actuales fueran otras. Es valioso y necesario reconocer que cada ser humano exhibe los diferentes atributos que configuran su carácter y que lo facultan para distintos menesteres. Pero, a poco que meditemos acerca de cómo sus cualidades se han logrado, apoyadas con frecuencia en capacidades

anteriores, llegamos a la conclusión de que unas y otras provienen de un pretérito remoto en el cual, junto con las culpas, se diluyen los méritos.

Sin culpas y sin méritos, cuando solo nos quedan, para apreciar, las cualidades, debemos postergar la atribución, apresurada y torpe, de premios y castigos. Solo investigando en lo que fue, podemos adquirir la confianza que nos permitirá movernos lejos del injustificado orgullo que ocasiona la virtud, y de la vergüenza que surge, inoperante, de un vicio que denigra. Podremos, entonces, proceder sin quejas, sin reproches y sin la culpa que ha nacido, estéril, para disimular una impotencia.

Pero cuesta mucho asumirlo. Abandonar la culpa con que nuestros defectos se tiñen, vaya y pase, pero renunciar al bienestar que nos producen esos logros que nuestro “amor propio” una y otra vez menciona, mientras aspira a crecer protegido por la sombra bienhechora que sus mismas palabras arrojan, es distinto. Preferimos, en realidad, cambiar de tema y, apreciando nuestras virtudes, perdonar nuestros vicios.

SEPARAR Y JUNTAR, BIEN O MAL

Como ejemplo de un juntar equivocado, basta con recurrir al proverbio que nos invita a no confundir aserrín con pan rallado. Un conocido chiste nos permitirá mostrar en qué consiste un separar inadecuado. Una mujer se acerca a su marido que está leyendo el diario y le dice que la mucama dejará de trabajar la próxima semana. Él comenta, apresurado: “Es un problema tuyo”. Cuando ella le aclara que dejará de trabajar porque está embarazada, él le responde: “Es un problema de ella”. Y, por fin, cuando la esposa le dice: “Pero sostiene que su hijo es tuyo”, él le contesta: “Es un problema mío”.

Hace mucho que sabemos que es necesario distinguir entre una disociación instrumental y otra defensiva, porque, mientras la primera nos ayuda a procesar nuestro conocimiento de la realidad que nos rodea, la segunda, por el contrario, distorsiona lo que conocemos. Es claro que también ambas vicisitudes se presentan cuando integramos dos cosas que permanecían separadas.

En un caso, enriquecedor, separamos para discriminar las diferencias entre dos acontecimientos que nos parecían similares y de pronto comienzan a revelarse distintos, o integramos porque comprendemos que dos fenómenos que diferenciábamos se iluminan en la medida en que comparten una propiedad similar. Ambas situaciones forman parte del pensar metafórico, implícito en la configuración de símbolos que, al mismo tiempo, homologan al terciopelo con la piel del durazno y lo distinguen de ella.

En el otro caso, perturbador, separamos para negar una comunidad insoportable, o juntamos para anular una diferencia que nos incomoda. Ingresamos, de ese modo, en el terreno en donde el símbolo se transforma en un representante equívoco que lleva el nombre de “ecuación simbólica”, que transforma las percepciones en alucinaciones y conduce a deformar (catatímicamente) las emociones actuales, asumiendo, frente al entorno presente, otras que fueron adecuadas en circunstancias pretéritas. Precisamente allí, en el encuentro y desencuentro entre las diferencias y las importancias, necesitamos separar las sensaciones de las percepciones para poder volver a juntarlas en un solo acto de consciencia.

LO QUE NOS ENSEÑA EL LENGUAJE

Aunque lo que nos conduce a pronunciar palabras es algo que desborda nuestro pecho y transcurre “encorsetado” en el estrecho continente que le ofrecen los vocablos, meditar acerca del significado que con ellos intentamos transmitir nos ayuda a contemplar cuáles son las cosas que generan nuestra necesidad de hablar.

Nuestra reflexión se enriquece a través de dos recursos. Uno de ellos reside en explorar lo que el diccionario registra acerca de lo que las palabras significan “hoy”. El otro consiste en recorrer la historia “etimológica” sobre cómo ese significado ha variado con el correr del tiempo.

Distintos ejemplos nos permiten comprender mejor lo que intentamos transmitir. Cuando, más allá de la afortunada circunstancia en que, con mayor o menor éxito, podemos “ocuparnos” de un problema que necesitamos resolver, nos ocurre que incurrimos en quedar atrapados en una “preocupación”, nos ayuda darnos cuenta de que “pre-ocuparse” significa precisamente que no ha llegado todavía el tiempo

en que es posible ocuparse y que, por lo tanto, “ocuparse anticipadamente” constituye una tarea inútil. Será mucho mejor si comprendemos, además, que la preocupación es una forma de holgazanería.

Si asumir significa aceptar hacerse cargo de una “suma” que representa el “todo” de la circunstancia actual, presumir, en cambio, es querer asumir antes de tiempo. Es lo que queremos significar cuando decimos que una persona es presumida, es decir, que “asume” sin tener con qué. Señalemos también, entonces, porque vale la pena, que preocuparse es presumir.

Llegamos así, por fin, al meollo de una cuestión sustancial. Sucede con extraordinaria frecuencia que, detrás de lo que a través de numerosos “ecos” proclamamos con la actitud con la que se defiende un principio saludable, se oculta una queja repetida, anclada en nuestras relaciones entrañables. Basta encender el televisor para observarlo. Una tendencia habitual quejumbrosa que, mientras “echa las culpas” al entorno, se mantiene inconsciente. Se trata, en última instancia, de una queja que, iterativa y solapada, no parece queja, sobre todo porque suele “publicarse” con el disfraz de una valiosa doctrina.

IDEAS Y CREENCIAS

El diccionario consigna que la ambigüedad nos conduce hacia aceptar lo que proviene de uno y otro lado. La opinión, en cambio, surge de la acción y el efecto de formarse un juicio. La palabra griega *doxa* fue utilizada para referirse a la opinión en un sentido peyorativo que la contrapone a la verdad que se obtiene de la experiencia.

Entre las ambigüedades y las opiniones que asumimos porque derivan de nuestro pensamiento, y aquellas otras que apresuradamente “presumimos” como producto de un “contagio” irreflexivo, vivimos inmersos, muchas veces, en un litigio (contaminado, con frecuencia, con los matices quejosos de una permanente querrela) mientras evitamos las responsabilidades implícitas en una discusión sincera. Pero no es frecuente discutir sin dobleces.

Discutir, por su etimología, emanó de “sacudir”, cuyo significado original alude a una vigorosa actividad que conduce a que, en lo sacudido (como sacude un perro aquello con que juega), sus componentes se separen. Discutir, pues, en el mejor de sus sentidos,

es separar, discriminar y analizar, pero debemos admitir que embarcarse en una discusión carece de sentido si no se está dispuesto a vivir en un auténtico acuerdo con las conclusiones a que esa discusión nos lleva.

La palabra “ideología”, que designa la disciplina que estudia las ideas, también designa al conjunto de ellas que caracterizan a una persona o a una existencia colectiva. Pero, precisamente, cuando ese conjunto, además de considerarse fidedigno e innegable, se transforma en indiscutible, la ideología, entrando en el terreno de lo dogmático, adquiere las características de lo que denominamos una creencia. Ortega sostenía que las ideas se discuten utilizando las creencias como apoyo, mientras que las creencias solo pueden discutirse con violencia.

Nacemos, como los farolitos chinos, “plegados”, y en el transcurrir de nuestras relaciones interpersonales solo algunas de nuestras potencialidades poco a poco se despliegan y florecen cuando alguien sopla dentro de ellas. Pero el cambio trascendente de ese florecer solo se alcanza cuando las ideas que emitimos y sintonizamos logran conmover nuestras creencias.

EL MÉDICO Y EL ENFERMO

Tal como lo dice Weizsaecker, el enfermo (*infrirme*) quiere, ante todo, saber qué le pasa, y busca, por lo tanto, al doctor, que es alguien que sabe. En la enorme mayoría de las veces, lamentablemente, solo encuentra a un médico que, recurriendo a “su bolsa de trucos”, lo seduce ofreciéndole una solución, en lugar del conocimiento que busca.

Podría decirle, si fuera sincero: “No sé, en realidad, lo que le está sucediendo, pero sé que, si toma esto, se le pasará”. Y así el paciente olvidará que, al comienzo, lo que buscaba era saber.

Es fundamental aclarar que, gracias a la existencia de la medicina, obtenemos muchas veces un alivio importante y real, pero es también necesario reconocer que el daño ocasionado por el ejercicio médico (iatrogenia) figura, junto con el cáncer y las enfermedades cardiovasculares, entre las tres primeras causas de muerte. ¿Por qué acontece de esa manera?

Hoy estamos en condiciones de responder a esa pregunta. Ocurre cuando, inmersos en la complejidad, insistimos en utilizar “aproximaciones lineales”,

es decir, en proceder como lo hacemos, con éxito, con los acontecimientos en los cuales es posible identificar una causa magna o principal.

Mientras frente a la enfermedad recordamos que nuestra inclinación natural fue, al comienzo, saber, descubrimos que una gran parte de ese saber es inconsciente, y que la indagación psicoanalítica, aumentando nuestros conocimientos, nos ofrece una ayuda inestimable que se evidencia, con mayor claridad, cuando tratamos realidades complejas.

La forma en que el psicoanálisis contribuye para mejorar la situación en la que ingresamos cuando nos encontramos enfermos es, sin duda, doble. Por un lado, como psicoterapia “personal”, en la medida en que nos ayuda para “hacer consciente lo inconsciente”. Por el otro, mediante la investigación que incrementa nuestros conocimientos colectivos, nos otorga mejores instrumentos en nuestra búsqueda, continua, de una cultura sana. De más está decir que, de este modo, los médicos nos reencontraremos con nuestra vocación en la medida en que aceptemos la responsabilidad de intentar volver a ser doctores.

DEMONIO ROJO

La doble polaridad de lo sagrado se constituye a través de dos identidades que solo se pueden definir, recíprocamente, recurriendo a su sempiterno antagonismo: los ángeles celestiales y los demonios infernales. Inconcebibles por fuera de su interrelación, se constituyen como desenlaces diferentes que derivan del contacto que establecemos con nuestros ideales.

Los ideales se conforman como una contrafigura de aquello que nos falta. El peor destino para un idealista, dirá Ortega, sería obligarlo a vivir en el paraíso que puede concebir, porque se olvidaría del oxígeno, si nunca le ha faltado. Pero también es cierto que contienen algo que una vez fue nuestro y que entonces, sintiendo que nos traumatizaba, no pudimos retener. Desde allí se ha constituido como algo que añoramos.

Vivimos procurando materializar nuestros ideales y, dentro de ese intento, que solo en parte logramos realizar, surge un desasosiego que se acaba, en un proceso de duelo que comienza con dolor, pero tranquiliza las aguas. Los ideales que materializamos

en forma saludable ingresan en nuestra vida como ángeles que, sean adultos o infantiles, nos otorgan bienestar. Pero hay otros, que no logramos materializar bien ni duelar, que constituyen los malévolos demonios que nos torturan sin cesar. Recordemos que Lucifer es un ángel que ha caído recorriendo caminos fáciles que no son morales.

De más está decir que la figura bienhechora de mis ángeles puede coincidir con el rostro que adquieren tus demonios, y que los demonios que alteran mi vida pueden coincidir, precisamente, con los hábitos de los ángeles que alegran la tuya. No debe, entonces, extrañarnos que tú constituyas ese lugar en el que procuro subirme para intentar realizarme.

Sin embargo, hay una circunstancia, frecuente, que sin querer obstruye el encuentro con una oportunidad que permita cumplir con esos ideales que, además, en la soledad se agigantan. Radica en una actitud quejumbrosa que, como parte de un automatismo impensado que convierte la vida en un eterno quejido, se obstina en contemplar las dificultades “normales” como si fueran malignas injusticias que provienen de la cola del diablo.

TRES MANERAS DE LA VIDA

El ser sensible que somos, capaz de sobrevivir porque se percata de su entorno, se “originó” como un embrión que, desde una esfera rellena de células (mórula), se configuró como otra, hueca (blástula), integrada por una sola capa, que constituye su primera piel (ectodermo). En una instancia posterior, una parte de esa superficie externa se hunde para formar una segunda “piel” interior (endodermo) y el embrión se transforma en una vasija esférica con un orificio (gástrula). Luego, en la tercera semana de la gestación humana, entre el ectodermo y el endodermo surge una tercera hilera celular (mesodermo).

Del ectodermo derivan, a grandes rasgos, la piel y el sistema nervioso, con el cerebro como representante del grado de organización más complejo de la primera capa, exterior. Del endodermo derivan, siempre desde una consideración esquemática, el sistema digestivo y el respiratorio, con el hígado como el representante más complejo de la segunda capa, interior. Del mesodermo derivan, desde un bosquejo grosero, los huesos, los músculos del aparato

locomotor y el sistema circulatorio, con el corazón como el representante más evolucionado de la tercera capa, intermedia.

La investigación nos condujo paulatinamente a descubrir que esos tres órganos, cerebro, hígado y corazón, simbolizan tres maneras de la vida (ya presentes en las células), que se interrelacionan entre sí, bien o mal, para configurar las mejores o peores maneras en que un ser vivo logra convivir con su entorno.

Solo mencionaremos algunas. Lo que se sabe (“cerebralmente”) por lo que se dice (*scire*) contrasta con lo que se sabe (“cardíamente”) por lo que se ha comprobado alguna vez (*sapere*) y con lo que se sabe (“hepáticamente”) porque se lo ha experimentado (*experire*) de manera repetida. En la vida cotidiana, no solo comprobamos que una inteligencia racional contrasta con una inteligencia emocional y con otra inteligencia práctica. También constatamos que, junto con las diferencias racionales, cerebrales, y las importancias “intuitivas”, cardíacas, establecemos, más allá de la conciencia, una sabiduría hepática que nos conduce a decir que “más sabe el zorro por viejo que por zorro”.

EL SILENCIO

Suele decirse que si la palabra es de oro el silencio es de plata, pero la frase, aunque bien intencionada, no le hace suficiente justicia. Si atendemos a lo que sucede en una partitura musical, nos damos cuenta de que el silencio, en el acto comunicativo, no puede ser menos valioso que la palabra.

No vale conformarse con decir que hay silencios plácidos, espesos, angustiosos, conmovedores, antipáticos, cómodos, perezosos o agresivos. Lo más importante radica en la relación que el silencio y la palabra establecen entre sí. Las palabras obtienen su significado pleno gracias al silencio que las precede y a otro, igualmente trascendente, que las sigue redondeando su sentido. La cualidad del silencio proviene de una última palabra y culmina con aquella que, de pronto, lo interrumpe.

La interpretación psicoanalítica, que nace de un silencio fecundo que la cuece, necesita de un silencio consecuente que permita que su significado retumbe rebotando entre los numerosos recovecos del sentido.

Tanto en una sesión de psicoanálisis como durante los actos comunicativos que forman una parte substancial de toda convivencia, debemos proceder impregnados con la idea de que necesitamos recurrir a la prudencia, la paciencia y la resignación (entendida en cuanto significa la sustitución de un significado anterior), para que trascurren de la mejor manera.

Es importante tener presente que llevamos la perpetua necesidad de convivir la inquietud de un rescoldo que gestiona, entre pecho y espalda, un íntimo desasosiego. Siempre recuerdo que mi padre dijo, en el medio de un discurso en donde hablaba del silencio, que en la vejez somos como esos antiguos frascos de farmacia que tienen su etiqueta borroneada y que nadie sabe lo que guardan dentro. ¡Si por lo menos, como hace el jilguero, pudiéramos cantarlo! La maravilla, que a veces nos sucede, del instante en que se comparte precisamente lo inefable consiste en el misterio de un encuentro entre dos soledades. Durará lo que dure hasta que retorne la distancia en un eterno vaivén que luego de acercarnos nos aleja recreando nuestro afán de compartir lo que vivimos.

ACERCA DE LA VENGANZA

Suele decirse que la venganza es un plato que se consume frío. ¿Por qué? Tal vez hacer con otro, en caliente, lo que él hizo con uno es revivir un episodio que nos convierte en lo que odiamos. En realidad, el pretexto que sostiene que es necesario que quien nos ha dañado comprenda cómo se sufre en carne propia el dolor que nos produjo defrauda, con frecuencia, nuestras esperanzas, y suele exponernos a una tentación que nos lleva, algunas veces, a exceder el propósito que aducimos.

Lo cierto es que un perjuicio que he sufrido por obra de un delito no me otorga el derecho de usar la justicia como un instrumento de venganza. No cabe duda de que es equivocado convertir una sentencia (que ha nacido de la necesidad de proteger a la sociedad, frente a la posibilidad de la reiteración de un crimen) en un castigo destinado a ejecutar una venganza que busca, sin vergüenza, que el reo de una fechoría cruel “se pudra” en la cárcel. Tampoco cabe duda de que la condena y el suplicio carecen de eficacia para evitar que la delincuencia se difunda. Por

otra parte, la experiencia confirma, una y otra vez, que los castigos aumentan la repetición de las conductas que procuran evitar.

Es difícil abstraerse del automatismo que nos induce a exigir “ojo por ojo y diente por diente”, mientras alimentamos todo aquello que puede mantener encendida nuestra ira. Pero, si desde un panorama más amplio, prestamos atención a lo que la vida progresivamente nos recalca, podremos emprender el duelo que, más allá de devolvernos la alegría, nos impulsa hacia nuevos horizontes que disuelven nuestros deseos vengativos junto con la antipatía que transforma a seres semejantes en seres enemigos.

No siempre es fácil, pero el entorno nos ofrece ejemplos de personas excepcionales que, lejos de lo imposible, han logrado unificar las voluntades de muchedumbres enormes, gracias a su capacidad para trascender, sin violencia, las tendencias que, en forma habitual, permanecen ancladas en extremar las disidencias. Pensemos en Mandela y en Gandhi.

LOS TRES MUNDOS EN LOS QUE VIVIMOS

Si bien las funciones que ahora exploramos pueden presumirse en todos y en cada uno de los microorganismos unicelulares que integran la biosfera, en nuestra vida humana (que comienza cuando los gametos de nuestros progenitores se unen para originarnos en un huevo) la primera función que se inaugura, cuando solo somos una hilera de células ectodérmicas, consiste en percatarnos de un entorno que se configura así, percibido, como un mundo perceptivo. Cuando, desde el endodermo, nos encontramos con el alimento que nos hace bien calmando el hambre que nos hace mal, surge un segundo mundo, sensitivo. Por fin, cuando ya desde las primeras experiencias aprendemos cómo lograr lo que nos beneficia y evitar lo que nos perjudica, aparece un tercer mundo, normativo.

Dado que el pensamiento se constituye como un ensayo que prefigura y guía las acciones que necesitamos emprender, el ectodérmico cerebro se revela como un adecuado representante del conjunto de normas que integra el ámbito de lo que llamamos

“el deber”. El endodérmico hígado, en cambio, que realiza las complejas funciones necesarias para una asimilación de los nutrientes, se presta especialmente para representar una adecuada percepción del conjunto de requisitos de una realidad que determina el logro o el fracaso. Ambos se resumen en lo que denominamos “poder”. Por otro lado, el mesodérmico corazón, que “preside” un sistema circulatorio que elige distribuir los nutrientes en distintos territorios y en diversas proporciones, se constituye como el privilegiado representante del conjunto de sensaciones que integran el significado de la palabra “querer”.

La experiencia nos muestra que algunas veces, con menos corazón que hígado y cerebro, y otras, con menos hígado que cerebro y corazón o, también, con menos cerebro que corazón e hígado, tratamos de lidiar con esa desarmonía que perturba el necesario equilibrio entre lo que queremos, lo que debemos y lo que podemos.

Vale la pena recordar que el poder se registra en el pasado que determina lo que pude, el querer se experimenta en la actualidad presente, y el deber se constituye como una deuda que compromete mi futuro.

HACER FALTA

Wimpi reflexionaba, de manera humorística: si cuando alguien no hace nada dice que hace tiempo, ¿cómo sucede que, cuando necesita tiempo, sostiene que no lo tiene? Entre las vicisitudes que pueblan nuestra existencia cotidiana de manera continua, lo que ocurre con aquello que “hace falta” es igualmente singular.

Una falta es, en concreto, una carencia, pero también, y allí reside la intriga que reclama una “razón de ser”, una falta es algo indebido que se ha cometido, generando una deuda “moral” que compromete mi futuro con eso que todavía no se hizo, con eso que “hay que hacer”.

Porchia no solo nos acerca a esos inevitables avatares aclarándonos que “las dificultades también pasan, como todo pasa, sin dificultad”, o reiterando que “de todos modos he llegado a hoy. Y así llegaré a mi fin. De todos modos”, sino también, y en forma especial, porque subraya la inexorable necesidad de una tal “asignatura pendiente”, sosteniendo que, “cuando todo está hecho, las mañanas son tristes”.

Es importante recordar que hacer falta es un tipo de hacer a contrapelo, dejando siempre en permanente suspenso algo que pugna como una obligación. No cabe duda, sin embargo, de que, *si nada me faltara, no sabría qué hacer*, de modo que, ingresando en el terreno de las paradojas (que parece ser un lugar inevitable de la vida), solo podré vivir “de falta en falta”.

Pero tampoco cabe duda de que, entre aquello que, asegurándonos un futuro motivado, nos falta, no todo impresiona por igual. Los años se recorren de manera saludable dando fin, mediante logros y duelos, a las carencias que suceden. Pero con el transcurso de más años, si prestamos atención a todo aquello que puede hacernos falta, quizá de pronto, en un descubrimiento que conmueve y sorprende, nos encontremos con una falta prínceps, que transcurre en dos tiempos. Reside en que, para vivir, nos hace falta que haya alguien a quien le hacemos falta, pero, también, nos hace falta construir un lugar, en nuestro corazón, para algún alguien a quien, hoy, le hacemos falta.

CIVILIZACIÓN E HIPOCRESÍA

Dale Carnegie, en su libro famoso y estratégico *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, escribe: “El que gana una discusión pierde a un amigo”. ¿Qué es eso, educación o hipocresía?

Aunque la palabra “hipócrita”, de origen griego, se refiere primitivamente al que distingue o se ocupa de lo oculto, pasó luego a representar a quien actúa y “critica por debajo”. El diccionario sostiene, hoy, que una persona hipócrita es aquella que finge sentimientos que no tiene, o que expresa ideales que no sigue.

No cabe duda de que una conducta semejante puede derivar de dos motivaciones muy distintas. Una de ellas surge como un intento de proteger al interlocutor de lo que podría decir el que la ejerce; la otra, mucho peor, como una forma de cuidar el propio bienestar de la persona que recurre a ella.

Se abre, en este punto, un nuevo interrogante, dado que, frente a las circunstancias en las cuales ocurre una hipocresía, cabe considerar otros efectos que derivan de lo que acontece entre los protagonistas

que le dieron origen, y que lo trascienden. Si atendemos a que los grandes males convocan grandes remedios, no ha de extrañarnos que desemboquemos en un brete que podría obligarnos a pagar el costo menor que la “sinceridad” provoca, frente al otro, mayor, que emana de una falsedad que se difunde.

Aunque intentemos tranquilizarnos con las filigranas de retorcidos argumentos, si obramos, más allá de una arrogancia torpe, consustanciados con una vocación que nos induce a dedicar nuestros afanes al psicoanálisis, no podremos menos que sufrir, con mayor razón, las punzadas de algo que nos dice que estamos traicionando nuestras convicciones entrando en una estrategia contradictoria y espuria.

A Einstein le sucedía con la verdad. Lo horrorizaba ensuciar su pensamiento con una mentira. Su yerno contó que una vez, luego de haber dicho en una reunión que la hija del insigne físico no podría estar presente por una leve alteración de su salud, el autor de la teoría de la relatividad aclaró: “No es verdad. Es muy tímida”.

SOLEDADES RIVALES

Con la palabra “yo”, designamos una agencia o instancia psíquica que, mediando entre el ello, reservorio de los impulsos instintivos, y el superyó, representante de las normas morales, ejerce las distintas funciones que integran el organismo. Estas son, entre otras, la atención, la sensación, la percepción, la memoria y, por qué no, la consciencia. La manera particular en que tales funciones se cumplen forma parte de lo que denominamos carácter. La metapsicología psicoanalítica, agregando un punto de vista tópico, dinámico y económico, postula que una parte del yo opera de un modo inconsciente, generando muchas veces un conflicto con el yo que conscientemente se asume y que suele denominarse yo coherente. Vale la pena subrayar que reprimir e inhibir no siempre coinciden, ya que, como lo demuestran los actos fallidos, lo reprimido puede tener acceso a la parte del yo que gobierna los actos motores.

Cuando Freud señala que la autorrepresentación del yo es ante todo corporal, ese yo deja de ser una instancia, para representar al organismo entero, y

la palabra adquiere todo un sentido “histórico” de “pronombre personal”. La realidad que nos enfrenta con que solo se puede ser siendo con otros nos lleva a comprender que, más allá de valorar las cualidades, carece de sentido atribuir méritos y culpas. Cuando nos sentimos determinados, como partes, nuestra egolatría se diluye, pero no podemos negar que cada vez que procedemos identificados con la libertad del universo nos sentimos libres. Mientras tanto, cuando todo sucede de manera saludable, vamos sintiendo que, en algún lugar, existimos como un ego “propio” cuyos rendimientos nos despiertan orgullo y ternura.

Ese amor por las obras también tiene historia, ya que algunas, muy buenas, nos conducen, sin embargo, a un cruel ostracismo. Así, tentados por el deseo arrogante de ser los promotores de “nuevas” ideas, es posible incurrir en el error de renunciar a las delicias de una colaboración en el seno de un vínculo “fraterno”. Conscientes de que, como dice Porchia, “nadie puede ser luz de sí mismo, ni siquiera el sol”, deberíamos ser capaces de evitar los encuentros tristes entre soledades rivales.

ESCRÚPULOS

Uno se convence cuando algo lo ha vencido. Muchos años de práctica psicoanalítica me han convencido (en sentido contrario a lo que siempre tendemos a creer) de que, en el fondo, todos sabemos qué es lo que hay que hacer, aunque, naturalmente, no es lo mismo saberlo que asumirlo con plena conciencia de lo que eso lleva implícito.

Las cosas que anhelamos (las mismas que apreciamos), todas ellas, tienen, precisamente, un precio. Cuestan algo que la mayoría de las veces no es dinero, aunque a menudo el dinero se inmiscuye y, a través de un abuso, que en realidad es un proceso ficticio, logra remplazar su costo verdadero. Enfrentados con la demanda de “pagar el precio”, e infectados, más allá de lo que nos gusta reconocer, por la idea de que pagar lo justo no tiene gracia, con frecuencia sucumbimos a la pretensión de lograr algún descuento.

Si, en lugar de dedicarnos a lo que pensamos que sucede “en el fondo”, prestamos atención a lo que vemos en la superficie, nos encontramos con una multitud de dudas que nos invaden y que suelen

inquietarnos con “escrúpulos”. La palabra, derivada del latín *scrupulus*, diminutivo de *scrupus*, piedrecilla que se mete en un zapato, simboliza una duda o desasosiego provocado por la imposibilidad de discernir si algo es cierto o falso, bueno o malo, correcto o incorrecto. Los escrúpulos, punzando con la fuerza de una deuda moral incumplida, se asocian, muchas veces, con un sentimiento de vergüenza que aumenta su incomodidad.

A pesar de la intranquilidad que la actitud escrupulosa nos produce, se justifica reparar en que, allí, un sentimiento de responsabilidad que es inherente de la condición humana se manifiesta como una de nuestras mejores cualidades.

Recordemos las elocuentes palabras de Gandhi que marchan en la misma dirección: “Cuida tus pensamientos, porque se transformarán en actos; cuida tus actos, porque se transformarán en hábitos; cuida tus hábitos, porque se transformarán en carácter; cuida tu carácter, porque determinará tu destino, y tu destino es tu vida”.

HOY SIENTO, MADRE, QUE ME FALTAS TÚ

Tengo todo conmigo, el lápiz afilado,
las hojas de papel, las ideas y las ganas,
y los libros queridos a mi lado,
pero hoy siento, madre, que me faltas tú.

Todo lo que he vivido y he soñado,
cuanto deseo puse en el mañana,
pierde de pronto fuerza, se ha gastado,
porque me faltas tú.

Y ahora estoy así, desarraigado.
La paz de la familia me reclama,
pero no sé quién soy, ni qué es lo que he creado.
Hoy siento, madre, que me faltas tú.

Todo lo que tenías me lo has dado.
La mano dulce que la pena sana.
Quiero ser digno, juicioso y ordenado.
Pero, madre... hoy siento que me faltas tú.

Inútil es decir que ya ha pasado,

y que en las horas que el dolor desgrana
todo ha quedado muerto y olvidado.
Porque ¿sabes, madre?... Hoy siento que me faltas
tú.

Tengo todo conmigo, recuerdo tu cuidado.
Tengo tu alma callada y tu palabra humana.
Todo lo que he querido lo he logrado.
Pero ¿qué se hace, madre, cuando me faltas tú?

El cariñoso apodo que me has dado
en el recuerdo con tu voz me llama.
Sé que no volverá a ser pronunciado.
Nadie lo sabe, madre, pero me faltas tú.

Noviembre de 1979

LA COLECCIÓN DE OFENSAS

Los vocablos latinos *fendere* y *figere* aluden al acto de golpear, pegar, dañar o herir y conforman el significado de las palabras “ofender” y “afligir”. De *fendere* también deriva “defender”, que convoca la idea de “separar de un daño”. “Lastimar”, en cambio, remite a un acto que ofende o hiere por medio de palabras. En las ocasiones en que los enunciados contienen un engaño, constituyen calumnias. No cabe duda de que el calor de lo que irrita y quema labra en la memoria un trayecto que se esculpe con el dolor lacerante que esas heridas con frecuencia producen. Muchas veces, se añade, al imborrable registro de ese recuerdo perdurable, la convicción de que ha ocurrido en el contexto de una humillación pública que lo convirtió en infamia.

Con esa clase de quiste en el alma, que suele inclinarnos hacia la dudosa compensación que nos ofrece una venganza que solo puede darnos un placer inevitablemente sadomasoquista, hay dos destinos posibles. Comprender que no cabe resentir lo mismo en todas las ocasiones que, a primera vista, parecen

iguales, o proceder, en cambio, como el gato escaldado que se equivoca cuando le teme al agua fría.

La palabra “resentimiento” convoca ambos sentidos (que Gustavo Chiozza ha explorado con prolijidad). El primero (identidad de sentimiento) es adecuado; el otro (que se observa con mayor frecuencia) compromete una deformación neurótica (catatímica) de la realidad (identidad de sensación) que ocasiona un perjuicio.

Años atrás, un amigo me dijo: “Cuando alguien te ofende, hasta la tercera vez que te acuerdes, puede ser por su culpa, pero en la cuarta ya es tuya”. Creo que así subrayaba que, si contemplamos la ofensa con la amplitud necesaria, podremos disminuir el riesgo de atribuirle un significado distinto de aquel que, en verdad, pudo darle origen. En todo caso, no cabe duda de que no es saludable coleccionar ofensas con el propósito, efímero, de utilizarlas como un pretexto que justifique la omisión de los deberes que estamos evadiendo.

DESATINO Y ORATORIA

El vocablo “tino”, cuya etimología se desconoce, alude a la capacidad de acertar, de “dar en el blanco”, en la realización de un acto. Lo usamos para distinguir entre un proceder atinado, dotado de tino, y otro desatinado, en el cual se percibe que hay algo que “hace falta”. La palabra “destino”, en cambio, convoca, por su origen, la imagen de un tino que se ejerce “desde arriba hacia abajo”, y despierta, de ese modo, la idea de un acontecimiento ajeno a la voluntad del que recibe sus efectos.

Dado que la ocasión del instante transcurre de una vez para siempre, y que no se pueden impunemente “dejar para mañana” las necesarias precisiones, el proceder con tino se destaca como un valor esencial, y el exhibir un desatino suele transcurrir acompañado por una importante injuria en nuestra propia estima.

No cabe duda de que sobrevivimos porque, rodeando todo blanco, hay una zona con la cual es suficiente coincidir. Se explica, de ese modo, que la cuestión de la relación entre tino y destino configure un asunto que nos conduce, continuamente, a discutir

y argumentar. Se trata de una cuestión que encontramos, sin cesar, como un importante motivo que conduce al uso, y también al abuso, de nuestra oratoria.

Si el término “oratoria” (o retórica) designa el conjunto de normas que constituyen el arte del bien decir, es imprescindible prestar atención a las veces en que una retórica brillante esconde el impuro designio de ocultar una argumentación innoble. ¿Acaso la belleza no puede ser usada para esconder la maldad? La existencia de una maldad alimentada, con frecuencia, por el oscuro propósito que procura defender un desatino malsano se convierte en un asunto trascendente que es peligroso ignorar.

Es necesario insistir en este punto. Si reparamos en lo que nuestro corazón intuye, también debemos reparar en que es necesario escucharlo, porque nos permite distinguir, en toda oratoria, entre la armonía y el divorcio que une o separa el decir del sentir.

Recordemos lo que afirma Thomas Hobbes: “La elocuencia es poder, porque tiene aspecto de prudencia”.

LO QUE SE PIERDE SIN QUERER

Conversando con un colega, pediatra, me decía que el diagnóstico de “trastorno en el desarrollo”, tan común en el ejercicio de su especialidad, puede aplicarse con certeza en cualquier adulto. Todos, en una distinta proporción, evidenciamos una cierta desarmonía en la evolución que acompaña el crecimiento. La razón es muy sencilla. Como sucede con un automóvil detenido durante mucho tiempo, las estructuras orgánicas que dejan de usarse involucionan. No me refiero solo a la conocida poda neuronal que ocurre normalmente (y que muestra un incremento importante alrededor de los 6 años), sino también, y sobre todo, a que los órganos que no ejercen sus funciones se atrofian.

Se trata de un proceso conocido que se percibe de manera más rotunda en la vejez, pero hay dos circunstancias que suelen ser tendenciosamente ignoradas. Una de ellas reside en que la jubilación que, en general, se idealiza opera como la inevitable disminución de algunos rendimientos que, aunque casi siempre se pretende negarlo, no está exenta de

consecuencias “atróficas”. La otra consiste en que el carácter psicosomático de las “atrofias” se mantiene desapercibido, y sobre todo se desconoce un aspecto fundamental constituido por funciones que no suelen ser tan evidentes.

Es ejemplar lo que ha ocurrido durante la última pandemia, originalísima en cuanto, por primera vez en la historia de la humanidad, y negando las inevitables consecuencias, se procuró efectivizar la cuarentena aislando a las personas sanas. Algo que, en un cierto sentido, podría compararse a lo que hubiera sucedido si, frente a una temible delincuencia, se hubiese optado por proteger a los ciudadanos honestos encerrándolos en cárceles.

Si queremos reparar en las funestas consecuencias afectivas de un semejante “cese de funciones”, no debemos negar que, por ejemplo, un padre o una abuela que (por obra de la cuarentena o por otras circunstancias) sobreviven varios meses separados del contacto con sus seres queridos, sin ejercer la paternidad o el abuelazgo, pueden perder el ejercicio de esas posibilidades de un modo irreversible que les generará una “falta”.

PROSPERIDAD E INMORALIDAD

“Prosperidad”, de origen latino, alude a “lo que se espera por delante”, y significa “buena suerte o éxito en lo que sucede”. Antes de entrar en el meollo del asunto, debemos limpiar el campo abordando una cuestión preliminar.

La indagación psicoanalítica nos aclara que, por obra de un complejo de Edipo ubicuo, que lejos de ser elaborado de un modo adecuado perdura de manera inconsciente (que “se va al fundamento”, dice Freud), sufrimos “normalmente” el ataque (mayor de lo que se admite, porque permanece reprimido) de los cuatro gigantes del alma: la envidia, la culpa (que esconde la impotencia), los celos y la rivalidad. No ha de extrañarnos, entonces, que la prosperidad ajena suele provocar envidia y que, con frecuencia, la envidia del entorno genere sentimientos de culpabilidad en las personas que acceden a una vida próspera.

Más allá de las vicisitudes que se desarrollan inevitablemente, por obra de sentimientos (de envidia y de culpa) que, en gran parte, transcurren de manera inconsciente, podemos constatar que, muchas veces,

configurando con frecuencia escrúpulos incómodos y torturantes, surge una acuciante pregunta: ¿cómo se puede disfrutar, en un entorno plagado con niños que viven en condiciones paupérrimas, de la prosperidad adquirida?

Ante semejante interrogante, la contemplación de la prosperidad convoca el tema de la moralidad. Una moralidad que se configura bajo la forma de un conjunto de “mores” o costumbres (a través de las cuales una colectividad intenta distinguir entre aquello que “hace bien” y aquello que “hace mal”), formulando las normas que establecen lo que debemos hacer.

Cae por su propio peso que es necesario discriminar entre situaciones diversas. Por un lado, tenemos una prosperidad que se establece, desaprensivamente, provocando con insensible crueldad el empobrecimiento del entorno. Por el otro, no solo debemos considerar que el bienestar de algunos no siempre se produce provocando en el entorno un malestar ajeno. Es necesario reparar también en que existe una prosperidad que se difunde, porque genera, por ejemplo, fuentes de trabajo y empleos que son dignos, conduciendo a un bienestar que se comparte.

EN LA PIEL DE TODOS

El comisario Maigret (el famosísimo personaje de Simenon) aclara que se dedicó a la investigación de los crímenes porque, en el momento en que tuvo que decidirse, no existía todavía la profesión que el psicoanálisis inauguró.

Coincidiendo de manera asombrosa con lo que señala Weizsaecker (el insigne médico alemán, pionero en la psicopatología), señala que tenía la impresión de que un montón de gente “no estaba en su lugar”, que tomaban un camino que no era el suyo. Hubiera querido ser, por eso, un “componedor de destinos”. Un hombre al que habrían acudido a consultar como se consulta a un médico. No solo porque era inteligente, sino sobre todo porque era capaz de vivir la vida de todos, de ponerse en la piel de todos.

Eso coincide, también, con algo que los psicoanalistas hemos aprendido. Comprender a un paciente es encontrarlo “dentro de uno mismo”. ¿Qué nos ha enseñado la experiencia acerca de esa posibilidad? Gracias a que, en lugar de recordar aquello que ha dolido, tendemos a revivirlo en el presente

“transfiriéndolo” en la recíproca relación entre paciente y analista, podemos aquilatar ese dolor (pretérito y sin embargo vigente), con la fuerza imprescindible para cambiar las fuentes de una convicción que determina nuestro ser y proceder actual.

Porchia subraya la importancia que posee huir de las consideraciones generales para volcarse sobre la individualidad de una persona cuando señala que “cien hombres, juntos, son la centésima parte de un hombre”. Pero también nos ilustra la extraña contorsión a la cual nos vemos sometidos cuando debemos movernos entre dos sentencias suyas acerca del valor del instante compartido. “Me hicieron de cien años unos minutos que se quedaron conmigo, no cien años” y “El hombre juzga todo desde el minuto presente, sin comprender que solo juzga un minuto: el minuto presente”.

Son precisamente todas esas vicisitudes que hemos explorado las que nos conducen a una capacidad, tan singular, que describimos como el poder ponerse “en la piel de todos”.

YO SOY AQUEL...

En sus maravillosos *Cantos de vida y esperanza* (los mismos en que también dirá: “La torre de marfil tentó mi anhelo; / quise encerrarme dentro de mí mismo”), Rubén Darío escribe: “Yo soy aquel que ayer no más decía / el verso azul y la canción profana”.

Si soy aquel que ya no dice lo que ayer decía, es porque en algo, cuya importancia ha llegado a motivar mi canto, habré cambiado. Pero, si digo que sucedió “ayer no más”, es porque no esperaba que ocurriera con esa rapidez. Cabe preguntarse ahora: ¿es que cuando las variaciones se suceden lentamente nos permiten conservar la ilusión de ser siempre los mismos?

A partir de nuestra convicción de que solo se puede ser siendo con otros, nos ocupa cuestionar si el yo (no me refiero aquí a la instancia psíquica, sino al pronombre personal), existe, realmente, como algo distinguible de una ilusión que puede o no conducir a una saludable decepción.

Tal como Borges reiteradamente señala (en *Siete noches*, por ejemplo), tanto el budismo como Hume

o Schopenhauer reafirman lo que también asume Schrödinger (Premio Nobel de Física) sosteniendo que deberíamos decir “se piensa” o “se vive” como se dice “llueve”, dado que, en verdad, no existe un sujeto constante (siendo “yo”) y luego una obra, de ese sujeto, que es su pensamiento o su vida.

Porchia no solo denuncia la egolatría cuando escribe: “Si no levantas los ojos, crearás que eres el punto más alto”. En su sentencia: “Mi pobreza no es total: faltó yo”, nos muestra, además, que muchas veces construimos una imagen de nuestro ego que, frente a la inermidad, funciona como un ficticio refugio. Por fin, con sorprendente y escueta exactitud, señala el aspecto central de la cuestión: “Antes de recorrer mi camino, yo era mi camino”. Allí su clarividencia nos afirma que solo puedo descubrir la importancia relativa que, “dentro de todo”, adquiere eso que denomino “lo mío” (¿contracción de “mi yo”?) recién después (y nunca antes) de recorrer el trayecto de esa vía que, según escribe Machado, “se hace al andar”.

DESNUDEZ...

La conciencia moral, que nos lleva a reprimir algunos de nuestros deseos con la intención de inhibir los actos que tienden a satisfacerlos, se apoya en que, de conducirlos a la acción, producirían algo que, en última instancia, remite a por lo menos uno de los dos afectos que consideramos fundamentales: el asco y la vergüenza.

El asco es un afecto que nos inclina hacia la separación de aquello que lo provoca (disociación “esquizoparanoide”). Suele acontecer con un “rostro” pálido y exangüe, de un color amarillo verdoso. Cuando no se manifiesta de manera tan “primitiva”, aparece bajo la forma que denominamos miedo.

La vergüenza, en cambio, no conduce a rehuir totalmente un contacto que conserva un cierto atractivo (integración “depresiva”). Trascurre con un rostro colorado por la afluencia de sangre. Cuando no se presenta de un modo tan primitivo, confluye con lo que denominamos amor.

Ortega señala que una persona de 40 años despojada de sus vestidos está más desnuda de lo que puede

estarlo un bebé, porque un adulto llevará escritas en el cuerpo las marcas que le ha dejado la vida. Son marcas que nos ocasionan, muchas veces, vergüenza, porque contienen la publicidad de una historia que preferimos olvidar. Con menos frecuencia, provocan un intenso rechazo que puede llegar, en casos extremos, a sentimientos de repugnancia que no siempre suceden de manera encubierta. Suele ocurrir que tales afectos se radicalicen cuando a la desnudez se añaden los años de una vida anciana que, en muy pocas ocasiones, logra preservarse de un gran deterioro.

El desarrollo de una psicopatología mediante el descubrimiento de fantasías inconscientes específicas que se ocultan en las distintas alteraciones del cuerpo nos permite (desde la comprensión del lenguaje que los órganos hablan) trazar una “cartografía” acerca de lo que revelan. El hecho de que todos los seres humanos llevamos, en el fondo del alma, un registro intuitivo de lo que tales alteraciones “contienen” nos explica las reacciones que nos inducen las formas particulares de las desnudeces ajenas, y un cierto pudor por la exhibición de la nuestra.

RECONOCER

Con la palabra “reconocimiento”, se suele aludir a una especie de aceptación, de nuestros “propios” valores, que esperamos que el entorno nos otorgue. El vocablo “reconocer” remite a volver sobre algo que antes se ha conocido y que, luego, permaneció ignorado. Se trata de una ignorancia que coincide con lo que denominamos represión.

Si el impulso hacia reconocer burla la represión que conduce a desconocer, subsiste como recurso la negación. El reconocimiento suele ser algo que nos deben; el reconocer es algo que debemos.

A primera vista, podría parecer muy sensato que alguien (sea padre, hijo, hermano, cónyuge o amigo) que ha recibido cualquier tipo de dádiva o de herencia se pregunte de qué manera podría haber llegado a construir su bienestar actual sin el auxilio de una asistencia ajena que sustituye la realización de un ejercicio que se podría aprender. Pero, si examinamos la situación con más cuidado, veremos que detrás de una aparente sensatez muchas veces se oculta una cierta arrogancia que procura esconderse a sí misma

el valor de lo que está recibiendo, y concluye en una verdadera dificultad para “reconocer” lo que sucede.

El asunto adquiere toda su trascendencia si tenemos en cuenta que entre los bienes “recibidos” cabe registrar también valores que no son materiales y, sobre todo, aquellos que, a partir de las cualidades “propias” que asumimos como algo que denominamos “mío”, nos conducen a conformar ese existente fantasmagórico que denominamos “yo”. Un existente que suele sucumbir a la tentación de creer que por sí mismo, sin ninguna “deuda”, podrá abastecerse, gobernarse, ubicarse, relacionarse, desarrollarse y representarse.

Goethe ha escrito: “Lo que de tus padres heredas tú debes adquirirlo, a fin de poseerlo”. No está dicho, sin embargo, que la capacidad para adquirirlo es parte de la herencia.

Así como los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla, quienes se ocultan a sí mismos que nada de lo que son es “puramente su-yo”, mientras continúan amparándose en aquello que, de acuerdo con lo que sostienen, no necesitan, viven negando que se sienten débiles. A todos nos sucede en distinta proporción.

IDEA Y MATERIA

Entre los antecedentes de las “teorías acerca de la complejidad”, encontramos lo que Jean Gebser denomina “ciencias duales”: una psicofísica, otra psicosomática y una tercera parapsicológica. En los orígenes intelectuales (constituidos por una inteligencia simultáneamente racional, emocional y práctica) de una psicosomatología que nace con el psicoanálisis, encontramos un *logos* psicofísico que se ha desarrollado desde una física relativista y cuántica, en la cual se trata de contemplar las relaciones entre idea y materia.

Materia es aquello que posee características organolépticas, es decir que se capta con los sentidos, derivados del tacto, que esquemáticamente son cinco: dos distales (el oído y la vista) y tres proximales (el olfato, el gusto y el tacto).

Idea, en cambio (etimológicamente derivada de *eidon*, que significa “yo vi”), es un vocablo que, si bien remite a una representación mental, recorre, dentro del psicoanálisis, un largo periplo que enriquece de manera notable su sentido.

Freud nos invita a reconocer por separado los destinos que la represión impone al *quantum* de afecto, de los que impone a la parte eidética de la representación (su fantasía inconsciente). Mientras el primero transcurre, la segunda tiende a permanecer como una disposición perdurable (cuya transformación constituye, precisamente, el objetivo que persigue el psicoanálisis).

Heráclito señala que no nos bañamos dos veces en el mismo río, porque el agua que lo constituye transcurre. Si marcamos con carbono radioactivo los átomos del cuerpo, comprobamos que en unos pocos meses se renuevan. Dado que existe también una “corriente de la carne”, podemos decir que en el espejo no nos enfrentamos, dos veces, con la misma cara. Algo similar ocurre con un tumor canceroso que “permanece” dos años. Lo que permanece es su forma, que constituye lo que el psicoanálisis denomina idea o fantasía inconsciente; los átomos que lo constituyen “circulan”.

Nos encontramos, entonces, con que los afectos y la materia, que tanto valoramos, continuamente transcurren y “pasan”. Lo que perdura, en cambio, son las ideas y las formas, que siempre consideramos “etéreas” y fácilmente mudables.

VOLVER...

Arriesgándonos a que se piense que no le hacemos justicia a un poeta como Bécquer, de trayectoria insigne, recordemos algunos trozos aislados de algunos de sus versos que nos permiten percibir, en su romanticismo, los sutiles quejidos de un tinte melancólico.

“Volverán las oscuras golondrinas [...] Pero [...] aquellas que aprendieron nuestros nombres... ¡esas... no volverán! Volverán las tupidas madre selvas [...] Pero aquellas, cuajadas de rocío [...] ¡esas... no volverán! Volverán del amor en tus oídos las palabras ardientes a sonar [...] Pero [...] como se adora a Dios ante su altar, como yo te he querido...; desengáñate, ¡así... no te querrán!”.

Si no fuera por la forma en que culmina, no valdría la pena trazar un esqueleto que “destripe” una poesía que, no obstante su melancolía subyacente, logra una belleza que nos conmueve desde una cierta complicidad romántica. La afirmación omnipotente de que nadie podrá alcanzar jamás el amor sublime que el autor de los versos es capaz de sentir y otorgar oculta un germen (patológicamente narcisista) que

carcome la autenticidad de un amor que, so pretexto de que transcurre en una inmaculada altura celestial, afirma de un modo desaprensivo que ningún otro ser humano lo podrá nunca igualar.

Reparemos en que la poesía tuvo que haber nacido desde la creencia de que su destinataria necesitaba tales argumentos para corresponder a la devoción que se le ofrecía. En otras palabras, que su autor, en verdad, no creía merecer lo que insistentemente reclamaba.

Quién no ha sentido alguna vez que, desde el fondo del alma, lo invade la ilusión de volver... Y sin embargo la vida, que nos enfrenta una y otra vez con lo imprevisto, nos demuestra que, cuando algo “vuelve”, nunca es igual a lo que fue. Debemos pues decidirnos a vivir “hacia delante”, poniendo “al mal tiempo buena cara” frente a la diferencia entre lo que deseamos y aquello que logramos. Sería bueno vivir sin la cobardía que nos lleva hacia aceptar lo malo, por miedo a lo peor, y sin la arrogancia que nos conduce a rechazar lo bueno, desde la pretensión de lo mejor.

EL CORAZÓN "DEDUCIDO"

La inteligencia puede ser racional (cerebral), emocional (cardíaca) o práctica (hepática), y esos tres tipos coexisten, en cada ser humano, en distinta proporción. Si bien es cierto que Freud desarrolló el psicoanálisis en forma paulatina y desde un planteo racional, también lo es que el psicoanálisis nació junto con el descubrimiento de la importancia que adquiriría una particular descarga afectiva (abreacción del afecto), y que, desde allí, la evolución de la técnica lo condujo a valorar las vicisitudes emocionales del vínculo entre el paciente y su médico; nunca abandonó su exploración racional y, aunque ya procedía convencido de que la importancia fundamental radicaba en los afectos, sintió la necesidad de aclarar que lo intelectual también es un poder, pero tuvo que agregar: "De los que actúan a la larga".

Muchas veces, gracias a nuestras deducciones, llegamos a una convicción "razonable" que nos permite decir que sabemos lo que el otro lleva escondido en su pecho. Así, de ese modo, pudimos avanzar, paso a paso, en un esclarecimiento que culminó en una

camaradería itinerante (Weizsaecker), entre paciente y analista, capaz de consolidar vínculos duraderos y fructíferos.

No cabe duda de que el psicoanálisis, procediendo de esa forma, ha logrado beneficiar a muchas personas que han podido, de tal manera, encontrar una “salida” que les permitía entender qué sucedía. Ese procedimiento, sin embargo, que fecundado por sentimientos amistosos puede arrojar resultados apreciables, es “lento y frío”, y si en tantos años no lo hemos visto “tan frío” es porque, en nuestros pensamientos, una cuota de afecto no deliberada se ha metido “de contrabando”.

Una cosa es “tocar” los sentimientos, y otra, muy distinta, es llegar a lo que expresa una “víscera cordial transformada en metrónomo” por obra de lo que se ha “deducido” a través del raciocinio. Junto al esclarecimiento que brinda el raciocinio, nos espera un descubrimiento nuevo (en el camino inaugurado por la intuición de Freud) mediante un psicoanálisis que agregue a lo que ya aprendimos la sensatez de una mirada práctica y la calidez de lo que transcurre “de corazón a corazón”.

ENTRE LA NECESIDAD Y EL VICIO

El vocablo “necesidad” alude, por su origen, a la cualidad de incesante, designando algo “que no se puede dejar”. La palabra “vicio”, en cambio, de etimología incierta, se usa para calificar un hábito dañino que se aleja de lo normal y constituye una falta moral. No es fácil establecer esa diferencia, conceptualmente clara, frente a los hechos concretos. Resulta posible discriminar, entre una y otro, teniendo en cuenta sus consecuencias distintas, pero esa posibilidad racional se diluye cuando intervienen los sentimientos que la acompañan. Si bien es cierto que “la necesidad tiene cara de hereje”, debemos reconocer que, en ese sentido, el vicio no se queda atrás, dado que una persona “enviciada” siente que su vicio constituye una necesidad.

La cuestión suele comenzar configurándose, de una manera típica (y desde una vertiente racional), cuando alguien, atezado por dificultades que le ocasionan sufrimientos, se acerca al psicoanálisis. El planteo es muy claro: lo único que el tratamiento puede ofrecer, de un modo auténtico y legítimo, es

trabajar al unísono en la modificación del carácter del paciente, dado que se parte de reconocer que es el punto de acceso del cual se dispone durante el tratamiento.

La propuesta consiste en asumir una tarea larga y dura, que surge desde el conocimiento racional de las condiciones biológicas que determinan el encuadre imprescindible para modificar los hábitos arraigados a través de los años. (Está muy lejos de ser una coincidencia casual que el número de sesiones por semana sea similar al que se requiere para modificar otros “hábitos”, como los que forman parte del entrenamiento deportivo, de la rehabilitación muscular, del aprendizaje de un idioma o de la adquisición de una destreza en la ejecución musical.)

Pero es necesario aclarar que el procedimiento no se detiene en el enfoque racional que lo puso en marcha. Lo que se procura es revivir, en la relación con el psicoanalista, y en toda su plenitud emocional desde el primer instante, las disposiciones afectivas que sostienen un vicio del carácter, que “no se puede dejar”.

CRUELDAD...

La crueldad (de crúor, sangre derramada) es una actitud que conduce a una forma de proceder que genera una herida, en el cuerpo y el alma, que ocasiona dolor. Todos sufrimos los efectos de la crueldad, a veces como víctimas y otras como victimarios. ¿Cómo se genera y evoluciona esa actitud que llega muchas veces hasta el extremo de permitir “que la sangre llegue al río” estropeando el bienestar de todos?

Investiguemos en la orilla opuesta. A pesar de la tesis darwiniana acerca de la lucha por la existencia y la supervivencia del más apto, nacida en un contexto socioeconómico afín al de una guerra de todos contra todos, la biología de nuestros días ha demostrado que, considerando la complejidad de la biosfera, los tiempos y lugares en que aparece la cooperación predominan ampliamente sobre aquellos otros en donde surge la contienda.

“Curar” y “cuidar” nacen de un tronco común. Weizsaecker comienza señalando el alivio que produce la actitud de la niña que coloca su mano allí donde le duele al hermanito. A partir de ese punto,

definirá el ser médico entre aquellos que, afectados por la misma compasión, elegimos acercarnos y los otros, que necesitan alejarse. Aquello que se presentó, desde sus mismos orígenes, en la sesión de psicoanálisis como el interjuego de simpatía y antipatía en la transferencia y la contratransferencia surgirá muchos años después como el descubrimiento de las neuronas espejo que nos habilitan para con-sentir lo que impregna el ánimo de nuestro prójimo.

¿De dónde, pues, puede surgir tanta crueldad, a despecho de nuestra tendencia hacia la colaboración en simpatía? ¿De la enemistad que surge como hostilidad y rivalidad que proviene del complejo de Edipo mal elaborado en personas que se disputan los mismos bienes para distintos fines? Puede ser, pero es mejor decirlo de otro modo que abre una esperanza. La crueldad proviene de una mezcla entre una insensibilidad que “nos defiende” del sufrimiento ajeno y una cuota que se origina en que no se ha logrado liberarse de las tentaciones que ofrece la venganza.

SI NADA ME FALTARA... NO SABRÍA QUÉ HACER

De pronto, me doy cuenta de que lo que acabo de escribir es algo que me he puesto a pensar. Tiene la fuerza de una deducción racional. Podría tratar de esclarecer cuáles son los motivos que me han llevado a pensarlo, pero, si así lo hiciera, continuaría pensando.

El problema no radica en que pensar, en sí mismo, está mal. Reside, en cambio, en que hay maneras de ser y proceder, y además sentimientos, que ocultan posibilidades de hacer, pensar y sentir que permanecen reprimidas, o también inhibidas, que no se pueden descubrir únicamente pensando.

El pensamiento procede en dos etapas que se alternan sucesivamente, separando (analizando) y juntando (sintetizando). Sin embargo, dado que el sentimiento suele deformar el pensamiento, no siempre nos damos cuenta de todas las veces en que separamos, o juntamos, de un modo alterado que funciona mal.

Solemos, por ejemplo, mantener cuidadosamente separadas entre sí algunas situaciones particulares que nos conducen a desenlaces desagradables que no logramos resolver. Juntarlas a través del intelecto, aunque es posible, es azaroso y difícil. Distinto es descubrir, más allá de nuestros razonamientos, con frecuencia tendenciosos, que todos esos acontecimientos singulares obedecen a una inclinación subyacente que los unifica en un solo sentimiento. Descubrir, de ese modo, en dónde realmente nos aprieta el zapato (nuestro “punto de urgencia”) es algo que nos conmueve con la fuerza de una convicción que, por fuera de las dudas que puede acumular la razón, “se siente”.

Se me presenta, ahora, por delante, una cuestión esencial. ¿Cuál puede ser el sentimiento que motiva, en este presente atemporal de mi vida, la afirmación de que, si nada me faltara, no sabría qué hacer? Dado que no todas las faltas tienen el mismo peso, me debe haber motivado, a pesar de que existen los “fraternos” destinatarios de mis “apuntes de todos los días”, el temor de no encontrar alguna falta que me importe lo suficiente para “saber qué hacer”.

QUERER, PODER Y DEBER

Corazón, hígado y cerebro, tres maneras de la vida

Querer, poder y deber son verbos auxiliares que califican las funciones que otros verbos representan. Weizsaecker sostiene que no tienen que ver con el ser, sino con el padecer, en su doble connotación de padecimiento y pasión. También discrimina entre un poder que se refiere a la capacidad y otro, menos perentorio, que remite al “tener permiso”. En cuanto al deber, distingue, análogamente, entre la obligación y la deuda “moral”. Podemos establecer una diferencia similar entre un querer que alude a una necesidad y otro que alude a un deseo.

Clarifica, y es a la vez conmovedor, descubrir la sorprendente abundancia de correspondencias entre el tríptico querer, poder y deber con otros que comprometen significados que enriquecen el conjunto. Se quiere en el presente y “con el corazón”, que nos conduce hacia un mundo sensitivo. Se puede con una “capacidad hepática” que solo se constata una

vez que ha sucedido, es decir que pertenece al pasado y nos conduce hacia un mundo perceptivo. Se debe una deuda que solo se puede cancelar en el futuro y que se registra gracias a una actividad “cerebral” que traza los pensamientos como normas que prefiguran las acciones y nos conducen hacia un mundo normativo.

Cerebro, hígado y corazón son desarrollos que nacen de las tres hojas embrionarias: ectodermo, endodermo y mesodermo. Su sentido se enriquece cuando comprendemos que el hígado, que “puede”, coincide con la actividad del ego que percibe el mundo; el corazón, que quiere, con el ello que origina los deseos, y el cerebro, que debe, con el superyó que establece las normas que rigen la conducta.

Vivimos, pues, en tres mundos (perceptivo, sensitivo y normativo) y, procurando concordar con ellos, se configuran tres maneras de la vida (hepática, cardíaca y cerebral) que no siempre logramos desarrollar en armonía. Lo que sucede con mayor frecuencia, en cambio, es que nos apoyemos en un trípode con patas de distinta longitud, y que una de ellas, la más corta, es la que determina nuestro desequilibrio mayor.

PROMESAS INCUMPLIDAS

Weizsaecker escribe: “La física propone un axioma que resulta por cierto convincente: allí donde se encuentra un cuerpo, no puede estar simultáneamente otro. Tampoco se puede encontrar un hombre allí donde está parado otro; por otro lado, este le obstruye el camino al primero. Sin embargo, resulta más difícil tomar conciencia de que ese hombre que se encuentra allí también se obstruye el camino a sí mismo; que esto pertenece a la verdadera esencia del ser humano, por lo cual se diferencia de cualquier otra cosa que fuera solo cuerpo. El hecho de obstruirse el camino a sí mismo es quizá un secreto de su inquietud”.

Por la misma época, Simenon, a través de su comisario Maigret, señala: “La profesión que siempre le había gustado tener no existía. Cuando era muy joven, en su pueblo, tenía la impresión de que un montón de gente no estaba en su lugar, tomaban un camino que no era el suyo, únicamente porque no sabían. Y se imaginaba un hombre muy inteligente, comprensivo, sobre todo [...] Habrían acudido a consultar a

ese hombre como se consulta a un médico. Habría sido, en cierto modo, un componedor de destinos. No solamente porque era inteligente. Quizá no necesitaba una inteligencia excepcional, sino porque era capaz de vivir la vida de todos los hombres, de ponerse en la piel de todos”.

¿Qué puedo pensar hoy, como psicoanalista, frente a lo que ambos describen? Consideremos, en primer lugar, que conmueve darse cuenta de que no se trata de unos pocos casos, sino que, por el contrario, es algo que predomina en nuestro entorno y perturba nuestro mundo actual. Es importante tener en cuenta, además, que se manifiesta como una promesa incumplida que genera desmoralización, desánimo, desilusión, e introduce en nuestros vínculos estrechos distanciamientos y conflictos. Lo peor, sin embargo, ocurre cuando llegamos a pensar que “ya no hay arreglo”, porque es sencillamente horrible, casi insoportable, ver, en los seres que amamos, que su vida se arruina.

LO QUE NO FUE

¡Qué enunciado!... pequeño y enorme. Capaz de convertirnos en un poeta que, más allá del romanticismo melancólico, rencuentra la creación de la vida o, en su defecto, en un resentido reincidente que proseguirá impertérrito “sin encontrar para su mal remedio”.

Cabe preguntarse: ¿por qué debo querer lo que ya ha sido si, en última y verdadera instancia, lo que ha sido ha sido “casi sin querer”? ¿Por qué, frente a aquello que se ha ido, me obstino en querer, ahora, lo que no pudo ser? Podría dolerme todavía que todo lo que obtuve solo haya sido parecido a lo que quise tener.

No cabe duda de que mi ánimo funciona perturbado cuando procedo convencido de que nada se me ofrecerá de aquello que, sin cesar, alimenta mis íntimos anhelos. Solo puedo pensar así, mientras algo me recuerde que ya fallé una vez, cuando teniendo lo que tuve me sentí como podría sucederme hoy, otra vez, si rechazara lo que no coincida totalmente con aquello que deseo.

¿De dónde surge esa maldita idea, y sin embargo tan común en la tercera edad, de que lo mejor que la vida nos ofrece ha quedado en un pasado que nunca jamás volverá? Se trata de una profecía que una vez pronunciada se convierte en un talismán que conduce, precisamente, hacia la confirmación de aquello que se teme.

El primer indicio del riesgo que se corre proviene del quedar entretenido, con la mente invadida y rellena con el equívoco de un encanto subyugante que proviene de la fuerza con que tiende a idealizarse, únicamente, “lo que fue”. Pero la vida solo marcha hacia delante, y si le quitamos una parte de ese espacio comienza a marchitarse y decaer.

Bécquer, desde una metáfora que también utiliza Borges, escribe: “Saeta que voladora / cruza arrojada al azar, / y que no se sabe dónde / temblando se clavará”. Weizsaecker nos aclara que posible es lo no realizado; lo ya realizado es imposible. Es un bálsamo que nos revela que toda vida, desde que se inicia hasta que cesa, contiene brotes de un continuo florecer.

HABRÍA QUE...

La palabra “haber”, en general, se usa para referirse al conjunto de bienes que alguien posee o tiene, pero también forma parte de expresiones enrevesadas, como “debo haber” (pensado, por ejemplo). Se trata de un comienzo que inicia un enunciado que, para calificar mis actos de aquel momento pretérito, elige ahora una posibilidad.

Sucede porque, con los vocablos “haber” y “tener”, suele aludirse también a un deber que opera como una acción que se adeuda (que se mencionará con el otro verbo que se añade después) y permanece pendiente, como algo que configura aquello “correcto”, que todavía “es debido”.

En la expresión “habría que...”, que ahora constituye el centro de lo que nos ocupa, el verbo, usado en su forma condicional, señala que la realización de aquello que se adeuda requiere una condición que aún no se ha dado. En este punto, cabe pues mencionar que, sin embargo, hay situaciones en las cuales aducir la ausencia de las condiciones necesarias no es más que un pretexto.

Dada la enorme frecuencia con la que se recurre a ese pretexto, y el malestar que provoca, no sería necesario describirlo, si no fuera porque nos anima destacar que se lo suele utilizar con un propósito encubierto. Cuando se intenta producir en el entorno el sentimiento de una obligación que exima y libere de la que oprime como propia, usando el recurso de convertirla en denuncia, se sucumbe a la ilusión de haber encontrado un sólido refugio. Sin embargo, si se procede de ese modo, incurriendo en el “echar la culpa”, el malestar siempre retorna, “sin saber” de dónde viene, ni por qué persevera, y en esa forma perdura desde un pesimismo, impregnado de amargura, que con facilidad se encuentra en el entorno.

Habría que..., entonces, sí, pero lo primero que habría que hacer es evitar conformarse con el pronunciamiento de ese enunciado, sin más, dejando para mañana lo que se puede hacer hoy, y procediendo apabullados por la dificultad para armonizar el querer con el poder y el deber.

DEFENDER LO INDEFENDIBLE

La expresión suele usarse, con un significado inequívoco, para referirse a una situación (que, por desgracia, es cada vez más frecuente) en la cual tanto quienes exponen las razones que apoyan aquello que defienden como quienes las oyen proceden (más allá de si se manifiestan a favor o en contra) completamente convencidos de que los argumentos que se esgrimen son falsos.

Desde la fuerza innegable de esa convicción (¡compartida entre hablantes y oyentes!) acerca de una magna inautenticidad que se intenta disfrazar, suelen surgir, precisamente, algunas características típicas que hoy son “pandemia”. Sin pretender una descripción exhaustiva, mencionemos tres: la fraseología grandilocuente y vacía; las actitudes y los gestos desmesurados que, de manera evidente, son excesivos y falsos (como la forma en que sacuden sus brazos), y una constante apelación ficticia a “los grandes valores” que, en lugar de conmovedora, resulta patética. La magnitud de una tal distorsión, entre lo que se dice y lo que se siente, también “salta a la vista” si,

mientras hablan, prestamos atención a lo que expresan con la forma en que mueven sus ojos.

Cabe preguntarse de dónde nace una falsedad compartida de magnitud semejante, y por qué, con impunidad, se difunde, en el espíritu de nuestra época, una maldita enfermedad colectiva en la que tantos seres humanos renuncian, casi “a sabiendas”, a lo que consideran verdadero y auténtico.

Si es cierto que “mientras hay vida hay esperanza”, y que “la esperanza es lo último que se pierde” (dos conmovedoras verdades de magnitud insospechada), lo que ocurre no puede ser un producto de haberla perdido. Tal vez hemos sucumbido, en cambio, al equívoco de ponerla allí, en un lugar tan mezquino, tentados por la seductora creencia de que la mentira y el engaño constituyen la “forma fácil” de obtener el bienestar anhelado.

Renunciar a defender lo indefendible es obra buena, pero nada nos induce a suponer que, con hacer eso, “alcanza”. Mejor será señalar, cada vez que se pueda, ese perverso afán que avala, con empeño, lo que se sabe malo.

BLUF

El vocablo “bluf”, que alude a un engaño, se aplica a ciertas actitudes y conductas y se usa también para referirse a la personalidad de quienes utilizan continuamente ese “recurso” de trayectoria espuria.

Caracteriza un proceder que obliga a “duplicar continuamente la apuesta” y que, cuando se utiliza fuera del juego que le sirve de entrenamiento, lleva dentro de sí el germen de su final descalabro.

Es importante subrayar que el bluf se constituye, en sus fundamentos, como algo que proviene de una descolocación inicial, que no podrá solventarse mientras se evite el difícil empeño de retrotraer al presente lo que ocurrió en los orígenes de la situación que actualmente se resuelve mal.

Recordemos algo de lo que escribe Castañeda en *Las enseñanzas de don Juan* (un libro que, según lo que se afirma en Wikipedia, vendió diez millones de copias en Estados Unidos). Allí cuenta que, cuando se integra al grupo que rodea a don Juan Matus de Sonora, el chamán yaqui que ha ido a visitar, sufre un cólico hepático, y que entonces el hechicero le

dice que eso le sucede porque está ocupando un lugar que no es el suyo, instándolo para que busque su adecuada ubicación.

La idea de alguien que, ocupando un lugar inadecuado, obstruye el camino de su propio destino retorna, una y otra vez, desde distintas fuentes, y si en este punto volvemos a señalarlo es porque nos aclara el drama que se esconde en el bluf. Una maligna trayectoria que invariablemente termina mal, y cuyo inevitable desenlace ocurre, siempre, de una misma manera, en la cual ese recurso, agotado, ya no funciona más.

Insistimos ya en cuán difícil es salir de allí, y si retornamos ahora sobre ese mismo asunto es porque nos anima el deseo de subrayar la magnitud del daño, inevitable, a que conduce el bluf. Reiterarlo puede abrirnos, quizás, una esperanza, que logrará sostenerse mejor si tenemos en cuenta aquellos casos que “recién se inician” en el camino de un engaño cuyas consecuencias funestas son ineludibles.

LA IDENTIFICACIÓN ENAJENANTE

Lejos de acudir al extremo constituido por un paciente que vive creyendo que es Napoleón Bonaparte, o detenernos en quienes viven copiando a las celebridades que admiran, nos interesa explorar formas leves de pseudoidentificación que son más frecuentes.

Entre quienes se dedican al arte de representar personajes en la ficción de un escenario, se observan alteraciones que ilustran distintas vicisitudes en el proceso de identificación. Reparemos en que, cuando un actor representa el personaje que se le adjudica, suele suceder que siga comportándose fuera de la escena como si continuara siendo “todo el día” el protagonista que asume dentro de ella. En las comunidades psicoanalíticas, se puede saber, muchas veces, con quién se psicoanaliza fulano, porque suele moverse y hablar como lo hace un determinado colega.

No valdría la pena retomar algo tan conocido si no fuera porque nos interesa destacar un aspecto que genera un conflicto. En algunos casos extremos, la

identificación con el psicoanalista constituye una “copia” que el paciente considera “perfecta”. Suele suceder, además, que actúe convencido de que en esa copia hay cualidades originales que le pertenecen. Así se alimenta su fantasía de que él constituye una reproducción mejorada que transforma a su psicoanalista (que fue, otrora, la fuente) en un existente obsoleto y redundante que debería ser sustituido por la nueva versión, mejorada, que él, psicoanalizado, hoy conforma.

Podemos concluir que este tipo de pseudoidentificación, que podrá ser extrema, pero no llega a ser rara, constituye una *identificación enajenante*, ya que el paciente, sin darse cuenta, se aliena de sí mismo cuando procede entusiasmado mientras cree haber asimilado “la totalidad” de lo único que vale en otra vida compleja. Su identificación, movida en sus comienzos por un enamoramiento que despertó su voracidad, hoy imagina, en forma omnipotente, que lo que ha logrado es todo lo que importa, y que el resto puede ser dejado atrás, como se deja un pellejo succionado y vacío. La conclusión es clara: considerando a esos dos, el psicoanalista y él, en su opinión uno sobra, y podemos imaginar quién es.

MUERTE Y AGONÍA

Designamos dos cosas muy distintas con la palabra “morir”. Una, que despierta muy poca atención, es el morir natural que transcurre simultáneamente con el ir viviendo. La otra se refiere a un proceso que, más allá de la cantidad de tiempo en que transcurre, haya sido prolongado o repentino, solemos pensar que sucede como consecuencia de un acontecer insalubre o dañino que consideramos antinatural. Algo que no “debió haber” ocurrido si no hubieran intervenido inesperados perjuicios.

En sesenta y cinco años en el ejercicio de la medicina (seis en las vicisitudes clínico-quirúrgicas de la medicina de urgencia y en la clínica médica, y el resto en la terapia psicoanalítica), he visto muchas veces morir. Lo que desde el comienzo presencié me ha convencido de que la muerte propia, aquella que le acontece a uno, jamás constituye la penuria trágica que una inmensa mayoría imagina.

El dolor o el miedo, que con frecuencia se sufren frente a lo que se interpreta como la proximidad de la muerte, no pertenecen, en realidad, al morir;

forman parte de una agonía que suele precederla y que no siempre conduce a la muerte. Es una lucha, aún no dirimida, entre dos agonistas, uno que desea morir y el otro que quiere vivir. Es imprescindible admitir que ambos tendrán sus “razones”.

Cuando llega la muerte, ocurre porque la agonía termina y el malestar se decide, inclinándose hacia uno de los dos contendientes. Es algo que los médicos, cuando procesamos nuestras experiencias, sin cesar aprendemos. Una y otra vez, hemos visto que el enfermo, porque ya se ha decidido, poco antes de morir mejora.

Es imprescindible subrayar, por fin, que hay dos formas de muerte, la propia y la de los seres queridos, y que solo la de aquellos que amamos es lo que configura la única y verdadera tragedia, aquella que ha dotado a la muerte de su careta horrible. Aunque esa careta no le pertenezca a la propia, que es la que preocupa, inadvertidamente la tiñe y la contamina.

BUENO...

El vocablo “bueno”, en la inmensa mayoría de las ocasiones en que se utiliza, constituye una muletilla, es decir, una palabra o expresión que se repite o se intercala en el discurso con excesiva frecuencia, como si se tratara de un tic de la persona que habla o escribe. “Bueno” posee dos significados que habitualmente permanecen reprimidos.

Uno deriva del significado original de la palabra, como sinónimo de “bien”. Podemos encontrar un ejemplo de lo que compromete si pensamos en un niño al que le dan permiso para comerse el caramelo recién luego de la cena, y dice “bueno”. Allí lleva implícita una aceptación con desagrado, puntual y transitoria, que casi la convierte en banal.

Un paradigma privilegiado del otro significado (que casi nunca ocurre cuando decimos “bien”), en cambio, surge de su uso como una muletilla (que suele abundar en el comienzo de transacciones, propuestas, reuniones y discursos). Nace de una actitud, “tóxica” y duradera, que mantiene inconsciente, dentro de sí, una continua protesta que, con frecuencia,

toma la forma de un amargo pesimismo (que emerge cuando se dice “bueh”).

¿Qué es lo que encontramos, entonces, como una especie de retroescena, en el trasfondo de la persistente amargura que sostiene la ubicuidad de un reiterado y abusivo “bueno”? Encontramos una persistente evitación. Es lo contrario de la valiosa actitud que, ante el conjunto de dificultades con que la vida continuamente nos enfrenta, nos inclina hacia la multiplicidad de una sumatoria que constituye, precisamente, “todo” y, al mismo tiempo, lo único, imprescindible, necesario, que no se debe dejar. Para designar esa actitud, existe la palabra “asumir” (aceptando “la suma”).

Conmueve comprobar que asumir no es tan fácil como parece al decirlo. Las ocupaciones requeridas se presentan, con frecuencia, recubiertas por la “mala cara” que surge cuando una subyacente inseguridad tiñe un esfuerzo que funciona a contrapelo. Así, de esa manera, huyendo de las ocupaciones necesarias que nos resultan antipáticas, solemos quedar atrapados por preocupaciones que, como su nombre lo indica, señalan una tarea inoportuna que, por ser prematura, no puede realizarse todavía.

MARGINALIDAD

El vocablo “margen” designa una zona que rodea los límites de un determinado territorio que puede ser tridimensional. No cabe duda de que la “marginalidad” (la cualidad de “marginal”) alcanza connotaciones muy ricas. Toda marginación “funciona” como un alejamiento de una especie de antónimo constituido por una centralidad que puede ser bien o mal privilegiada. Las vicisitudes de la marginación serán evaluadas de uno u otro modo según lo que se crea acerca de ese privilegio. Agreguemos, además, que si bien el afán de protagonismo y la búsqueda de reconocimiento (a los que se añade el deseo de encontrarse con el rescoldo infantil que “en el fondo” se añora, y con un aprecio que a veces los seres queridos “adeudan” a los familiares que generaron obras trascendentes) no poseen una relación inequívoca con la diferencia que existe entre el centro y la periferia, siempre en algo influyen sobre lo que se termina sintiendo.

Es imprescindible retornar ahora sobre el hecho de que estar, o permanecer, “al margen” nos conduce,

por un lado, a la idea de “ser marginado”, es decir, excluido, y por otro, a la situación contraria en la cual, voluntariamente, es uno el que “se mantiene al margen”. Es muy conmovedor reflexionar acerca de las implicancias que posee esta última actitud. Me refiero especialmente a la responsabilidad que se adquiere cuando, asumiendo que el centro no funciona bien, se decide permanecer en el margen, evitando una confrontación que se considera prematura, desgastante o inútil.

En ambas situaciones de la marginación (la que se sufre y la que se escoge), nos encontramos con la imprescindible necesidad de distinguir entre un alejamiento que, frente a un centro que funciona mal, “me hace bien” y otro que, frente a un centro que funciona bien, “me hace mal”.

Sin embargo, habida cuenta de que no vivimos aislados, debemos concluir que, tanto en la marginación como en la integración, no solo se trata “de mí”, y que, por lo tanto, lo que nos está sucediendo, o lo que estamos haciendo, será siempre, inevitablemente, moral o inmoral.

ENTRE CIERTO Y ACIERTO

Suele decirse: “Con la verdad no ofendo ni daño”, pero cabe dudar de una afirmación tan aventurada. El psicoanálisis nos ha mostrado las razones por las que un paciente no puede ni necesita saber todo lo que sabe su analista acerca de él. También en las vicisitudes cotidianas hay verdades que es preferible callar, porque su enunciado produce en nuestros interlocutores efectos que no pueden soportar. ¿No es cierto, acaso, que hay personas que no pueden enfrentarse bruscamente con la idea de que lo que les sucede también depende de lo que están haciendo?

¿En qué dirección es posible, mientras tanto, “progresar”, acercándose a lo que es necesario resolver? El psicoanálisis dispone de un recurso que, como ha sucedido en otras circunstancias, también sirve para allanarnos un camino cuando se nos presentan dificultades similares en los vínculos que habitualmente establecemos. Dado que, cuando enfrentamos un particular conflicto procurando esclarecer de dónde surge, solemos tropezar con una resistencia que la mayoría de las veces se encarna en oponerse a la

“explicación” que proponemos, resulta claro que necesitamos (tanto en la sesión psicoanalítica como en las vicisitudes cotidianas) ensayar otro trayecto.

Durante el ejercicio de nuestra práctica profesional, hemos aprendido a utilizar un recurso que consiste, en primera instancia, en abandonar todo señalamiento que se refiera, en particular, a cualquier episodio concreto, elegido entre los que conducen al paciente hacia los avatares de un conflicto. Ese recurso se realiza plenamente, luego, si podemos verbalizar la quintaesencia de lo que el paciente siente cuando, sin importar la situación particular involucrada, se ve obligado a revivir, precisamente, ese “punto común” (el punto de urgencia) en donde siempre “le aprieta el zapato”.

Una interpretación que, como esa, incluye todos los ámbitos en que el paciente vive (y también, pero no solo, lo que se transfiere durante la sesión de psicoanálisis) lo “toca” y lo conmueve de una manera singular e insustituible. Pasando “por fuera” de lo que con su “cerebro” piensa, le llega, directamente, de corazón a corazón.

CADA MAÑANA

Una composición proverbial, anónima y antigua, afirma: “Cada mañana, en África, una gacela se despierta. Sabe que deberá correr más rápido que el león o perderá la vida. Cada mañana, en África, un león se despierta. Sabe que deberá correr más rápido que la gacela, o morirá de hambre. Cada mañana, cuando sale el sol, seas gacela o león, ¡debes correr!”.

Con frecuencia, se dice que la vida, a pesar de sus innumerables sinsabores y del vicio que nos conduce a recorrerla, muchas veces, de manera quejumbrosa, es un regalo.

Un regalo, sin embargo, es algo que si no se usa se destruye, pero es imprescindible comprender que “nada es gratis” ni tampoco, “por ley”, ha de ser fácil. El “regalo” de la vida no puede disfrutarse sin el esfuerzo que demanda incorporar, con naturalidad, sus imprescindibles necesidades y las condiciones dentro de las cuales “hay que” satisfacerlas. Allí radica el proverbio, de apariencia cruel (contenido en la composición anónima), que nos aclara que tanto la gacela como el león solo pueden tener la ocasión de sobrevivir

cuando “corriendo” incorporan los requerimientos de la realidad. Así, sin distraerse con ambivalencias (sin quejas, sin reproches y sin culpa), aceptan el permanente y natural esfuerzo de correr “cada mañana”.

Cabe preguntarse por qué razón absurda pero fuerte nos rebelamos tantas veces contra pretendidas injusticias del destino, sosteniendo tercamente que no deberían existir. Preferimos, entonces, sentarnos a esperar que “el tiempo aclare” y se nos otorgue la fortuna que el mundo nos adeuda, refugiándonos, mientras tanto, en que “no hay nada que hacer”. La respuesta, sencilla, en su simplicidad, es horrible, porque, si lo decimos de manera dramática, funciona como una cucaracha que se ha metido en una caja de bombones. La cucaracha representa los efectos de la realidad que negamos; los bombones aluden a nuestras ilusiones. Pero quizás sea mejor evitar el dramatismo y conformarse con la sabiduría de Porchia, quien (hablando de cada mañana) serenamente sentencia enunciando el verdadero “castigo”: “Cuando todo está hecho, las mañanas son tristes”.

LO QUE ME IMPORTA

Usando el seudónimo Trilussa, Carlo Alberto Camilo Mariano Salustri (el insigne poeta romano que nos dejó una obra dotada de un exquisito humorismo), en uno de sus poemas, pone en boca del protagonista que cada ser humano tiene un ángel de la guarda que lo sigue siempre como un perrito fiel, y que se imagina que el suyo es un tanto distraído, porque no le avisó, cuando se enamoró de su mujer, que tendría que cargar con toda la familia... O quizás, agrega luego, cerró sus ojos porque la vio tan bella.

Como vemos, decir que el amor es ciego tiene rai-gambre antigua. Las opiniones que se sostienen acerca de este asunto suelen dividirse entre las de quienes reiteran que se trata de una ceguera sana, que permite disfrutar de lo único que realmente importa, y las de aquellos otros que, preocupados por “lo que cuesta” soñar, afirman, con similar certeza, que de ese modo se mantiene una negación perjudicial que se cobra un alto precio.

Entre los amores que conmueven, hay un extraño sector que llamamos “amores imposibles”, negando, con frecuencia, que lo único que en el amor puede ser imposible es llegar, algunas veces, a complacerse, recíprocamente, compartiendo la intimidad de las caricias.

Lo cierto es que esos amores “imposibles” que conmueven, aunque a veces se tejen con proyectos que pueden no ser muy duraderos, maduran siempre como recuerdos persistentes, entre los cuales hay dos tipos que es imprescindible mencionar. Los recuerdos “inconclusos”, que es necesario terminar de procesar, y los recuerdos “incautos”, cuando nos seduce creer que, frente a la posibilidad de que surjan, es preferible huir.

Suele decirse que hay que ver para creer, pero casi nunca se repara en que, además, “hay que creer para ver”. Duele comprobar, y en realidad me importa mucho, que, si hay cosas que vinieron y se fueron sin que lograra verlas, eso que ya ha sucedido puede estar, ahora mismo, sucediendo otra vez. Quizás en eso pensaba Goethe cuando escribió: “Amo a los que quieren lo imposible”.

EL INQUILINO

Aquí estoy... y así me encontré, de pronto, “sintiendo” dentro del útero de mi madre (que solo mi cuerpo recuerda), porque nunca hubo algún momento en que elegí vivir. Jamás de los jamases podría pretender que fui alguien a quien se le antojó vivir... Si alguien quiso que eso sucediera, no fui yo, porque yo, en aquel entonces en que fui concebido, no existía. Si tenemos en cuenta que no se puede encender una luz que está encendida, veremos que lo que estoy haciendo, al ir viviendo, es morir, y lo hago sin querer, con absoluta parsimonia. Podemos, sí, como lo ha dicho Freud, establecer nuevas diferencias que deben ser agotadas viviéndolas. También podemos creer, mientras tanto, que vivir es escaparse de la muerte. Inventamos para eso una extraña palabra, “sobrevivir”. Pero ¿vivir “sobre” qué? ¿Excediendo el tiempo que “nos correspondía”? ¿Eludiendo supuestas trampas que elucubra el destino? En realidad, como lo dice Porchia: “Vengo de morirme, no de haber nacido. De haber nacido me voy”.

Tampoco mi cuerpo, que nació pequeño, me pidió permiso para evolucionar... Soy un "propietario" cuando tengo, por ejemplo, el título de dominio de una casa que, ladrillo a ladrillo, pude construir, pero, dado que las casas no suelen fenecer en los tiempos en que trascurren las vidas humanas, bien podría decirse que, gozando de su usufructo mientras vivo, la "alquilo". Con mi cuerpo es distinto, pero solo en apariencia. Aunque, cuando ya no exista, se habrá desarmado, sus componentes, que integrarán otras formas, también funcionaron, transitoriamente, prestados.

No me molesta ser un inquilino que debe permanentemente cumplir con lo que adeuda, ni admitir que "mi yo" no es mío (queda más claro diciendo que "tu yo no es tuyo"). Lo que más me importa es poder reparar en que hay dos maneras en que vivo mi vida. En una de ellas, todo se desliza, y casi sin notarlo el silencio de mis órganos habilita una penumbra que ni siquiera reclama prestarle atención. En la otra, cuya luz ilumina, pero siempre inquieta, sucede que, eternamente, "algo tengo que hacer".

LA SUBSISTENCIA SEMÁNTICA

Las cosas materiales (que impresionan a los cinco sentidos) poseen una subsistencia física (como el llamado material de una sesión psicoanalítica). Las palabras, junto a la persistencia física (que caracteriza a las que permanecen escritas con tinta en las páginas de un diccionario), poseen una subsistencia semántica, mucho más importante, que existe en el pronunciamiento que realizan los hablantes incluyéndolas en un enunciado. Al decir de Ortega, funcionan como ampolluelas mágicas que se quiebran para derramar su contenido en el alma de aquellos que las oyen compartiendo la “contraseña” que les otorga su carácter de símbolos, cuya función se realiza cuando aluden a otras realidades.

Palabras como “tarjetear”, y muchas otras, nos comprueban (a despecho de lo que algunos académicos del lenguaje argumentan reiteradamente) que las palabras las crean los hablantes, y nos enteramos, asombrados, de que Shakespeare le agregó un diez por ciento de vocablos al idioma inglés.

No valdría la pena introducirnos en ese terreno si no fuera porque un lingüista de la talla de Tzvetan Todorov (en *Literatura y significación*, fecundando el estudio del lenguaje con los aportes que otorga el conocimiento del psiquismo inconsciente) nos conmueve aclarando que, del mismo modo que el deseo posee la capacidad de engendrar su objeto, los vocablos generan, en el mundo, aquello que describen cuando se enuncian. En otras palabras: si un niño, movido por el afán de comprarse un chocolate, sustrae una moneda del bolsillo del padre, y su progenitor lo acusa utilizando, para calificar el acto, el adjetivo “ladrón”, implantará en su tierna infancia fundamentos muy firmes que lo inclinarán hacia aceptar, resignado, la sentencia paterna, cuya influencia aumenta, lamentablemente, cuanto mayor es la confianza y el amor que los une.

Lo que Todorov expone con lucidez, además de conmovedor, resulta innegable. Sin embargo, es muy difícil descubrir la frecuencia con la cual ese malhadado proceso forma una parte importante de nuestra convivencia cotidiana con los seres que más apreciamos, dado que, en la inmensa mayoría de las veces, transcurre de manera inconsciente.

PRÓFUGO

Podemos integrar (“asociar”) cosas que se registran separadas. También separar (disociar “en dos” o fragmentar) las cosas que se presentan unidas. Son procesos que pueden funcionar bien (cuando aumentan nuestra capacidad para lidiar con lo que constituye nuestro mundo) o mal (cuando disminuyen esa capacidad).

Entre las formas de la disociación, hay tres hermanas que la psicopatología conoce y que constituyen, en realidad, tres caras distintas de un mismo poliedro (posible si sus aristas son curvas). Solo podemos enfrentarnos con una de sus caras cuando la reactivación del entero poliedro la mantiene “encendida”. Estas son: la desaprensiva irresponsabilidad (paranoica) en la cual sobresale la proyección de la culpa; la lastimosa extorsión (melancólica) en la que se arrastra un autorreproche falaz que se dirige contra un “yo” que ya no es el que ejerce la crítica; la inescrupulosa prestidigitación (maníaca) en donde sobresale la negación de lo que causa desagrado o dolor.

Hemos recorrido las raíces que alimentan el poliedro con el propósito de referirnos especialmente al proceso de “endeudamiento” progresivo que se inicia con el afán de sostener la negación maníaca que insiste en que “todo está bien”.

Frente a la idea de que esa conducta puede “salirse con la suya”, suele sostenerse que existe una justicia “divina” que opera más allá de la justicia “terrestre” (para penalizar, por ejemplo, procedimientos inmorales que no trasgreden las leyes). La “justicia divina” confluye, en cierto modo, con lo que denominamos destino, y nos gusta referirla a una supuesta intervención de Dios, que castigaría las cosas que “no tienen perdón”.

La palabra “prófugo” (que deriva de “poner la huida por delante”) se utiliza para referirse al que huye de la justicia, pero es evidente que se puede huir de otros peligros. La usamos ahora para aludir a la perpetua huida contenida en la negación. Importa destacar que, aunque no lo parece, la condición de fugitivo constituye una incesante penuria. Porque, aunque “el descubrimiento” no llegue, la amenaza es perpetua, y porque, además, es cierto, sin necesidad de complicar a Dios en el asunto, que “en el pecado ya está la penitencia”.

SOLEDAD Y COMPAÑÍA

Creo que fue en la obra de Ortega donde leí que Benedetto Croce había escrito que una persona “pesada” es aquella que nos priva de la soledad sin hacernos compañía. ¿En qué consiste, pues, que alguien pueda hacernos compañía?

Comencemos por decir que nos sentimos solos cuando, apresados en un punto particular que nos hace sufrir “en carne viva”, no encontramos, entre quienes nos rodean, la posibilidad de comunicar aquello que, entre pecho y espalda, nos oprime como una gran deuda pendiente que nos precipita dentro de un “habría que...”. Hay ideas que, aunque a veces logramos alejarlas, no mueren, simplemente se esconden, pero siempre vuelven, y vivimos, desde allí, buscando un espíritu solidario con quien compartirlas.

Son ideas que contienen todo aquello que, de acuerdo con lo que sentimos, constituye lo que necesitamos realizar para recuperar el significado que orienta nuestra vida. Un significado que, en nuestra soledad, carente de nitidez, se desdibuja y desaparece.

Mientras tanto, un miedo, que “no es zozco”, nos revela que precisamos compartir para vivir, pero también que solo un compartir auténtico nos sirve.

Sabemos que sin duelos no hay logros, pero es más difícil resignarse a duelar cuando, frente a la fuerza que ejerce una meta incumplida, los logros posibles son aquellos que nos parecen pequeños y que, dado que sentimos que no alcanzan, pierden su valor.

Nos amenaza y nos asusta, entonces, llegar a descubrir que, desde adentro, surge un aislamiento y una impotencia que nos desespera y nos duele. Y forma parte de ella que la soledad que sufrimos no encuentre suficiente compañía.

Goethe decía, quizás “desde allí”, “amo a los que quieren lo imposible”. También hemos pensado, más de una vez, que hay un punto en que lo imposible obstruye la realización de lo posible, y que, por ese motivo, llega el momento en que es imprescindible abandonar lo que no puedo. Pero creo que Porchia enriquece la afirmación de Goethe cuando señala: “A quienes no tienen más posibles es justo que se les perdonen algunos imposibles”.

MÉDICOS Y MÉDICOS

Lejos de ocuparnos de la fascinante historia de la medicina (a la cual Pedro Laín Entralgo ha dedicado gran parte de su vida), aquí nos limitaremos a contemplar a los médicos de hoy. Si tenemos en cuenta lo que sentimos en la actualidad de nuestra profesión, cabe señalar, en primer lugar, que nos enfrentamos con una carencia que toma la forma de una “especie en extinción”. Pero no se trata ahora, obviamente, de lo que sucede con ballenas, gorilas, osos o leopardos. Nos referimos, en cambio, a una clase de médico que pudimos llegar a conocer.

¿Qué ha ocurrido, por ejemplo, con el médico de cabecera, que intermediaba la relación de su paciente con los especialistas que juzgaba necesarios y coordinaba, siempre, el curso de la acción? En la medicina que hoy trascurre, nos encontramos con personas que ingieren diariamente doce comprimidos recetados por médicos distintos (y a veces por amigos) sin que ninguno de ellos sepa lo que los otros han recomendado.

También cabe preguntarse acerca de los efectos que acarrea el médico que “no toca” a su paciente (o,

peor aún, la medicina *on line*, con médicos distintos cada vez) y solo se interesa en lo que los exámenes complementarios arrojan. En ese escenario, una acuciante insatisfacción condujo hacia la búsqueda creciente de una medicina del alma.

Por fin, el modelo mecanicista, que solo es eficaz en algunos casos que no son los que abundan, según el cual el médico (que combate con la enfermedad procurando, a lo sumo, que el paciente no interfiera) resuelve la apendicitis mientras el paciente “duerme”, ha invadido, lamentablemente, la concepción que sustentan muchos pacientes que se psicoanalizan. Los conduce a ignorar, durante la psicoterapia, lo que todo el que busca un profesor “ya sabe”: que el resultado también depende del alumno.

Insistamos, pues, en lo que muchas veces se niega. El psicoanálisis lleva a la conciencia lo que se reprimía, pero, a partir de ese punto (y a pesar de un malentendido frecuente), encontrar la solución siempre le corresponde al paciente.

ESPERANZA

Un pájaro herido, con su cuerpo desgarrado,
y una esperanza sola, que está desesperada
porque el corazón del ave es su morada,
se hablan en un invierno deshojado.

ELLA

Te vi una sola vez y fue bastante.
Había en tus ojos tanto anhelo
de aquel ayer, ahora tan distante,
en que el impulso te llevaba al vuelo.

¿Qué fue lo que cambió de pronto
con ese absurdo golpe del destino?
¿Cómo puede algo inútil, ciego y tonto
derrotar a la vida en su camino?

¿Por qué la magia desarrolla un ala fuerte y bella,
para que en un instante deje de servir?
¿Por qué ese cruel destino que la mella
con una brecha que ya nadie podrá volver a unir?

ÉL

Un día descubrí, despavorido,
que esta vida, que llevo en las entrañas,
no es tan mía como el dolor que me acompaña
cuando retorna mi infancia del olvido.

En el dolor del fondo de la herida
me siento yo. ¡Allí únicamente!
Entonces sé que el corazón no miente
y que yo soy quien soy porque él no olvida.

No sé qué es lo que ocurre con mi vida;
ella se empeña en que te busque y te reclame,
aunque yo me resigno con la herida
y con el dolor que vuelve en todo lo que ame.

ELLA

No quiero que tu alma, otrora temeraria,
arrastre su desventura por el suelo.
Me duele que tu tristeza solitaria
ame el calor del sol y su consuelo.

ÉL

Pero... ¿qué es lo que buscas, ser esquivo?
¿Por qué ocultas en tu alma mi destino?
Si te alimentas del corazón con el que vivo,

dime cuál es el ciego fin de tu camino.

ELLA

Odio el calor del sol y lo desprecio,
porque te ayuda para vivir sin gloria.
No te apartes de mí, no seas necio;
tú sabes que me amas y me odias.

ÉL

Yo no me aparto; eres tú quien se va, como aquel día
tantas veces soñado y recordado,
en que al perderte sentí que te quería.
Y con mi futuro, te llevas mi pasado.

Julio de 1978

CUMPLEAÑOS

La antigua costumbre de festejar cada año la fecha en que alguien ha nacido, otorgándole regalos y colocando, sobre una torta, un círculo de velas encendidas que debían protegerlo, fue considerada un rito pagano en los primeros cuatro siglos de la era cristiana, que precedieron a que se convirtiera en un hecho consuetudinario.

Entre los significados que sostienen la perduración de esa costumbre, nos interesa destacar ahora, y más allá de su inevitable relación con la cultura de una colectividad (sea religiosa o civil), aquellos que se pueden observar cuando nos involucramos en ese festejo. Entre todos los tipos de cumpleaños que es posible celebrar, queremos dedicarnos ahora al “cumple” clásico, que festeja la fecha en que un ser humano comienza la trayectoria de su vida.

A pesar de que siempre habrá nacimientos amados y otros odiados, y que, muchas veces, ambos cambian, sorpresivamente, de signo, cabe señalar que el “cumple inicial” lo festejan los padres para celebrar el nacimiento de un bebé que despierta un amor de

raíces profundas, y que la alegría de ese festejo es el primer regalo (¡recíproco!) que se asocia, de manera inalterable e inconsciente, cuando en cada año sucesivo llega ese día.

Solemos sentir, con escasísimas excepciones, que el día de nuestro cumple es “nuestro día”. El único, entre los 365 que completan un año, en que no se nos debe contrariar, hasta el punto en que se acepta que conviene postergar cualquier mala noticia que pueda arruinarlo.

No valdría la pena mencionar hechos tan evidentes si no fuera porque me anima el deseo de mostrar cómo se aloja allí, con frecuencia, una ilusión a la cual recurrimos reiterando un intento fallido de compensar algo que sentimos como una persistente carencia. Nada tiene de extraño el que todos alojemos, en un rincón del corazón, los rescoldos de un amor entrañable que recuperamos, en parte, cuando nos enamoramos, y que, cuando en el mejor de los casos se transformó en cariño, nos devolvió a una vida llena de las añoranzas que, en los días mejores, llamamos anhelos.

¿CÓMO DECIR?

Volvamos sobre una frase de Porchia: “Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo”. Una vez asimilada la sabiduría que contiene, comienza una “segunda fase” en la cual lo que se ha dicho se relativiza. Si aceptamos que las palabras nunca dicen lo mismo, la idea que dio nacimiento a la sentencia de Porchia que citamos aquí ¿se mantiene al repetir el enunciado?

En otra ocasión, hemos sostenido que nada podrá ser dicho que no pueda suscitar, al mismo tiempo, un justificado “no es verdad”, y que las palabras mueren luego de haber otorgado lo que podían dar. Pero ¿realmente lo han dado?

Reparemos en que el principal problema de toda convivencia siempre ha sido ¿cómo decir? Recordemos, también, lo que William Blake sentencia: “La verdad no puede ser dicha de un modo que sea comprendida sin ser creída”. Y lo que Chuang-Tzu afirma: “Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado, puedes olvidar las palabras”.

Contemplando ese panorama desde otro punto de vista, que nos ofrece una perspectiva “revertida”, cabe señalar que, con muy diversas palabras, es posible emitir un enunciado que se refiere a un mismo y determinado asunto, especialmente aquel que contiene esa “suma” que constituye lo que urge. Es el “punto de urgencia” que incluye, en cada instante de un presente atemporal, el “guion” histórico que configura “una vida” y que es necesario asumir. Se trata ahora de una circunstancia que marcha en dirección opuesta. Atrapar, con una multiplicidad de palabras distintas, poéticamente unidas, la quintaesencia emocional que incluye lo que habita “el corazón” y tiñe, desde allí, el conjunto entero de un alma que convive.

Freud decía que lo intelectual también es un poder, aunque de aquellos que “actúan a la larga”. Nuestros procesos racionales diferencian y separan precisamente aquello que necesitamos unir cuando, en la ocasión de un encuentro entre dos intimidades, surge la posibilidad de “consentir” directamente la conmoción compartida que nos permite crear.

EL COLOR DEL CRISTAL

Una gran parte del mundo civilizado occidental ha llegado a instalarse en la firme convicción de que la especie humana (sea por decreto divino o por el poder que deriva de su capacidad) “reina” sobre todo lo creado y le asiste, en forma irrestricta, el derecho de utilizar al resto de las criaturas vivientes para satisfacer sus necesidades y sus metas.

No pretendo sostener que es antinatural ver a los pollos, pavos, cerdos y terneros como entidades comestibles que “producimos”, engordamos, “fraccionamos” y distribuimos. Todo depende de si los contemplamos antes o después de haber satisfecho el apetito de alimentos (en forma directa, como consumidores, o indirecta, como “productores”). Lo que señalamos no solo nos sucede a los humanos. Si oímos decir que una madre “trasmite” a su progenie indiferencia frente a los leones y temor a los patos, nos parece absurdo, hasta que nos enteramos de que el enunciado alude a lo que “podría decir” una madre lombriz.

No cabe duda de que nuestro punto de vista tiende a convertirse en ley, y así sostendremos, con la más absoluta de las ingenuidades, como si se tratara de una condición biológica “extrahumana”, que los gusanos “son” feos y las mariposas, hermosas. Desatender su significado nos conduce hacia dos importantes consecuencias.

La primera reside en una consideración antropocéntrica de la trama de la vida en el planeta, que revela deformaciones similares a las que encontramos en la concepción del mundo que precedió a Copérnico. Resulta lamentable haber descubierto ese error en la apreciación astronómica, para volver a ingresar en eso desde la biología.

La segunda consiste en que toda verdad es relativa; es decir que queda inevitablemente determinada por el punto de vista desde el cual se la contempla. Esto podrá ser obvio y fácilmente aceptable, pero debemos reconocer que, cada vez que enunciamos lo que juzgamos “verdad”, es muy frecuente olvidarlo.

La ciencia y la poesía, por distintos caminos, descubren lo mismo, porque Campoamor escribe: “Nada hay verdad ni mentira: todo es según el color del cristal con que se mira”.

DISENTIR Y CONSENTIR

La palabra “discutir”, que por su etimología significa “sacudir”, lleva implícita la idea de esclarecer separando, pero es obvio que, de ese modo, se alude únicamente a la mitad del proceso, que se completa cuando aquello que se ha separado se vuelve a unir de otra manera.

En el continuo vaivén de nuestros diálogos con nuestros semejantes, oscilamos entre las ocasiones en las cuales ocurre que una persona siente lo que siente otra y aquellas en las que disentimos.

Si bien “consentir” es, ante todo, aceptar, en virtud de su origen (que deriva de “sentir con”), también alude a que dos o más personas sientan simultáneamente “lo mismo”.

Más allá de los particulares movimientos afectivos con los cuales podemos discrepar o coincidir con otros, tanto el disentir como el consentir son hechos que constituyen, en sí mismos, bien distintos sentimientos.

Cada vez que discrepamos con alguien o con algo, sentimos que nuestro yo “adquiere identidad” y se

consolida, pero también sucede que nos sentimos incomprendidos, abandonados y solos. Cada vez que consentimos con alguien o con algo, nos sentimos comprendidos, protegidos y acompañados, pero también sentimos que nuestro yo se desdibuja y se diluye.

Planteadas las cosas de este modo, parece que nos moviéramos dentro de un esquema inmutable en el cual lo que se gana por un lado se pierde por el otro. Dos circunstancias, sin embargo, que no siempre es fácil distinguir introducen importantes diferencias que iluminan la cuestión.

La primera consiste en establecer si se discrepa sosteniendo algo valioso que justifica soportar la soledad por la magnitud de los desarrollos a que da lugar o, por el contrario, solo se disiente para sostener el tamaño de un ego sin el cual se teme, erróneamente, convertirse en alguien que, transformado en ninguno, pierde su “razón de existir”.

La segunda, contrapartida especular de la primera, reside en que se puede consentir en virtud de que se comparte una convicción que trasciende la necesidad de “ser alguien singular” o, por el contrario, se consiente por el temor, injustificado, de “quedarse solo”.

Y LOS SUEÑOS... SUEÑOS SON

“La vida es sueño y los sueños... sueños son”, dice Calderón de la Barca. Borges, en “Las ruinas circulares”, frente a quien pregunta acerca de un hombre dormido, responde que es alguien que está soñando, es decir, “dando vida”, precisamente, a quien en ese momento está formulando la pregunta. Ha sido Shakespeare el que lo ha expresado antes de manera impecable cuando hace decir a su Próspero que “estamos hechos con la substancia —la *stofa*, el paño— de la que están hechos los sueños”.

“Antiguamente, Chuang-Tzu soñó que era mariposa. Revoloteaba gozosa, satisfecha de su condición. No sabía que era Chuang-Tzu. De pronto despierta. Es Chuang-Tzu y se asombra de serlo. Ya no le es posible averiguar si es Chuang-Tzu que soñaba ser mariposa o si es la mariposa que soñaba ser Chuang-Tzu. Entre él y la mariposa, había una diferencia. A esto se le llama cambio de los seres”.

¡Qué pensamiento hermoso y conmovedor! Pero ¿qué significa? ¿Por qué conmueve? No hubiera podido jamás averiguarlo si no hubiera sido porque

Porchia me tendió su mano y “simplemente”, con su insólita capacidad para tocar las fibras de los sentimientos complejos, me permitió contemplarlo en la cotidianidad de mi vida.

En palabras de Porchia: “Sí, esto está mal. Pero estuvo bien. Y ahora no comprendo cómo pudo estar bien. Y ahora no comprendo cómo puede estar mal”. ¿En qué consiste ese vaivén desconcertante, entre la mariposa y el hombre, o entre aquello que estuvo bien y hoy está mal, mientras sucede ahora que está bien lo que ayer estuvo mal?

Si tenemos en cuenta que con la palabra “sueño” solemos expresar (como hizo Luther King en su célebre frase) la fuerza de un deseo, comprendemos que todo sueño lleva implícito un tropiezo con algo que llamamos “realidad”, pero también queda claro que ese *magnífico tropiezo*, inherente a su destino, conforma, precisamente, una parte indivisible del anhelo. Si todo sueño busca su realización, es igualmente cierto que *toda realidad solo es posible como realización de un sueño*.

BUSTOS PARLANTES

En uno de los *muchos* buenos artículos que hoy no abundan, pero existen (aunque desperdigados entre tantos despropósitos intelectuales), llamó mi atención la unión de dos vocablos en un enunciado: “Bustos parlantes”. Logra transmitir una infortunada realidad conmovedora que (ahora me doy cuenta) había llegado, por fin, a pesar lo suficiente para disminuir un tanto el impulso que, desde dos años a esta parte, continuaba motivando, de un modo que considero saludable, mis “apuntes de todos los días”.

Basta con encender el televisor para encontrarse con ellos. Porque la expresión “bustos parlantes”, que conjuga acertadamente la incongruencia entre la inmutabilidad de la piedra y la necesaria actualidad de la palabra, designa a un sinnúmero de oradores que, desde el apoyo que les otorgan los laureles que bien o mal han logrado en la especialidad que asumen, opinan desaprensivamente, con un desatino que suele pasar desapercibido, sobre las “especialidades” que ignoran.

Es necesario distinguir la autoridad del autoritarismo. El autoritarismo se constituye como una pretensión que no se justifica, como algo que no se alcanza y se presume. La autoridad se obtiene, en cambio, siendo autor, y no cabe duda de que un hombre que, desde hace cincuenta años, construye bicicletas que sus congéneres utilizan con provecho constituye “una autoridad en la materia”.

La cuestión tiene importancia, porque produce un daño cierto que lamentablemente no solo se agrava cuando, a partir de una opinión, se ejercen actos, sino también y sobre todo por las repercusiones que ese pensamiento lleva implícitas. Es indudable, por ejemplo, que se puede egresar de la universidad obteniendo un título que habilita para ejercer la abogacía, pero para hacerlo con pericia todavía falta lo esencial. Causaría un enorme desconcierto pretender encargarle a un ser humano que ha dedicado toda su vida a la actividad política la ejecución de una intervención neuroquirúrgica. ¿Por qué no sucede algo similar si un neurocirujano asume la presidencia de un país? ¿Pensamos, acaso, que ejercer ese poder ejecutivo es más fácil que la neurocirugía?

EL TIPO

El vocablo “tipo” deriva del latín y se origina en el griego con el significado de un “modelo” cuyas características (“típicas”) son reconocibles. Alude, por su origen, al acto de golpear, porque en la antigua Grecia se grababa concretamente, sobre la piedra, con el martillo y el cincel. La llegada de la imprenta, con sus tipografías, condujo a que el concepto se asociara con las diferentes formas que fueron adquiriendo las letras, y la taxonomía de las distintas especies que la biología estudia también lo utilizó para definir algunos derivados evolutivos con características afines.

No cabe duda de que, más allá de estos usos específicos de la palabra “tipo”, nos encontramos con dos significados que se revelan pletóricos de una riqueza “histórica” que vale la pena explorar.

Uno de ellos, fecundo en consecuencias, es el que nos ha llevado a referirnos a un determinado semejante, que integra la “gente” entre la cual vivimos, diciendo, por ejemplo, “el tipo se apresura”. Ese “tipo”, que nos representa y constituye el personaje privilegiado de la literatura (¡poética!) de Wimpi (el insigne

humorista uruguayo), lo encontramos en la deliciosa abundancia de frases como esta: “Si cuando el tipo no hace nada dice que hace tiempo, ¿por qué cuando necesita tiempo dice que le falta?”.

El otro, lamentable, lo encontramos en los discursos que hoy repiten muchísimos adolescentes que, por obra de carencias semejantes, suelen empuñar mal el tenedor y la lapicera. Lo cierto es que rellenan la pobreza verbal de sus enunciados con una decena de palabras que, como “tipo” (híper, re, nada, súper, combo, paja, obvio, previa, boludo), repiten asombrosamente varias veces en una misma frase, ocultándose a sí mismos que no han logrado todavía ejercer con plenitud su condición de hablantes.

Reiteremos, entonces, que a pesar de este último desenlace, ocasional y funesto, ser reconocido como un tipo (y, sobre todo, “un buen tipo”) es valioso, porque significa haber logrado integrarse en la condición de un semejante con el que compartimos un destino humano frente al cual, ante tantos sinsabores, ya no nos sentimos radicalmente solos.

EL CUERPO "CACOFÓNICO"

A pesar de lo que suele creerse, el descubrimiento más importante de Freud no ha sido la existencia del psiquismo inconsciente. Esto ya fue dicho previamente. San Agustín, por ejemplo, lo enunció de esta manera: "Lo sabes, pero ignoras que lo sabes". La fundamental contribución de Freud consistió en sostener que había pensamientos (contenidos mentales que no son necesariamente razonamientos) reprimidos, que antes fueron conscientes, y que "retornaban" a la vida consciente constituyendo síntomas.

Una consideración más atenta (que surge de lo que en 1938 formuló explícitamente como la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis) nos permite sostener, además, que esa contribución puede formularse también de una manera que clarifica su sentido.

Comencemos por decir que Strachey (el insigne compilador de la obra freudiana) sostiene que en 1938 Freud formuló por primera vez, en un ensayo breve destinado a sus discípulos avanzados, lo que consideró las únicas dos hipótesis en que se basaba

el psicoanálisis. Agreguemos que es lamentable la escasa repercusión que ha tenido ese suceso dentro del mundo “psi”, sobre todo teniendo en cuenta que el mismo creador del psicoanálisis expresó que su metapsicología no constituía el edificio de su teoría, sino, por el contrario, su coronamiento, y que podía, por lo tanto, ser sustituida sin dañarlo.

Entonces, en 1938, Freud rechaza por fin, enfáticamente, el dualismo cartesiano (que recorre su metapsicología) y establece aquello que, de acuerdo con lo que creo, se puede expresar de manera sintética diciendo que lo que llamamos “cuerpo” coincide con lo que el psicoanálisis denomina “psiquismo inconsciente”, y se diferencia del psiquismo que caracteriza a la consciencia de la vigilia de “todos los días”. Conmueve comprobar que William Blake, desde la poesía, escribiera: “El hombre no tiene un cuerpo distinto del alma, porque lo que llamamos cuerpo es la parte del alma que se percibe con los cinco sentidos”. Un cuerpo que, en salud, funciona en la armonía que corresponde a la “eufonía” de todos los órganos y que, cuando está enfermo, procede exponiéndonos a las groseras dislocaciones de una tortuosa cacofonía.

LA DEMANDA EXTORSIVA

¿Es la necesidad un derecho? Entre las repetidas utopías (y ucronías) que han conducido a desastrosas distopías, existe un ideal hermoso que “debería” regir la conducta de los líderes. “Otorgar a cada cual, de acuerdo con su necesidad, y exigir de cada uno, contemplando su posibilidad”. Ese propósito loable lleva implícito un dilema que nunca se ha podido resolver sin tropezar, periódicamente, con conflictos y litigios muchas veces sanguinarios. Todo depende de acordar con el criterio del que juzga, acerca de lo que cada uno necesita recibir y puede dar.

De acuerdo con lo que señalan sus autores, un cruel experimento realizado con una pequeña rata que nada dentro de un recipiente resbaladizo, del cual no puede salir, permitió comprobar que, luego de nadar unos quince minutos, desfallece y se ahoga. Pero también que, si se la rescata, y luego se la introduce nuevamente en el mismo lugar, luchará el doble de tiempo, motivada por la esperanza que le ha dejado esa experiencia.

Hace ya muchos años, comparábamos esas conclusiones con lo que sucede con un bebé al cual, cuando llora para que se lo levante de la cuna, se lo complace luego de haber intentado, durante un tiempo insuficiente, que acepte ese lugar. Motivaba nuestra comparación la intención de aprender a discriminar entre el llanto producido por un sufrimiento real y el que suele surgir al servicio de una demanda extorsiva.

Nuestro trabajo de entonces no merecería mayores comentarios si no fuera porque, durante el tiempo transcurrido, la existencia de personalidades que recurren permanentemente a las demandas extorsivas ha aumentado hasta llegar a constituirse, con frecuencia, en un reclamo colectivo que adopta la forma de una reivindicación “social”. Reparemos, también, en que a las vicisitudes de un sufrimiento melancólico que procura beneficiarse utilizando el malestar que produce “ver sufrir” suelen sumarse las exquisiteces de un dolor secretamente erotizado que extrae su placer de un verdadero sadomasoquismo.

Todo lo que tengo tiene sabor a poco, y cuando recibo algo, de aquello que “me deben”, necesito más.

IDEAS Y AFECTOS

La palabra “idea” (derivada de *eidon*, “yo vi”) surge asociada con la percepción visual, pero involucra otros productos sensoriales.

Cuando percibimos (organolépticamente) las cosas presentes, sostenemos que se manifiestan en nuestra mente como ideas. Cuando, en cambio, rememoramos las cosas que permanecen ausentes, afirmamos que las ideas, presentes como rememoraciones, son representaciones. De más está decir que las combinaciones conceptuales de tales representaciones también se denominan ideas.

Freud decidió sostener que las representaciones (verdaderos fantasmas o fantasías de lo otrora percibido) no solo podían ser inconscientes, sino también filogenéticamente heredadas, es decir, independientes de las percepciones realizadas por el sujeto sobre el cual operaban.

De la etimología de la palabra “afecto” (derivada de *af-fec-tus*) basta consignar, para los fines que nos proponemos, que el vocablo designa algo que se aproxima como una acción que produce un resultado.

El psicoanálisis postula que es necesario perseguir por separado los destinos que la represión impone al *quantum* de afecto de los que impone a la parte eidética (el *qualia*) de la representación. Freud (en “Lo inconsciente”) sostuvo que los afectos no son inconscientes en el mismo sentido en que lo son las ideas inconscientes. Los afectos son procesos “de descarga”, porque, cuando algo obstruye su curso (el único motivo de la represión es impedir el desarrollo de un determinado afecto, que adquiere su nombre por la idea que le otorga su cualidad), agotan ineludiblemente su energía emprendiendo (con otro nombre) otro camino. Si la insatisfacción subsiste, es porque la descarga, cuantitativamente suficiente, no se realiza por las vías que establece la idea que se mantiene como predisposición original.

Si bien es cierto que la importancia se constituye como la magnitud de un afecto, los valores se establecen como una diferencia entre lo que nos hace bien y lo que nos hace mal, y esa diferencia (aunque sentida y recordada) no puede ser otra cosa que una idea. Esa idea es, precisamente, la fantasía inconsciente que el psicoanálisis necesita devolver a la consciencia.

IMPRESINDIBLE

Hemos señalado muchas veces, a partir de Simon y de Weizsaecker —que nos asombran cuando describen lo mismo desde lugares tan distintos—, hasta qué punto un ser humano puede *desquiciarse* obstruyendo su propio camino. Un trascurso que se debería recorrer, como señala Ortega, asumiendo, sin discutirlo ni discutir la circunstancia de ese particular destino que constituye “el suyo”. Contemplando las vidas ajenas, que se realizan muchas veces, muy bien, de modos distintos, nos convencemos de que la vida nos demuestra, en su polifacética forma de ser, que “tiene más de un camino”. Y sin embargo nos obstinamos, con enorme frecuencia, en modelar nuestra vida de maneras espurias.

No es difícil comprobar que, zarandeados por los cuatro gigantes del alma (la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos), nos atrapa la envidia que siempre nos convence de que el bienestar solo existe en el plato ajeno. Conmueve comprobar que una respuesta tan cercana a nuestra cotidiana consciencia nos precipite en consecuencias funestas.

No alcanza con lo que señala Martín Fierro, que “cada lechón en su teta es el modo de mamar” y que “vaca que cambia querencia se atrasa en la parición”. Es necesario reparar en que el supuesto “privilegio” de obtener todo aquello que solo valoramos mientras sea de otro oculta, en verdad, una trágica condena. Una condena que nos arrastra hacia esa triste condición que consiste en desvalorizar lo que en realidad somos mientras, “superficialmente”, nos revestimos de una infructuosa arrogancia.

Siendo, como es, inevitable habitar “el lugar en que empezó nuestra existencia”, necesitamos comprender que todo progreso es imposible si procedemos ignorando el punto de partida del “ser y proceder” que nos caracteriza. Así descubrimos que la reconciliación con uno mismo, cuando alcanza la humildad que imposibilita toda humillación, lejos de ser opaca y pusilánime, se manifiesta, por el contrario, como un reverente y conmovedor “enamorarse de la vida”, que nos reconcilia con su grandiosidad majestuosa. También descubrimos, entonces, que es imprescindible asumir que las dificultades solo se superan viviéndolas y, como dice Porchia, pasan sin dificultad.

QUÉ HUBIERA SIDO SI...

Las innumerables situaciones en que no podemos hacer lo que queremos o, en otras palabras, realmente vivirlo, suelen ocupar nuestra mente, muchas veces, en forma reiterada. A pesar de ese tipo de frustración, que se procesa con la mente, lo que trascurre senti-mentalmente es muy distinto. Es algo que se revela con claridad meridiana si recurrimos al extremo constituido por el hecho (que creo incontrovertible) de que no podemos creer en nuestra propia muerte. En verdad, y a pesar de lo que repite el silogismo socrático, nos sentimos inmortales.

No solo es cierto que “mientras hay vida hay esperanza”, o que “la esperanza es lo último que se pierde”. Si prestamos suficiente atención a lo que estamos describiendo, descubrimos que estamos “hechos de esa forma”. Una forma que determina que nuestra propia muerte nos resulte *sentimentalmente* increíble. Shakespeare marcha en la misma dirección cuando pone en boca de su Próspero que “estamos hechos de la substancia de que están hechos los sueños”.

Si tenemos en cuenta que vivir lleva implícito despedirse continuamente del ayer que “ya fue” y aceptar el único pasado que “cuenta”, que es el que no ha terminado de ocurrir (recordemos también que el único futuro que vale es el que ya comenzó), cabe preguntarse a qué se debe que, con tanta frecuencia, nos acometa la tentación de pensar que lo que fue “pudo ser” (o “debió ser”) de otra manera.

La respuesta es sencilla. Olvidándonos de que “la queja no rinde” el logro imaginario que sin cesar le atribuimos, sustituimos el hacer que deriva de la aceptación del presente por el reclamar por una presunta deuda que, en realidad, nunca existió ni existe.

Desde esa frecuente actitud (inconscientemente quejumbrosa) que nos evade del presente (el único “tiempo” en el cual continuamente se vive), optando por lamentarse con una fantasía que, como se dice de la necesidad, “tiene cara de hereje”, casi sin darnos cuenta sucumbimos a una blanda molicie, erotizada y masoquista, que se refugia en lo que hubiera sucedido, si lo que no pudo ser hubiera sido.

CUANDO LOS PADRES O LOS HIJOS DUELEN

Cualquier psicoterapeuta que haya ejercido su profesión, aunque haya sido durante un tiempo breve, se habrá encontrado con padres que se quejan de un dolor que “proviene” de la manera de ser o proceder de sus hijos. También, con hijos que piensan que deben defenderse del sufrimiento que les produce su relación con sus progenitores, que juzgan intolerantes y exigentes.

Como hijos, siempre hemos privilegiado dos fuentes principales de malestar que se han desarrollado íntimamente entrelazadas y que han sufrido, muchas veces, el efecto multiplicador que, en algunos casos, les ha otorgado el hecho de haber recibido y desarrollado, en nuestro vínculo con esos mismos padres, un cariño, una enseñanza y una devota admiración que atesoramos. La primera de esas fuentes reside en las directivas y exigencias a las que sentimos que nos han sometido y acerca de algunas de las cuales llegamos a pensar que, precisamente, funcionaron mal. La segunda consiste en que lo que comenzamos a ver, ahora, en ellos, contemplado a la luz de esas mismas

exigencias que hoy, incorporadas, ya son nuestras, pudo llegar a producirnos una íntima vergüenza.

Como padres, en cambio, lo común es sentir culpa. Suele suceder porque todos sabemos que nuestros hijos (sin negar que ya han recibido de su entorno algunas influencias prenatales) han nacido, en su enorme mayoría, fundamentalmente sanos. De allí surge lo que todos los psicoterapeutas tuvimos ocasión de presenciar. Frente a los defectos que registramos en el carácter que han desarrollado nuestros hijos, sentimos siempre, más allá de lo que conscientemente podamos asumir, esos sentimientos de culpabilidad que pueden llegar a torturarnos. Justamente por eso, una de nuestras principales tareas psicoterapéuticas es llevar a la consciencia los sentimientos de culpa, que son malsanos y destructivos, generando de ese modo un lugar más saludable para que, abandonando los autorreproches malignos, los sentimientos de responsabilidad nos ayuden a dedicarnos, de manera fecunda, a todo lo bueno que todavía se puede realizar.

Procederemos, entonces, desde la responsabilidad, sin queja, sin reproche y sin culpa.

QUÉ LOCURA

Entre las tantas denotaciones que, de acuerdo con lo que se ha señalado repetidamente, convoca la palabra “loco”, algunas peyorativas y otras que conllevan virtudes valiosas (lunático, apasionado, entusiasta), y que han dado lugar a muchas frases célebres, cabe subrayar que también se le atribuye el significado de “locuaz”, que se usa para calificar al que habla profusamente sin orden ni concierto. Por otro lado, suele usarse, en el terreno de las enfermedades mentales, como un sinónimo del término “psicosis”, que designa específicamente una alteración en lo que se denomina “juicio de realidad”.

Volvemos hoy sobre este tema porque nos interesa destacar, entre las cualidades que arrastra inevitablemente la locura, el vínculo que existe entre esa “condición” que constituye un malestar y el hecho configurado por un oscilar que nos conduce alternativamente, de “ida y vuelta”, entre el sentirnos bien y mal. Es un hecho que no merecería mayores comentarios si no fuera porque nos permite comprender la magnitud del sufrimiento que conlleva la locura, con

su encerrona en esa penosa y, con frecuencia, desatendida alternativa.

En la cordura de una vida saludable, nos sentimos bien, de manera adecuada, cuando en nuestra relación con el entorno las cosas “están bien”, y mal cuando están mal (a juicio de alguien en quien podemos confiar). En la locura, sucede precisamente lo contrario. Pero el verdadero y cruel sufrimiento al cual nos referimos aquí se produce porque el trastorno que acontece nunca es total (como puede verse, por ejemplo, en los delirios sistematizados), dado que, dentro de una misma persona, el loco siempre dialoga con el cuerdo sin llegar a saber a priori cuál será la opinión que prevalecerá.

La cuestión sería mucho menos inquietante si no fuera porque “de poeta y de loco todos tenemos un poco”, porque, según dice la Alicia de Lewis Carroll, “las mejores personas lo están”, y porque, según lo ha sostenido “cuerdamente” Bion (el insigne psicoanalista inglés), “la diferencia entre un genio y un loco reside en la cantidad de gente que ambos logran convencer”.

ACOMPañADO Y SOLO

Volvamos sobre la frase de Benedetto Croce: “Pesado es alguien que nos priva de la soledad sin hacernos compañía”. Se puede, entonces, disfrutar de la soledad, pero ¿en qué condiciones? Todos sabemos que no es lo mismo encontrarse con otro automovilista en el tráfico de una ciudad que en el medio de una ruta que atraviesa una zona desolada. Solemos repetir que solo se puede ser siendo con otros. Es cierto, sí, pero ¿cuántos son los que necesitamos? Muchas veces, ocurre que lo que abunda daña y que, cuando la compañía ha llenado el recipiente en donde se atesoran los ingresos que alimentan nuestros proyectos, se puede disfrutar en una soledad fecunda, que nos permite elegir con quién vivimos lo que hacemos.

En un filme de ciencia ficción, un último habitante del planeta Tierra oye sonar un teléfono en la ciudad desierta, y cuando corre para descolgar el tubo, la llamada cesa. ¿Qué es, entonces, la muerte? No es, por cierto, la propia. La mejor definición que conozco fue pronunciada por la genialidad de

un niño: “Muerte es que todos se mueran y yo me quede solo”.

Podemos sangrar por una herida que no ha cicatrizado, pero si queremos que quienes nos ayudan no nos abandonen, justo cuando más los necesitamos, debemos aprender a pesarles lo menos posible renunciando a querer dirigirlos.

Es imprescindible contemplar el vacío profundo que ha generado esa forma equívoca, solo “idealmente” estéril, que se llama distanciamiento, que se ha llenado, de un modo inevitable (por obra de las pendientes, como dice Porchia), con las fuentes putrefactas de una contaminación mutuamente agresiva. La misma que produce esa amargura que es necesario purgar.

Cada uno de los seres que pueblan nuestro entorno puede ser la compañía que anhelamos, porque contiene esa majestuosa llama que denominamos vida y que, en su misma esencia, busca ser compartida. Solo necesitamos habilitar el amor que nos lleva a explorar, con el humilde cariño que nos permite compartir eso, bondadoso y sublime, que se resume en la frase: “Estar con la vida”.

SEMILLAS

Refiriéndose al inmenso campo abierto por la psicopatología, Victor von Weizsaecker sostuvo que habría necesitado ser joven para poder realizar esa tarea, pero que vendrán otros, más jóvenes. Muchos años después, escribí que fui uno de esos jóvenes, y que también me encontré, por fin, con la necesidad de afirmar: vendrán otros, más jóvenes.

En 1983, publiqué un libro (*Psicoanálisis, presente y futuro. Qué y cómo psicoanalizar. Ni psiquis ni soma*) con el siguiente epígrafe: “Mi padre, cuando yo era un niño, me explicó una vez, mientras disfrutábamos los tres de una caja de dátiles, que tanto gustaban a mi madre, que el que siembra dátiles, a menos que sea joven, no llegará a comerlos. Esto me debe haber impresionado, porque nunca más lo olvidé. Hay ideas que son como los dátiles, tardan tanto en crecer que el que las siembra no verá sus frutos. Pero los dátiles existen, y los sembramos mientras comemos los que otros sembraron”.

Brian Goodwin (*Las manchas del Leopardo. Evolución de la complejidad*) afirmó que “las ideas tienen

su momento, y si a uno se le ocurre descubrir algo antes de que la gente esté preparada para reconocer su significado, mejor haría en guardarlo en un cajón hasta que el clima sea receptivo”.

Benoît Mandelbrot editó una versión de su maravillosa *Geometría fractal de la naturaleza* en la que suprimió numerosos párrafos que hubieran despertado infranqueables resistencias y, años después, publicó otra, en la cual incluyó lo que había suprimido.

¿Alguien podría sostener que el hecho de que las cosas sucedan de este modo constituye una injusticia? Si así fuera, ¿sobre cuáles parámetros se apoyaría?

Una vez escuché discutir, en una mesa constituida por periodistas, acerca de si lo que gobierna un país es el Poder Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial o los servicios de inteligencia. Me parece indudable que lo que gobierna el mundo entero no puede ser otra cosa que una opinión “pública”, la mayor parte de la cual es inconsciente, y que, en algunas épocas más que en otras, transcurre (muchas veces con furia) recorrida por una cantidad de grietas que la fragmentan.

CON ESPÍRITU NAVIDEÑO

Tal como lo expresa Rovelli (*El orden del tiempo*), mientras la física clásica contempla un mundo compuesto por “ladrillos” que ocupan espacio, la teoría cuántica establece acontecimientos que, como los besos humanos, se constituyen como relaciones.

Einstein sostuvo que lo que para un observador transcurre entre un antes y un después para otro que habita un sistema en movimiento con respecto al primero puede ser simultáneo. Los sucesos que ocurren recorriendo la “flecha del tiempo”, desde un pasado hacia un futuro, pueden ser contemplados, entonces, desde otro sistema, como un presente atemporal en el que todo es ahora. Es decir que, si desde un vértice de observación dividimos los tiempos “para llorar” y “para reír”, desde otro podríamos “ver” a ambos, en cambio, constituyendo “el tiempo”, un “tiempo único” en el cual se elige llorar o reír.

Strachey consigna que *Psicopatología de la vida cotidiana* figura entre los libros más recorridos de Freud (y entre aquellos a los que les prestó más atención, agregándoles nuevos ejemplos y reflexiones) y

que, de acuerdo con lo que afirma Jones, *El chiste y su relación con lo inconsciente* (al cual solo añade, años después, un breve ensayo sobre el humor) es el menos difundido.

Volvamos sobre el tema, con la brevedad de un esquema, para señalar que la esencia del esclarecimiento freudiano (ligado a lo elaborado en *La interpretación de los sueños*) consiste en sostener que el placer que se obtiene riendo (que, en las situaciones extremas, se confunde con los fenómenos que produce el llanto) proviene del haber burlado la represión sin pagar sus consecuencias. El significado de la risa se enriquece si tenemos en cuenta que encontramos en la sonrisa (ese acontecimiento, pleno de resonancias, que nace de la recíproca satisfacción que se establece durante la succión del pecho) “su antecesor natural”.

Señalemos, por fin, que un chiste grosero podrá suscitar un mayor o menor desagrado, pero que su verdadero e imperdonable defecto solo aparece cuando carece de la “gracia” que le hubiera otorgado su anhelado “permiso”.

BUENO, BELLO Y VERDADERO

Hemos subrayado muchas veces que las tres maneras de la vida, simbolizadas por el hígado, el corazón y el cerebro, corresponden a tres tipos de inteligencia (práctica, emocional y racional), a tres verbos auxiliares (poder, querer y deber) que cualifican las acciones que otros verbos designan, y a tres categorías de un tiempo cronológico (pasado, presente y futuro) que descomponen un presente atemporal en el cual el único pasado que cuenta es el que todavía no ha terminado de ocurrir, y el único futuro que vale es el que ya ha comenzado.

Volvemos ahora sobre el tema con el propósito de explorar las reflexiones que producen los tres valores platónicos: lo bueno, lo bello y lo verdadero.

Con lo bueno y con lo bello, contemplados en el campo de trabajo de un psicoanalista, sucede que podemos apoyarnos en un suelo que no es tan resbaladizo.

Bueno, en su origen, es todo lo que nos hace bien, como sucede con un alimento o con el oxígeno que respiramos (y malo, el tóxico que nos hace mal).

Sostenemos, entonces, que desde allí se fundamenta el edificio que aloja la bondad. Bello es aquello que conmueve y enamora, porque trascurre dotado de la gracia misteriosa que le otorga su armoniosa e inmejorable proporción.

En cambio, no cabe duda de que con lo verdadero la cuestión se complica. En el curso de una sesión de psicoanálisis (aunque estamos lejos de necesitar internarnos en los vericuetos filosóficos que distinguen, por ejemplo, entre una verdad formal o lógica, otra fenoménica y una tercera trascendental y ontológica), no alcanza con decir que verdadero es aquello que no repugna a la razón.

Desde Freud en adelante, nos inspira una frase, “la verdad de las mentiras”, que constituye el título de un excelente libro de Vargas Llosa y fecunda toda la obra de Federico Fellini (una cuestión que él mismo aborda en su magistral película *Soy un gran mentiroso*). Se trata de una realidad, con sus propias leyes rigurosas, sin la cual no solo el psicoanálisis, sino incluso la vida misma, sería imposible.

ENTRE LO DIFÍCIL Y LO FÁCIL

Bernardo Houssay (Premio Nobel de Fisiología) decía que fácil es lo que se sabe y difícil, lo que no se sabe. En una entrevista de Fontevicchia a Longobardi, ambos concordaron con que las cosas fáciles aburren, mientras que las difíciles abruma. Conmovedora y admirable síntesis que nos permite reparar en que el esquivo bienestar de nuestra vida cotidiana solo puede transcurrir cuando logramos preservarnos de un naufragio repetido y frecuente, navegando en el estrecho desfiladero que se encuentra entre el Escila y el Caribdis de la disyuntiva entre aburrirse y abrumarse. Recordemos a Porchia: “Cuando lo superficial me cansa, me cansa tanto que, para descansar, necesito un abismo”.

No es casual que ese mismo dilema constituya el epicentro de toda sesión psicoanalítica, al cual nos referimos utilizando la expresión “punto de urgencia”. Ese “punto” (en realidad, un tema) es el “lugar”, conflictivo y sin embargo estable, que nuestro paciente (o, mejor dicho, el “tú y yo” inherente con el proceso de psicoanalizar) intenta “pudiendo”, como lucha

una mosca en la tela de una araña, continuamente resolver, mientras el resultado todavía se ignora.

Esa carencia, eso que falta, se suele experimentar como un vacío (que algunas veces ha recibido el ampuloso nombre de “angustia existencial”). Pero, en el territorio de lo anímico, no existen vacíos; todo se llena siempre con los ríos que, como señala Porchia, son obras de las pendientes. De allí surge un asunto que justifica nuestra exploración. Frente a la circunstancia en la que ese vacío rápidamente se rellena, es imprescindible elegir y evitar aceptar, por igual, lo que la oportunidad nos ofrece. No todo lo que con facilidad se alcanza merece el mismo aprecio.

Cuántas veces, llevados por la impaciencia, el afecto que impregna nuestro punto de urgencia (y que, como todo afecto, se descarga siempre conduciéndonos a un “período refractario”) se “cumple”, agotando su intensidad con lo que está más “a mano”. Así, deja insatisfecha, como “asignatura pendiente”, nuestra predisposición original que, como idea inconsciente, configura la cualidad de lo que deseamos.

UN SOLO ENEMIGO

Una película que se estrenó este año, *No miren arriba*, cuyos protagonistas principales están representados por Leonardo Di Caprio y Meryl Streep, nos enfrenta con un mundo desconcertante y singular, en el cual no solo los valores trascurren subvertidos, sino que además un inquietante y caótico desbarajuste, privado de toda razón y sensatez, alcanza una magnitud que nos parecería inverosímil si no fuera porque se asemeja de manera asombrosa a los fenómenos colectivos desquiciados que actualmente, y como nunca, se observan por doquier. Que haya sido filmada nos abre una esperanza, porque constituye una evidencia de que hay personas que, lejos de compartir una locura que hoy se contagia y se difunde, se dedican a exponerla.

El miedo es un sentimiento cuyas alteraciones en el cuerpo, típicas y universales, nos permiten identificarlo cuando nos afecta y también reconocerlo en los seres que habitan nuestro entorno. Es importante consignar que (aunque, injustificado, configure una fobia) sucede acompañado por la representación

concreta de algo (cosa o situación) que constituye aquello que se teme. En la angustia, en cambio, lo que se siente es un “temor sin nombre”. La diferencia con lo que ocurre con el miedo es enorme, porque, cuando se sufre angustia, es mucho más difícil concebir “lo que se puede hacer”. Nada tiene de extraño, entonces, que intentando encontrar un camino más fácil busquemos concentrar, en uno solo, todos los peligros que, desde el entorno, nunca han dejado de acecharnos.

Así, sucumbiendo de manera inconsciente al principio del placer, y operando en un mundo ilusoriamente simplificado, solo es imprescindible protegerse de un enemigo principal mediante unos pocos recursos que pretenden asegurarnos que lo peor no sucederá.

No cabe duda de que, frente a la magnitud con que hoy ocupan nuestra mente (colectiva y mundial) el COVID-19, las vacunas, el barbijo y la distancia social, cualquier otro infortunio se ha quedado relegado en un segundo plano. Todo se arregla con “no mirar para arriba”, ya que, como señala Porchia: “Si no levantas los ojos, creerás que eres el punto más alto”.

DONDE FUERES, HAZ LO QUE VIERES

En Roma, proceder como proceden los romanos constituye un consejo sabio que no se ha ganado por casualidad su perduración en un proverbio. Da lugar, sin embargo, a reflexiones que hoy son muy necesarias.

Se suele aceptar que vivir en sociedad conlleva el compromiso de respetar las reglas de convivencia que rigen la conducta de la comunidad que se habita. La historia de las civilizaciones está llena de ejemplos de las distintas actitudes de los “reformadores” y de las reacciones de su entorno, que alcanzan con frecuencia los extremos de la violencia verbal y, muchas veces, física. No valdría la pena mencionar esto, ampliamente conocido, si no fuera porque nos introduce en otra cuestión, mucho menos evidente.

Comencemos por decir que, tal como señala Nassim Taleb, una minoría que funciona en determinadas condiciones ejerce un poder determinante sobre la mayoría con la que convive. Sucede que, cuando se organiza una cena para doce personas, suele ser suficiente con que a una le disgusten los langostinos

para cambiar lo que todos comerán. Análogamente, una persona con una claustrofobia suele imponer dejar abiertas las ventanas del cuarto en donde transcurre la reunión, a pesar del frío y del viento que por allí penetra. Uno podría pensar que “hasta allí vaya y pase”, pero no siempre es fácil comprender las consecuencias que en algunos asuntos acarrea un ceder que, para colmo, tiende a ser interpretado como “la debida consideración”. Una consideración a la cual nuestra “cívica educación” (o, tal vez, nuestra “pereza” frente a la reflexión) nos obliga.

En aquella cena de doce personas, lo más fácil es cambiar el menú del conjunto, pero no cabe duda de que en la situación actual son muchas, muchísimas, las cuestiones graves sobre las cuales la conducta adecuada es servir langostinos y solo ofrecerle otra alternativa al invitado que no los tolera.

Un asunto es muy claro. Si en cuestiones “de peso” continuamos evitando el esfuerzo de respetar los principios, seguiremos creyendo, equivocadamente, que una inmensa mayoría “está loca”, cuando nada permite afirmarlo con seguridad.

LA CAÍDA DEL TELÓN

Cuando presenciamos la puesta en escena de una obra de teatro, no cabe duda de que solo luego de la caída del telón puede alcanzarnos, aunque sea en parte, el significado que constituye la razón de ser que sostiene la existencia de esa “pieza” del arte dramático y su reiterada representación.

Ese significado, que “pone en obra” alguna de las temáticas fundamentales (tragedias y comedias que ensombrecen o iluminan nuestras vidas), es el motivo que conduce a crear, más allá —y es importante consignarlo— de si se logra transmitirlo bien o mal.

Si pensamos en una “ópera”, podemos recurrir a la metáfora de una voz sublime y deliciosa que, como el canto de un pájaro, “naturalmente” nunca desafina, o de un producto torpe y “cacofónico” que a quien perturba más es al melómano. Vale la pena insistir en este punto, porque si bien en el arte, como en la vida, puede decirse que “hay gustos para todo”, también un proverbio sostiene que “hay gustos que merecen palos”.

Nos referimos al arte dramático porque nos anima el propósito de señalar que la vida de cada ser humano constituye una realidad que, si no siempre llega a ser una obra de arte, nunca puede ser menos que una artesanía. Una obra cuyo significado “pleno” solo puede descubrirse luego de la caída del telón. Porque, si lo meditamos con cuidado, llegamos, por extraño que parezca, a una inquietante pero innegable conclusión: el cuándo y sobre todo el cómo del morir de cada vida la resignifica por entero. Como sucede con las obras de arte, ocurre en el curso de una vida humana. Así se realizan seres ejemplares, más allá de los méritos y las culpas con que solemos querer, encarnizadamente, explicar esas cualidades “personales” que surgen siempre de contextos que son colectivos y complejos.

Existe, pues, un “arte de vivir” al cual podemos acceder. Aunque llegamos a creer, con frecuencia, que se logra “improvisando”, la observación nos muestra que lo que sucede ocurre siempre en el ámbito complejo en el que funcionan los procesos de identificación.

LA PRIMERA CRIATURA QUE EDUCAMOS

Sabemos que, entre las personas que no se han alejado demasiado de la “normalidad”, cuando un hombre y una mujer que se han unido engendran un nuevo ser humano, ambos sienten, de mejor o peor manera, y ya desde el embarazo (aunque sea muchas veces por detrás de lo que piensan), un amor que entusiasma. Además, si “se registra”, marcha por un lado, mientras por el otro surge una responsabilidad que se presenta siempre, por más que se la niegue, como la necesidad de hacerse cargo de esa enternecedora criatura.

Ese amor y esa responsabilidad tienen, sin embargo, un antecedente que constituye su origen. El primer bebé que requirió nuestra atención y del cual “hubo que hacerse cargo” siempre fue inevitablemente (y a pesar de cuánta haya sido la protección y la preparación que recibimos) nuestro propio ser. Es menester comprender que, mientras aprendimos, tuvimos que soportar el peso de nuestras inhabilidades infantiles. Conmueve comprobar que desde allí, desde ese único posible campo de experiencia, nació

un primer contribuyente a una capacidad que nos otorgó la posibilidad de educar a las criaturas que engendramos, ayudándolas, como fuimos ayudados, para que también procedan aprendiendo a hacerse cargo, como nosotros aprendimos.

El segundo contribuyente es también muy importante. Si bien es cierto que nuestros progenitores (y también nuestros abuelos) fueron los modelos que encontramos para construir los procedimientos que usamos para “hacernos cargo” por nuestra cuenta y riesgo, muy pronto el amor que nos condujo a valorar nuestro entorno “colaboró” con otros ideales. No obstante, entre todos ellos se destacan las profundas identificaciones que “obtuvimos” en la relación con la persona con la cual engendramos nuestra prole. Vemos por doquier, aparentemente, todo lo contrario de lo que aquí sostenemos: la ubicua pretensión de que se hagan cargo los otros, los culpables, de las injustas dificultades que sufrimos. Pero, en el fondo, sabemos la verdad: nadie, a pesar de lo que dice, ha podido evitar “hacerse cargo” de su propia vida, y las cosas que no le gustan, mientras se queja, le suceden.

CON LA RAZÓN NO ALCANZA

Hay tres razones que le quitan “peso” a lo que razonamos. La primera de ellas surge de que, mientras la razón transcurre en forma secuencial, cronológica, el sentimiento, cuya cualidad deriva de las ideas inconscientes “predispuestas”, ocurre en el continuo ininterrumpido de un presente atemporal (dentro del cual el pasado no ha dejado de ocurrir y el futuro ya ha comenzado). Ese continuo existencial configura toda crisis (que desde la razón denominamos conflicto) y constituye la urgencia de una solicitud en ese “punto” desacomodado que perdura “estable” y que pugna por una solución.

En las relaciones “tú y yo” (la sesión psicoanalítica es un prototipo esclarecedor), tenemos dos maneras para “darnos cuenta” de lo que sientes tú: deducirlo, mediante la razón, o directamente “consentirlo”, es decir, sentirlo contigo, en ese mismo instante, mediante un procedimiento (contratransferencia inconsciente) que precisamente la razón obstruye.

Pero si una actitud “razonable” descalifica la razón, ¿dónde encontraremos una forma de facilitar el

cometido de sentir con el paciente, “al mismo tiempo”, el sentimiento reprimido que pugna inútilmente por salir?

Algunas reflexiones tal vez puedan ayudarnos.

Una luz que se apaga (en este caso, la razón) no ilumina, pero la oscuridad permite que surja (suele decirse que “arroje”) nueva luz. El sonido de la palabra que se calla no resuena, pero el silencio permite que surja una voz nueva que “tiene la vibra” que logra conmover.

Hemos pasado años buscando un camino más corto (¡que estaba “a la vuelta de la esquina”!) que nos llevara a liberar un sentimiento que “tiene que salir”. Freud sabía que lo intelectual también es un poder, pero de los que actúan a la larga, y con esto último nos indicó un trayecto que no llegó a transitar. Divisamos, por fin, la “puerta grande”, pero otra cuestión es atreverse a entrar en el sufrimiento, porque sabemos que no hay rosas sin espinas, que las espinas duelen, y es más fácil razonar y “medicar”. La sabiduría de Porchia, cuando aclara que “la razón se pierde razonando”, nos devuelve al camino que necesitamos recorrer.

LAS VICISITUDES DE LAS INICIATIVAS

Walther Tritesch (“Los cambios en las relaciones humanas”, en *La nueva visión del mundo*, de Jean Gebser y colaboradores) señala las circunstancias que, en su conjunto, explican la existencia de muchos infortunios.

Los seres humanos estamos dotados de órganos sensoriales (ojos y oídos, por ejemplo) “diseñados para ser eficaces” en contextos constituidos por unas veinte personas. A esto se añade que una de cada veinte personas (el 5% del total) nace “diseñada” para ser un “promotor”, un creador de iniciativas o, si se prefiere, un líder. De más está decir que ser parte de los diecinueve dotados para ser seguidores, si no se incurre en un prejuicio, no es pecado ni tragedia. En las circunstancias actuales, se suma, significativamente, que el desarrollo de la tecnología (que generó micrófonos, la evolución de las comunicaciones *on line* y la multiplicación de redes con sus *hubs* y sus *influencers*) ha determinado que la enorme mayoría de los líderes naturales (que algunos han caracterizado como “superdotados”) convivan privados de las circunstancias para

las cuales nacieron condicionados. ¿Cuál será, pues, su destino? Tritsch sostiene que integran el inmenso número de desadaptados que suelen ingresar en tres desarrollos infaustos: la delincuencia, la drogadicción y otras formas de la enfermedad. Es importante mencionar, además, el cuantioso número de personas que dañan a la comunidad usando su capacidad innata en formas más sutiles y que muchas veces medran confundidos con benefactores auténticos.

Hemos recorrido los antecedentes expuestos porque nos interesa subrayar el cruel destino que los genuinos y naturales promotores de iniciativas hoy deben enfrentar. Quienes viven en esa condición son víctimas del riesgo que solo muy pocos logran superar. Frente a la cuestión, ineludible, acerca de lo que pueden hacer, apenas cabe una respuesta. Como sucede siempre que deviene consciente algo que permanecía reprimido, viene muy bien saberlo (mucho peor es ignorarlo), pero, dado que tener la propia vida a cargo, por nuestra cuenta y riesgo, es inevitable, le corresponde a cada uno (lo contrario es ilusorio) resolver lo que necesita procesar.

ESPERANDO

No nos referiremos a las distintas corrientes filosóficas que (a partir de sostener que la existencia precede a la esencia) se caracterizan como existencialistas y que se han dedicado a explorar el tema de la “angustia existencial” y su relación con la esperanza y con la desesperación. Nos interesa ocuparnos de la espera. Nos anima el deseo de contemplar un aspecto, en cierto modo incluido en el existencialismo de Sartre, que Samuel Becket expone magistralmente en su obra *Esperando a Godot*.

La obra, subtitulada *Tragicomedia en dos actos*, presenta a dos vagabundos, Vladímir y Estragón, mal vestidos y difíciles de caracterizar, que esperan en un costado del camino a un tal Godot, que nunca aparece y acerca del cual nada se dice: ni el motivo del encuentro que debería ocurrir ni la razón de su importancia. Nos enteramos, a través de otro protagonista, un niño, que Godot “aparentemente no vendrá hoy, pero vendrá mañana por la tarde”. En el segundo acto, el niño repite la misma información,

pero afirma no ser aquel que la había transmitido el día anterior.

Lejos de pretender explorar a fondo el rico simbolismo de todos sus personajes, nos interesa consignar que la singular y desconcertante estructura del relato logra describir una muy particular espera, dentro de un acontecer que dificulta todo intento de organizar un sentido que no sea, precisamente, el sinsentido. Las palabras finales lo resumen:

Vladimir.— ¡Qué! ¿Vamos?

Estragón.— Sí, vámonos. No se mueven.

Esa estructura, que parece destinada a la triste tarea de arrinconar toda esperanza, convirtiéndola en ridícula, agiganta su valor si comprendemos que retrata nuestras “horas vacías”, aquellas que desperdiciamos queriendo que pasen “sin vivirlas”, como si fueran meros obstáculos que nos llenan de impaciencia. Godot es nuestra falta innominada, el infortunio en el cual incurrimos cuando nos quejamos pretendiendo darle un nombre que ignoramos. Godot es ese “viento de cola” que continuamente esperamos y sin el cual preferimos no movernos. Un “tipo” de “viento de cola” acerca del cual, en verdad, no logramos saber desde dónde “tiene que soplar”.

EL DIBUJO

En *La enfermedad. De un órgano, de una persona, de una familia y de un pueblo*, asumimos tres productos de nuestro pensamiento racional que son, además de inapelables, trascendentes. El primero consiste en que los seres humanos nos constituimos como un organismo integrado por la sinergia funcional de billones de células, que conviven con una enorme cantidad de microorganismos simbióticos sin los cuales no podríamos sobrevivir (como los que en nuestro intestino digieren el alimento que ingerimos). El segundo reside en que solo se puede ser siendo con otros. Vivimos “cableados” con nuestros semejantes dentro de lo que configura (más allá de la familia) nuestro grupo de pertenencia. De más está decir que son grupos que conviven conformando una civilización global. El tercero radica en que la humanidad depende de las otras formas de la vida y que la biosfera entera forma una parte inseparable del ecosistema del planeta.

Sin embargo, en nuestra vida cotidiana, no procedemos impregnados por la magnitud de tales

reflexiones, que constituyen la íntima raigambre de nuestra existencia en común. Solemos formarnos una idea (un “dibujo”) más concreta y más simple acerca de los “vecinos” con quienes “tratamos”, y dedicar una parte, grande o pequeña, para ocuparnos de cómo la persona que somos “les cae” a los demás.

Tarde o temprano, tropezamos con una realidad que, a pesar de nuestro disgusto, continúa sucediendo. Los seres (sobre todo, los más íntimos) con los que “nos tratamos” (en las mil y una formas de “contrato”) nos dibujan de un modo que, muchas veces, no coincide con aquello que solemos pensar acerca de nosotros. Sucede, incluso, en algunas ocasiones, que no coincidimos con quienes nos elogian.

No siempre será bueno aceptar lo que otros nos señalan en algún acontecimiento en el cual nos vieron actuar, porque puede ser que estén mal orientados y que no tengan razón. No cabe duda, en cambio, de que está bien contemplarlo y, quizás, continuar como antes... a menos que las diferencias con nuestro dibujo nos hayan convencido en algo, otorgándonos la posibilidad de mejorar.

DETERMINADO Y LIBRE

Mi experiencia cotidiana me conduce una y otra vez a comprobar que estoy determinado por las causas que la física atribuye, en última instancia, al movimiento de los átomos (el principio de indeterminación de Heisenberg no lo niega; sostiene que no se lo puede conocer con exactitud y que solo es posible aproximarse con un método estadístico). También sé que siento que soy libre. Una condición indiscutible, porque sin ese sentimiento sería indiferente que me moviera en una o en otra dirección. Queda claro que son dos afirmaciones contradictorias entre sí.

Para resolver esa contradicción, no conozco otra propuesta que la formulada por Erwin Schrödinger (Premio Nobel de Física por sus ecuaciones sobre la función de onda en la mecánica cuántica). Aduce, en primer lugar, la certidumbre de que (como cada uno puede comprobar desde su experiencia personal) la consciencia forma parte del universo, y señala que no tenemos dudas de la existencia de una consciencia ajena, aunque no la podamos registrar como registramos la “propia”. Asume que, si universo es todo lo

que hay, ese todo debe ser forzosamente libre, porque es claro que no hay cosa alguna que pueda influir sobre él. Cualquier parte del universo, en cambio, está determinada por las otras, porque todas ellas están relacionadas. A partir de esa doble premisa, concluye (coincidiendo con antiguos textos orientales) que lo que categorizo como mi consciencia no es una consciencia propia, no es “mi” consciencia, sino que se constituye, en cambio, en mí, como un registro personal de *una única consciencia universal*.

Reiteremos lo que Schrödinger postula a través de una metáfora “pedestre” que procura atrapar su significado en una experiencia que alguna vez ha sucedido en la cotidianidad de nuestras vidas. María se ha casado con Juan, y ambos han comprado una heladera. Cada vez que ponen algo en su interior, cada uno de ellos siente que usa “su” heladera. Dado que continúan conviviendo, permanecerán lejos de sentir que, en realidad, hay una sola heladera que no se puede partir.

LOS TIEMPOS

El estudio de la civilización (tal como lo describe Walther Tritesch en “Los cambios en las relaciones humanas”) nos permite comprobar la influencia que en las estructuras sociales ejercen las diferentes concepciones que, en distintas épocas, mientras evolucionan, operan en el espíritu colectivo. A esto se refiere utilizando una expresión, “el signo de los tiempos”, que desde la sociología se extiende hacia otras disciplinas.

Aunque, como lo ha planteado Ilya Prigogine (liberándonos del pesimismo implícito en la segunda ley de la termodinámica), del caos suele surgir, a veces, un orden nuevo, es muy difícil prever la duración y los cambios, en la intensidad y cualidad, de los fenómenos que caracterizan a los tiempos en los cuales vivimos.

Dado que podemos distinguir tiempos plácidos de otros turbulentos o, mejor aún, aquellos que creemos que nos benefician de los que pensamos que nos perjudican, tendemos a querer anticipar su evolución y sus características, aunque sabemos que se

trata de una previsión azarosa y estocástica. Tengamos en cuenta, además, lo que afirma Nassim Taleb (en su libro *El cisne negro*) cuando critica las ilusorias utopías que impregnan los pronósticos que se realizan estudiando los gráficos que señalan lo que ha sucedido con determinadas inversiones.

En conclusión, llegamos así a darnos cuenta de que en las épocas como la nuestra, en la que nos enfrentamos con una turbulencia y agitación desorganizada, que juzgamos caótica y desfavorable, lejos de refugiarnos, quejumbrosamente, en una espera sin término preciso, que no nos protege del desasosiego, necesitamos recurrir al proverbio que nos aconseja “al mal tiempo buena cara”. Pero ¿se trata, acaso, únicamente de aceptar lo malo?

Si prestamos atención a las circunstancias en las cuales nos alcanza, en la magia de un instante, una plácida satisfacción de “bien-estar”, coincidiremos con lo que afirma Porchia: “Pueden en mí, más que todos mis infinitos, mis tres o cuatro costumbres inocentes”. Porque, como también lo dice Porchia: “La verdad, cuando es la verdad de lo pequeño, casi es toda verdad, y cuando es la verdad de lo grande, casi es toda duda”.

LO IMAGINARIO

El *Manual de zoología fantástica* es un testimonio de lo que Borges conoce con la profunda clarividencia que lo caracteriza: no podemos imaginar un animal “nuevo”, inexistente, si no lo construimos con partes que hemos recibido a través de la percepción de los seres y las cosas que en nuestro entorno encontramos. Debemos recordar, además, que percibir siempre implica interpretar un conjunto de ingresos sensoriales. Nadie que ignore lo que es un conejo podrá ver el conejo que salta frente a sus ojos.

Recordemos que lo imaginario se define como todo aquello que se crea en nuestra mente como imágenes que no se corresponden con la realidad. Un producto de cosas que hemos “visto”, pero que juntas no pueden ser percibidas por los sentidos que definen lo que materialmente existe.

Reparemos, además, en que aquello que los animales imaginados nos revelan va más allá de referirse únicamente a lo que recibimos de los animales reales, porque también es cierto que nuestras fantasías (conscientes e inconscientes) que “dibujan” los

distintos “monstruos” asimismo se integran con lo que proviene de la percepción de las cosas inanimadas (como el fuego) que formaron parte de nuestras circunstancias.

La cuestión que describimos adquiere toda su significación cuando nos damos cuenta de que sucede con el conjunto entero de nuestras interpretaciones acerca de la realidad, no solo material, sino también psíquica y espiritual, que nos rodea. No se trata solamente de la íntima trabazón que existe entre el pasado, el presente y el futuro, sino también de la que nos vincula, de manera inextricable, con el conjunto entero de los organismos vivos.

Vienen a cuento dos sentencias de Porchia. En la primera, mostrándonos que lo que interpretaremos proviene de lo que ya vivimos, nos señala: “Estoy en el ayer, en el hoy... ¿y en el mañana? En el mañana estuve”.

En la segunda, nos reitera, en una síntesis perfecta, aquello a lo que nos referimos cuando afirmamos que solo se puede ser siendo con otros. Porchia encuentra, para decirlo, otras palabras que conmueven: “Nadie puede estar hecho de sí mismo”.

"PORCHIA Y YO"

A partir de reparar en que, cuando intento contemplarme, aquello que contemplo no es lo que yo soy, porque no me incluye (a mí) mientras contemplo, trascribimos hace ya muchos meses un hermoso escrito breve de Borges titulado "Borges y yo". Allí manifiesta que continuamente se "vierte" sobre ese "otro", llamado Borges, que se apodera, sin interrupción, de todo lo que hace. Asegura que, aunque poco a poco va cediéndole todo, solo un instante de sí mismo podrá sobrevivir en el otro, en "Borges", y finaliza diciendo que no sabe quién de los dos ha escrito "esa página". Dicho sea de paso, vale la pena escuchar las profundas y lúcidas palabras de Fellini, exentas de toda egolatría, en una película "imperdible", *Soy un gran mentiroso*, que le dedica Damian Pettigrew.

Veamos lo que escribe Porchia acerca de ese mismo asunto, a lo cual, parafraseando a Borges, podríamos titular "Porchia y yo".

Comencemos por señalar su muy singular "estilo" (su continuo ingresar en una paradoja que nos

conduce al umbral de una novedosa y conmovedora percepción), que otorga a sus voces (redactadas con cuidado y permanentemente “vueltas a escribir”) una misteriosa resonancia.

Consignemos, pues, un conjunto de “voces” (y también algunas frases surgidas en distintas entrevistas) en las que Porchia se refiere a “su yo”. Todas ellas “combaten” la hipertrofia del ego.

En *Voces*:

“Antes de recorrer mi camino, yo era mi camino”.

“Ese yo que hago yo quiere hacer algo él también, y me hace a mí”.

“Ahora somos nadie y yo, y ahora no me siento estar solo. Ahora podría creer que solo nadie es alguien”.

“Uno es uno con otros; solo es nadie”.

“Mi yo ha ido separándose de mí, y hoy es mi más lejano tú”.

Expresado en entrevistas:

“Uno no se encuentra nunca como yo, como uno. Se encuentra como cosas, como personas, como tiempo”.

“Yo no lo veré, pero ustedes sí, cuando se llegue a otro estado de consciencia, sin el tú ni el yo”.

“Cuando somos, somos uniones”.

“Nadie está hecho de sí mismo”.

MI QUEJA Y MI EGO

Kant afirmaba que dos cosas lo conmovían: la magnitud del cielo estrellado y la existencia del imperativo categórico. (Para Kant, el imperativo categórico, origen de la moral, consistía en un mandamiento innato, del cual podían deducirse todos los demás, que declara que una acción, o inacción, es necesaria.) Porchia también nos dice algo que ilumina la cuestión desde otro ángulo. Señala: “Sí, son millones de estrellas. Y millones de estrellas son dos ojos que las miran”. (Nos recuerda a Goethe: “Si el ojo no fuera solar, no podría ver el sol”.) Y añade que “lo indomesticable del hombre, no es lo malo que hay en él, es lo bueno” (lo cual equivale a declarar que “estamos hechos” de un modo que coincide con los requerimientos del ecosistema).

Así como esas dos magnitudes kantianas que trascurren zarandeándonos entre el asombro y la costumbre nos conmueven más allá de lo que logramos registrar en lo cotidiano, también nos ocurre que vivimos entre otras dos magnitudes igualmente frondosas, que constituyen, ambas, dos formas mal

detectadas de una cruel patología. Por un lado, vemos una queja permanente que, muchas veces, se disfraza (como si se tratara de una “declaración de principios”) enunciando como “deberían ser” las cosas que, a nuestro alrededor, trascurren “sin nuestra intervención”. Por el otro, una hipertrofia del ego que sucede con una arrogancia injustificada que permanece inconsciente.

Dos asunciones antagónicas cuya contradicción, en cambio, no se asume. Mi queja y mi manera de sentirme yo son incompatibles en algo. Quejarse lleva implícito, inevitablemente, que aquello frente a lo cual adopto una actitud quejumbrosa no depende de mí. Es decir que, en cuanto se refiere al asunto por el cual me lamento, me declaro incapaz de resolverlo, mientras que, al mismo tiempo, me vanaglorio de un modo pertinaz que coincide con creerme omnipotente frente a todo lo que la vida me pueda deparar.

Tal vez el mismo Porchia nos ofrece el camino de una clemente transacción cuando afirma: “Los méritos de una cosa no vienen de ella, van a ella”.

EL EFECTO TITANIC

Durante el hundimiento del trasatlántico *Titanic*, todas las personas y las cosas que flotaban en su entorno fueron absorbidas por la intensa succión que el acontecimiento produjo, difundiendo, de ese modo, los efectos de la catástrofe sobre quienes no llegaron a separarse con suficiente rapidez. Cabe reflexionar acerca de lo adecuado que puede resultar prestar atención a la forma en que algunas cosas suceden, como representante metafórico de aquellas situaciones en que ocurren otros tipos de catástrofes, en nuestra cercanía, que evidencian similitudes significativas con el prototípico naufragio.

No solo se trata de las pérdidas dolorosas que nos obligan a duelos penosos que nos conducen a tener que elegir entre seguir realimentando una frágil esperanza o, como señala Ortega (en “La carta del rey”), echarnos a un costado de la ruta como un can reventado que no espera otra cosa que morir. Se trata, ante todo, de que entre las numerosas desgracias que en algunas épocas abundan más que en otras, hay algunas que, con insospechada fuerza, hoy nos succionan.

Más vale no ignorarlo. Hay cosas que, antes de que podamos “verlas”, nos absorben. Y son precisamente aquellas de las cuales, una vez dentro de ellas, es muy difícil salir. Una especie de “efecto *Titanic*” que en nuestros días nos amenaza por doquier.

A pesar de que son muchos los que (prefiriendo centralizar su angustia en un único enemigo) se empeñan en negarlo, no cabe duda de que “de pronto” un mundo que nos era familiar quedó súbitamente transformado en otro, desconocido y peligroso, teñido con innegables ribetes de una enorme locura, frente al cual lo mejor que nos ayuda es acceder a una tristeza saludable. Podemos preguntarnos: ¿solo nos queda, como recurso, la tristeza? O, peor aún, ¿caminar juntos hacia una destrucción que conserva la ilusión del amor? No, porque una vez admitida la tristeza esencial, es posible todavía disfrutar, aquí y allá, algunos retoños de la alegría que nos brindan otros seres que amamos y las pequeñas cosas de la vida, esas que Porchia designaba como “nuestras cuatro costumbres inocentes”.

TENTACIÓN

Hay deseos que emprenden normalmente el camino de su realización. Hay otros que surgen como algo que nos tienta, pero que nos producen aprensión. Oscar Wilde escribe, con su habitual ironía: “Puedo resistirlo todo, excepto la tentación”, señalándonos la fuerza de ese deseo peligroso que se conserva como una “asignatura pendiente”. Algo que subsiste, que “de continuo” se posterga, y que clama, con insistencia, por su realización.

Más allá de cuál sea el territorio sobre el que predomina, no cabe duda de que, lejos de manifestarse únicamente como deseos eróticos que giran en torno de la genitalidad, aquello que nos tienta trasciende esos deseos para surgir en los más variados sectores de la conducta. La tentación abarca, pues, un inmenso territorio que va desde las apuestas en la ruleta hasta controlar cuatro veces si se ha cerrado la llave del gas, pasando por una “sencilla” conducta deshonesta.

Frente a la intensidad de un deseo perdurable y largamente postergado, cabe preguntarse desde dónde surge la aprensión que procura impedirlo. De

acuerdo con lo que William Blake afirma (en *Matrimonio del cielo y el infierno*), el deseo insatisfecho engendra pestilencias. De modo que lo que aumenta su peligro deriva, precisamente, de esas pestilencias que nacen de su postergación. Se genera, pues, un círculo vicioso (esquismogénico, diría Bateson). La postergación aumenta, simultáneamente, la intensidad del deseo y su peligrosidad. Pero la recíproca no parece ser posible: las pestilencias, una vez engendradas, no se “deshacen” como satisfacción de un deseo que genera bienestar.

Las grandes tentaciones solo se superan mediante grandes duelos, mientras que a las pequeñas, aquellas a las cuales cedemos cotidianamente, las mismas que parecen dejarnos satisfechos “sin ningún problema”, conviene examinarlas con mayor cuidado sin confundir temor con sensatez. Hay deseos inocentes que a veces nos agrada confundir con ellas. Si sucede, en cambio, que “nos dimos el gusto” con algunas leves, aceptando el precio de los duelos, soportables y breves, a que nos obligan, como un “costo justo”, lo repetiremos, quizás, de nuevo, al día siguiente de otra “fiesta” excesiva.

LOS DISTINTOS SIGNIFICADOS DE UNA CÓPULA SEXUAL

Tal como lo señala Silvia Benítez de Bianconi en un libro excelente, *Lo femenino y lo masculino. La mujer y el hombre*, dado que la relación entre ambos, lejos de ser “opuesta”, es complementaria y bisexual, nada podrá ser dicho, acerca de uno de ellos, que no lleve implícita la participación del otro.

Aclaremos que, cuando el acto sexual se realiza en forma homosexualista (entre dos hombres o entre dos mujeres), siempre uno de los participantes (de manera definitiva o alternativa) adopta el papel femenino y el otro, el masculino. Las ocasiones en que intervienen más de dos personas o se intercambian las parejas surgen de fantasías edípicas que no abordaremos ahora.

Los significados que la cópula adquiere en por lo menos uno de los dos participantes pueden dividirse, esquemáticamente, en tres.

El primero es el coito en que se procede enamorado. Su desenlace normal conduce hacia la decepción

que surge del haber idealizado o hacia un cariño progresivo que persiste y fructifica.

El segundo es el coito “psicosomáticamente perturbado” en el que la ternura suele remplazarse con sadomasoquismo o con “juguetes”, y el orgasmo surge de un ejercicio corporal para el cual beneficia la gimnasia. Se lo suele denominar “tener sexo”, y la persona que participa en el acto se intercambia con facilidad. Para sus formas más descaradas, suele utilizarse la palabra “puta” (o su equivalente masculino), que a veces se “enarbola” con orgullo.

El tercero es el coito motivado por intereses que no tienen que ver con el amor ni con el orgasmo, aunque este último algunas veces puede llegar a producirse. Es lo que lleva el nombre de prostitución y recorre una gama muy amplia que va desde las formas más degradadas de una existencia torturada y miserable, pasando por quienes lo hacen porque buscan un empleo, por los “acompañantes” de ambos sexos, que obtienen prebendas o favores, hasta la mujer o el marido que acceden a la función con desagrado, para no perder estatus económico o la protección de los hijos.

SUSCEPTIBILIDAD

La enorme preocupación, que hoy tiene consenso, supuestamente motivada por la mortalidad atribuida al COVID-19 despierta algunas reflexiones.

Para el contagio seguido por la enfermedad terminal que se teme, no alcanza con la presencia del virus (que no constituye un organismo vivo). Este es una condición necesaria, pero no suficiente. Es indispensable que una persona “se lo agarre”, que sea “susceptible”, que esté “predispuesta” para ese desenlace. Es una susceptibilidad que suele atribuirse a un déficit inmunológico cuyo origen se ignora.

Si exploramos, desde el psicoanálisis, la cuestión planteada, no solo llegamos a pensar que el estado anímico ejerce una innegable influencia sobre la eficacia del sistema inmunitario, sino también que, en última instancia, aquello que determina una tal “predisposición para la muerte” surge cuando (desde una convicción que, con frecuencia, se mantiene inconsciente) domina la idea de que *continuar viviendo ya no tiene sentido*.

Cuando eso sucede, el virus no es imprescindible, porque la experiencia muestra que abundan los recursos para cumplir con aquello inapelable que “está decidido”. Aunque parezca increíble, todo induce a pensar que, “por detrás” de las distintas causas específicas que llegan a la consciencia, “en el fondo” (aun siendo niños) nos morimos por eso, y nunca antes de que esa convicción, que con frecuencia es inconsciente, suceda.

Cabe preguntarse por qué es tan difícil llegar a comprenderlo, y por qué cuesta reconocer las frecuentes contradicciones que demuestran la incompetencia de tantos falsos eruditos que, en un mundo impregnado de locura, se fascinan encantados con sus propias palabras o proceden defendiendo intereses espurios.

Los profesores de piano saben que un alumno que aprende a tocar con una digitación incorrecta no tendrá dificultades con las composiciones sencillas, pero que si se propone ejecutar una difícil deberá deshacer el hábito adquirido para lograr aprender la digitación que le permita cumplir con su deseo.

En el mundo complejo, desordenado y caótico en que hoy vivimos, si queremos mejorar nuestro destino necesitamos “mirar” cómo pensamos, “hacernos cargo”, y dedicarnos a pensar mejor.

LIBERTAD Y ACTO CREATIVO

Acerca del conflicto surgido por la coexistencia del conocimiento de que estamos determinados por “causas”, con la constatación cotidiana de que nos sentimos libres, veamos lo que dice Nietzsche (en *Más allá del bien y del mal*):

Los filósofos se representan toda necesidad como una pena, como un penoso tener-que-seguir y ser-forzado; y el mismo pensar lo conciben como algo lento, vacilante, casi como una fatiga, y, con bastante frecuencia, como “digno del sudor de los dioses”, ¡pero no, en modo alguno, como algo ligero, divino, estrechamente afín al baile, a la petulancia! “Pensar” y “tomar en serio”, “tomar con gravedad” una cosa —en ellos esto va junto: únicamente así lo han “vivido”—. Acaso los artistas tengan en esto un olfato más sutil: ellos, que saben demasiado bien que justo cuando no hacen ya nada “voluntariamente”, sino todo necesariamente, es cuando llega a su cumbre su sentimiento de libertad, de finura, de om-

nipotencia, de establecer, de disponer, configurar creadoramente; en suma, que entonces es cuando la necesidad y la “libertad de voluntad” son en ellos una sola cosa.

Tanto Charles Chaplin como Federico Fellini son dos ejemplos paradigmáticos de la desaparición del conflicto entre necesidad y libertad durante la gestación que acompaña el acto creativo. Fellini lo expresa, con gran elocuencia, en la película *Soy un gran mentiroso*, dirigida por Damian Pettigrew.

UN CUENTO...

Veamos el esqueleto de un cuento que, dado que no soy Borges, nunca pude escribir. Solo me acerqué un poco escribiendo *La peste en la colmena*, pero acercarse no significa llegar. Un cuento es el “sumun” de una comprensión emocional que incluye “todo”.

Cualquier resultado muy difícil, que parece imposible, pero que se siente necesario, puede convocar a que intenten obtenerlo millones de personas. Entre todas ellas, siempre habrá algunas de capacidad mayor a la de la inmensa mayoría, y para que eso rinda un beneficio colectivo esa mayoría tiene que aceptarlo (o, mejor, incorporarlo). Con frecuencia, el procedimiento efectivo se alcanza por pasos sucesivos realizados en siglos por distintas personas.

En la guerra galáctica que la civilización gama tuvo que sostener con la civilización épsilon, hubo que resolver un problema. Los “épsilonianos” sabían que cuatro ojos ven más que dos (y dieciséis más que ocho), pero eso podía servir para un conciliábulo de generales, no para pilotear una nave veloz. No suele haber tiempo para votar acerca de si se esquivaba doblando a

la izquierda o subiendo. Así estaban las cosas hasta que a García Ceñudo se le ocurrió lo del número primo. Con un número primo, solo divisible por sí mismo, el empate era imposible, y el ordenador de la nave podía computar la decisión en los nanosegundos requeridos para gobernar antes que fuera tarde.

Los navíos intergalácticos se enfrentaron en la nebulosa ojo de gato (NGC 6543), y allí fue donde se dispersaron, derrotados, los integrantes del bajel de épsilon, como se dispersan en la tierra las hormigas de un hormiguero fumigado.

Pocos días después del sepelio de Pedro, derrotado en su duelo con Manuel, los microorganismos que lo desarmaron adoptaron a las moléculas que desde allí emigraron. Si desde otro sistema en movimiento hubiéramos podido contemplar ese tiempo “relativo” compactado en un instante, hubiéramos visto, junto con la estocada que hundió el navío que enarbolaba la bandera Pedro (sus antígenos HLA y su Complejo mayor de histocompatibilidad), cómo, desde allí, sus tripulantes emigraban hacia otros territorios.

INSEGURIDAD

La palabra “inseguridad” suele utilizarse para referirse a la delincuencia, cuando, en realidad, es un sinónimo de incertidumbre. En ese último y primitivo sentido la exploraremos aquí.

Weizsaecker señalaba que vivimos oscilando entre dos ilusiones extremas: la ilusión de seguridad y la ilusión de inseguridad. Por un lado, la experiencia resumida en el famoso verso de François Villon (en su “Balada del concurso de Blois”): “Nada más seguro que la incertidumbre”. Por el otro, la cuestión irrefutable de que, cotidianamente, salimos de un lugar para llegar a otro, y que todos los días lo logramos. Lo cierto es que en la inmensa mayoría de nuestras actividades nos comportamos sin ninguna tendencia a titubear, con el convencimiento de que sin duda las realizaremos.

¿De qué depende, entonces, que en algunas circunstancias nos abandone esa convicción que predomina? Si fuera la percepción inconsciente de un peligro, es posible preguntarse: ¿cuál? Tal vez nos ayude tomar nota de que hay épocas y épocas, y que,

a pesar de que ya aclaramos que no cabe referir toda la inseguridad a la delincuencia, sí vale, en cambio, reparar en que las razones que nos impregnan de una acuciante incertidumbre no pueden separarse del creciente relativismo moral que nos rodea. En un mundo complejo, plagado de interrelaciones recíprocas que lo desequilibran, suele usarse el daño recibido para justificar el que haremos.

Puede decirse que, desde ese punto de vista, hoy vivimos en un campo minado dentro del cual hemos comprobado que cada paso que damos suele acompañarse de inusitadas consecuencias. ¿Acaso no es verdad que nada podemos planear para el mañana inmediato sin pensar que más vale disponer de una o dos alternativas eventuales?

En un tiempo repentino que empezó hace apenas dos años, desembocamos en una forma de vivir muy distinta de la que, hasta entonces, había formado parte de nuestra trayectoria. Y en esta nueva e inesperada trayectoria, que también ha cambiado la vida de los seres queridos que influyen en la nuestra, lo que vemos sorprende, como si lo que nos ocurre ¡hubiera sucedido en diez años!

OPINIONES DIVIDIDAS

Un chiste andaluz relata que, cuando un torero le pregunta a su asistente qué piensa la gente acerca de su última actuación en la plaza de toros, este le responde que, en realidad, las opiniones están muy divididas: unos maldicen a su madre y otros, a su padre.

Weizsaecker pensaba que el comunismo y el capitalismo comparten un mismo defecto, la carencia de espiritualidad, porque ambos son materialistas. Pueden ser contemplados como dos formas de una misma espiritopatía.

Del mismo modo que el chiste va más allá de la concreta capacidad del torero, es obvio que no nos anima ahora el propósito de dirimir si el comunismo supera al capitalismo o viceversa. Queremos, en cambio, subrayar el hecho, de significación enorme, de que una contienda entre dos posiciones jamás agota el espectro de posibilidades ni logra abordar una cuestión con la amplitud que podría ofrecernos un inesperado ingreso a nuevos panoramas.

No digo que es fácil. ¿Por qué habría de serlo? Tal como decía Freud, mientras una solución larga, costosa y difícil nos ofrezca, ante una alternativa pobre, lo que solo atravesando la dificultad podría otorgarnos, deberemos optar por aceptarla y, ya que estamos en el tema, cabe agregar: sin queja, sin reproche y sin culpa.

Lo que suele suceder es que, con demasiada frecuencia, nos encarnizamos precisamente en lo contrario. Una actitud, inadecuada y penosa, que se ha difundido a través de una queja que se obstina en observar la paja en el ojo ajeno y que, con un nombre célebre, la grieta, siempre es interpretada como el producto de una culpa ajena.

No cabe duda de que todo el mundo tiene una parte de razón acerca de la razón perdida. Pero es bueno comprender que lo que sucede coincide con algo que lúcidamente ha señalado Ortega. Se da la paradoja, dice, de que, finalmente, ha ocurrido que todos han acabado por tener esa razón que aducen, pero con una infortunada consecuencia: la razón que cada uno esgrime no es la propia, solo es aquella que su oponente ha perdido.

EN TIEMPOS DE EGOLATRÍA

Avalada por la tesis de Darwin acerca de la lucha por la existencia (nacida, a su vez, en opinión de otros autores, al calor de las convicciones que regían en la sociedad inglesa de ese entonces), surge la creencia, ampliamente difundida, de que el objetivo primordial de todo organismo vivo es conservar su vida (aunque la observación biológica demuestra que no siempre es así). A partir de ese punto, se consolida la idea de que, en los seres humanos, una actitud egoísta es algo natural e inevitable.

Más allá de que la historia de la civilización revela una interrelación continua entre el egoísmo y el altruismo, lo cierto es que hay épocas y épocas, y que en la que hoy transitamos puede observarse que el egoísmo alcanza, con muchísima frecuencia, las características de una egolatría que oculta el íntimo desasosiego que “pone en marcha” ese recurso fracasado y malsano.

El hecho singular que vale la pena destacar es que eso ocurre en un contexto dentro del cual numerosos pensadores han subrayado los ribetes ilusorios que

rodean a la existencia egoica. Filósofos como Schopenhauer o Hume, o esa peculiarísima forma de literatura que ejercía Borges, han descrito esa realidad, que el psicoanálisis y la biología también han descubierto, con lenguajes esclarecedores y diversos que no caben en este breve resumen. Elegiremos, por eso, finalizarlo con algunas de las voces con las que Porchia lo expresa.

“Antes de recorrer mi camino, yo era mi camino”.

“Cuando somos, somos uniones”.

“Nadie está hecho de sí mismo”.

“Uno no se encuentra nunca como yo, como uno. Se encuentra como cosas, como personas, como tiempo”.

“Los méritos de una cosa no vienen de ella, van a ella”.

“Ese yo que hago yo quiere hacer algo él también, y me hace a mí”.

“Mi yo ha ido separándose de mí, y hoy es mi más lejano tú”.

Entrevistado por un periodista, comentó: “Yo no lo veré, pero ustedes sí, cuando se llegue a otro estado de consciencia, sin el tú ni el yo”.

PENSAR SENTI-MENTAL

Hablamos de los cinco sentidos (todos derivados del tacto): tres proximales (tacto, gusto y olfato) y dos distales (vista y oído), pero en realidad son más. Por ejemplo, sabemos, sin necesidad de verlo, si estamos sentados o de pie (sensibilidad propioceptiva). Las cualidades sensoriales constituyen la “materia prima” de una capacidad “mental” (suele decirse “intelectual”). Sin embargo, hay una magnífica palabra, senti-mental, que escrita con un guion intermedio revela mejor las dos partes inseparables que la constituyen.

Esa materia prima sensorial de nuestro pensamiento le imprime un “tinte” inevitable que denuncia su origen. Hablamos, por ejemplo, del olfato de un detective o de un hombre de negocios, pero lo que nos interesa destacar ahora es la influencia que deriva de los dos sentidos distales.

En un diálogo con Guillermo Boida, Porchia decía: “Creo que sentir es profundo, y entender es superficial, porque siento muchísimo, y casi no entiendo”. Su libro, escrito con palabras que elige con

esmero, y que constantemente corrige, se titula, sin embargo, *Voces* (que se oyen), y no palabras (que se ven).

La vista nos otorga la posibilidad de una oscuridad que puede ser bendita o maldita. Algo equivalente ocurre con el silencio que nos brinda el oído.

¿Qué podemos decir, entonces, acerca de las cualidades de los pensamientos visuales, que nos dan un espacio, y de los pensamientos auditivos, que nos conceden un tiempo? Por suerte, la sabiduría contenida en los hábitos que recorre el lenguaje nos ayuda.

Hay ideas que iluminan el camino que se divisa por delante, pero hay otras cuya resonancia nos orienta en el desasosiego que nos produce lo que en el momento nos ocurre. Ver con claridad, gracias a los reflejos de la luz, lo que la vida nos ofrece o nos niega nos protege del fracaso contenido en el error, pero registrar la cadencia, gracias a los ecos del sonido, de la armonía que distingue a lo que “sale bien” del “estruendo” que produce lo que “sale mal” nos otorga ese equivalente sonoro de la clarividencia, que nos protege “acompañando” lo que el momento impone.

LO QUE LA VIDA ME DA

Muchas veces, hemos pensado que la función paterna es premiar el resultado, y la materna, recompensar el esfuerzo (más allá de cual sea el sexo de aquel que las ejerza). Pero es necesario reparar, además, en que una cierta atmósfera mágica que opera normalmente en el trasfondo de nuestra vida anímica tiende a interpretar lo que se “recibe” de la vida como un premio, ser querido, que certifica que se poseen los méritos fundamentales, ser lindo, limpio y bueno.

Por obra de esa atmósfera mágica, la continua esperanza de ser tratado bien (con la que se intenta combatir el temor a lo contrario) se refugia en algo que no requiere resultados ni esfuerzos, porque solo se apoya en recibir un amor como aquel que, al nacer, se recibió “porque sí”, por ser la criatura surgida de esos dos seres que inauguraron nuestra vida. Allí, amparándonos en ese último e irreductible refugio, íntimamente convencidos de que todo depende nada más que de esa insustituible condición, solo importa reproducir en otros vínculos una situación similar.

Sin ella, todo está perdido; con ella, no hace falta más.

Cuando sucede de ese modo, el conjunto entero de los valores que se podrían desarrollar, convertido en superfluo, se sostiene a duras penas como una forma de poder agradar. Lo único que importa es obtener una “simpatía” que ya no depende de esos valores intrínsecos que las obras, en sí mismas, las haga quien las haga, logran alcanzar. Quien allí se ha detenido, sea muñeca o muñeco, ignora precisamente aquello que constituye el meollo de la existencia espiritual. Un inmenso territorio que es el único que puede otorgarle a cada ser humano lo que constituye la esencia de la humanidad.

Cuando persistimos, con pertinaz y tendenciosa inconsciencia, en permanecer anclados, con humor taciturno, en reclamar quejumbrosamente a la vida algo que “nos debe”, tendemos a ignorar que el calibre del conducto con el cual nos conectamos con quienes nos rodean iguala el caudal de lo que recibimos con el caudal de lo que damos.

EN TIEMPOS DE PANDEMIA

El hecho de que vivamos reunidos en comunidades ha llevado a reconocer en los seres humanos un “instinto gregario”, similar al que se observa en los animales que se agrupan en rebaños. Con frecuencia, se lo menciona con un cierto tono despectivo, pero debemos aceptar que los seres humanos disfrutamos del convivir constituyendo comunidades, hasta el punto de postergar intereses personales en aras de un beneficio colectivo. Podríamos incluso sostener, usando la expresión en su más amplio sentido, que hay un *affectio societatis*, que funciona como una propiedad aglutinante. Proviene de un bienestar y de un sentimiento de protección que crecen con el número de integrantes que se agrupan, hasta un punto a partir de cual, si el conjunto no se subdivide y organiza de algún modo, el beneficio comienza a disminuir y puede llegar a desaparecer o cambiar de signo para transformarse en perjuicio.

Freud se refería a una cierta distancia óptima en las relaciones que establecemos los seres humanos, cuando señalaba lo que ocurría en un grupo de

puercoespines: si se alejaban demasiado, perdían el calor que la proximidad les otorgaba, pero si se acercaban mucho, se pinchaban recíprocamente con sus espinas. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que hoy se nos ha perdido, contaminado o corroído, ese *affectio societatis* que funcionaba como el aglutinante que nos permitía disfrutar y complacernos mutuamente potenciando los beneficios de nuestro “hacer en compañía”. No solo ha sucedido con los grupos mayores que se constituyen en torno de la actividad laboral que surge de una empresa en común. No solo ha “disuelto” a la familia grande. También hoy impregna a una familia pequeña en la cual sus integrantes, que ven cómo se van desvaneciendo súbitamente sus acuerdos básicos, se irritan sin cesar.

Hoy las púas de nuestro convivir se han tornado más largas y debemos separarnos hasta un punto en que ya no nos llega calor. Hoy todo es molestia, desconfianza y riesgo de un perjuicio escondido. En cada paso que damos, nos espera un conflicto, y para cada instante futuro hace falta algo más que un plan B.

EL LIBRO

No cabe duda de que la creciente actitud que relega los libros a funciones pequeñas y muy limitadas conduce hacia las carencias en el lenguaje que hoy culminan en la juventud y empobrecen el pensamiento de tantas personas.

A la pérdida significativa de sustantivos, adjetivos y verbos, agreguemos el empobrecimiento que deriva de haber perdido las sutilezas de la conjugación verbal, que nos ofrece el acceso a los tiempos exquisitos de la existencia condicional y subjuntiva, y a los matices que derivan de pretéritos y futuros perfectos e imperfectos. Todos esos recursos nos permiten elaborar un pensamiento complejo que, en cada día de nuestro presente actual, se echa de menos. No es casual que el coeficiente intelectual medio de la población mundial, que desde la posguerra hasta finales de los años noventa siempre había aumentado, haya disminuido progresivamente en las dos últimas décadas, también en los países más desarrollados. ¿A qué puede atribuirse tamaña involución de una

cultura cuyo crecimiento demandó un sostenido trabajo colectivo?

Borges señala que hay instrumentos, como el martillo y la tijera, que una vez nacidos nunca se han modificado. La mayoría de nuestros instrumentos son extensiones del cuerpo. El microscopio y el telescopio son extensiones de la vista; el teléfono y el micrófono son extensiones de la voz; el arado y la espada, extensiones del brazo. Pero el libro es asombroso, es otra cosa, es extensión de la memoria y de la imaginación que enriquecen nuestra existencia anímica.

Cabe reflexionar acerca de la dañina influencia que ejerce en nuestros días la sustitución del libro (ese amigable y querible instrumento que enamora y que se puede subrayar, repasar y trasladar, reconciliando la vista con la mano) por la vertiginosa y superficial omnipresencia de una pantalla que nos muestra varios mensajes heterogéneos, y quizás inconciliables, a la vez.

¿Podríamos fundadamente sostener que no ejercen una influencia que, perturbadora y desquiciante, agita de un modo desmesurado nuestros pensamientos visuales, generando emociones triviales que carecen de la coherencia integradora que nos podría conmover de manera auténtica?

LOS PADRES DE LA PATRIA

Un conocido proverbio afirma: “Padre estanciero, hijo caballero, nieto pordiosero”. Numerosos autores han descrito ese proceso. Rutherford, en su novela *Londres*, en donde describe, de manera magistral, el devenir de generaciones a través de los siglos, nos ofrece un testimonio de lo que afirma el proverbio. Simenon lo ha señalado con tristeza cuando dice que pudo enseñarles a sus hijos muchas cosas, pero nunca transmitirles el valor de una naranja que jamás les ha faltado. Una anécdota que se atribuye a Rothschild lo expresa muy bien. Luego de usar el valet parking y recibir su automóvil, da un dólar de propina y, cuando le comentan que su hijo siempre entrega diez, Rothschild contesta: “Él tiene un padre rico, yo no”.

Hoy asistimos *en el mundo* a una lamentable situación en la cual los funcionarios, en mayor o menor medida, adquieren dinero de una manera que no solo es injusta y desmesurada, sino que además, para colmo, los precipita en una condición personal insalubre que erróneamente se suele considerar envidiable. Recordemos que en el terreno de la vida

el máximo no coincide con el óptimo. Es fácil admitirlo cuando se piensa en el azúcar, en la sal o en el agua; en cambio, cuando se trata del dinero suele creerse que cuanto más se logre acumular será mejor. Sin embargo, la observación atenta demuestra que “custodiar” un 20% más de lo que nuestro particular “ingenio” nos faculta para gastar de un modo saludable nos genera una situación “tóxica” de la cual es muy difícil salir. Los infartos cardíacos afectan por igual a cartoneros y a millonarios.

Los próceres que transformaron un poblado en *la constitución* de un Estado fueron los afortunados hijos de una necesidad insatisfecha. A nosotros, sus descendientes actuales, que carecimos de aquella oportuna y saludable formación, nos hace falta todavía transitar un doloroso e inevitable camino. Tal vez, solo tal vez, encontraremos la cordura que podría devolvernos la alegría de vivir que se obtiene produciendo, en bienes y servicios *auténticos*, no menos de lo que consumimos.

ENTRE MUJERES Y HOMBRES

Elegir la rivalidad entre los cuatro gigantes del alma nos conduce a reflexiones que arrojan luz sobre los otros tres (envidia, culpa y celos).

Un niño pregunta a su padre: “¿Quién sabe más, el padre o el hijo?”. Ante la respuesta que recibe —que el que sabe más es el padre—, luego de un breve silencio vuelve a preguntar: “¿Quién inventó la locomotora?”. Y cuando oye que fue George Stephenson (incidentalmente “Stephenson” significa “el hijo de Stephen”), dice triunfalmente: “¿Y por qué no la invento el padre de Stephenson?”.

Un padre, disgustado por el rendimiento escolar de su hijo, le señala que cuando Lincoln era un niño obtenía notas excelentes, y su hijo le contesta: “Y a tu edad era el presidente de los Estados Unidos”.

El humor que rodea ambos ejemplos proviene de la atmósfera de rivalidad que enturbia el cariño que ambos protagonistas se profesan y que ha generado príncipes que llegaron a ser sucesores (a veces mejores y otras peores) en el trono que ocuparon. No es un secreto (desde los tiempos de Edipo) que en

el fondo de la ambición “política” de los reyes y los príncipes se oculta la imperiosa necesidad de retener la absoluta prioridad en el amor de una mujer ideal y única, que conserva (según lo que luego hemos comprendido) el rescoldo de recuerdos imborrables de una vida prenatal que permanece inconsciente. Lo mismo podría decirse acerca de una madre y su hija, ya que en el amor de una niña por su padre habita el deseo de recibir las caricias y la protección materna. Ambas situaciones se prologarán luego entre suegro y yerno o entre suegra y nuera.

Expusimos el recorrido precedente porque constituye el meollo del tema principal que queremos abordar aquí. Debemos distinguir entre la competencia, que expresa una capacidad, y la competitividad, que hoy aqueja a la convivencia entre hombres y mujeres y que esconde una de las formas más malignas de la rivalidad, transformando en opuestos a dos seres que encarnan en su cuerpo la maravilla de ser complementarios.

EL TIEMPO DE LA ESPERANZA

Hay un refrán genovés que dice que “los nudos ‘vienen’ al peine”, refiriéndose a que, cuando uno se peina (empezando, como suele hacerse, desde la raíz del cabello), al llegar el peine a las puntas, si allí el pelo se encuentra embrollado, se sentirá un tirón doloroso. El proverbio señala que hay cosas que ya están determinadas y que “tienen” que suceder, aunque demanden un tiempo. La sentencia surge de una convicción: “Finalmente, la realidad se impone”.

Muchas veces, tanto en nuestro trabajo como psicoterapeutas como en nuestra relación con las personas que pueblan nuestro entorno, impregnados con esa convicción, hemos alimentado la esperanza de que lo que “tiene que ocurrir” no demande un tiempo largo. Pues sabemos que, cuanto más se demora el enfrentamiento con la realidad, mayores serán aquellos perjuicios irreversibles que durante el tiempo “que se ha perdido” operan sin interrupción.

La cuestión que aquí planteamos no surge como producto de una ambición extrema, que se obstina en procurar que las cosas de las vidas ajenas sucedan

de acuerdo con lo que deseamos. Porque contiene, en cambio, lo que constituye el peñón más abrupto entre los que la terapéutica psicoanalítica debe poder escalar.

En otras palabras, hay dos “tipos” de sentido común. Uno apunta a designar “lo que todo el mundo siente”, es decir, aquello que rige en el consenso más amplio. El otro corresponde a la irónica afirmación de que ese sentido, que llamamos común, constituye “el menos común de los sentidos”.

Es una cuestión que abordamos hace ya mucho tiempo (en “Acerca de las relaciones entre consenso público y contrato”) y cuya vigencia ha crecido sustancialmente en los últimos dos años (dos años que, “anclándose” en el COVID-19, se han transformado en diez). Cuando analizamos a un paciente que, en el conjunto de sus relaciones con los seres de su entorno que más le significan, configura un metafórico poliedro, nuestra labor transcurre “dialogando”, a través de nuestro paciente (que constituye una de sus caras), con el poliedro completo, con sus más y sus menos, de colaboración y de resistencia.

LA INTENCIÓN COMO PRETEXTO

Un antiguo proverbio señala que de personas con buenas intenciones está empedrado el camino que conduce al infierno. Esto no solo significa que con la intención no alcanza para lograr lo que se quiere o aquello que se debe. También subraya el hecho, pleno de consecuencias, de que se usa la intención como un pretexto. Entre esas consecuencias, cabe destacar que, cuando se aduce como pretexto una intención, es frente al hecho innegable de que ha surgido una víctima.

Más allá del significado inmediato de “texto previo” que posee la palabra “pretexto”, se la utiliza a menudo para ocultar otro texto que no se menciona y que revelaría el verdadero motivo de la omisión o la acción que, en el momento en que se recurre a un pretexto, se juzga.

A pesar de que cotidianamente reconocemos lo que hasta aquí dijimos, dado que a nadie se le escapa lo que lleva implícito recibir como respuesta (cuando le solicitamos algo a alguien) “lo intentaré”, cuando se aborda la cuestión en general

suele aceptarse que la intención funcione como justificación.

Las repercusiones de este asunto multiplican su importancia si reparamos en que ese contexto, en el fondo espurio, de justificación (júzguenme por mis intenciones, no por mis actos) lo usamos como una excusa frente a nosotros mismos. Podrá ser muy cierto que lo que hice no fue aquello que deliberadamente quise (ya que hay cosas que hice “sin querer”), pero eso no alcanza, sin embargo, para negar que aquello otro que sostengo que “en realidad quería” lo quería muy poco y muy mal.

Es preferible admitirlo, porque a pesar del desagrado que acompaña a la percepción de nuestros fallos sigue siendo válido el enorme beneficio que deriva de asumir el consejo milenario señalado en el templo de Apolo en Delfos. Quienes consultaban al oráculo en búsqueda de una predicción que los ayudara a decidir algo difícil recibían, como consejo, recurrir al valioso “paso previo” al conocimiento de las cosas del mundo, contenido en la famosa inscripción: “Conócete a ti mismo”.

LAS RELACIONES EXCLUSIVAS

Nuestras relaciones son definitivamente “inclusivas”. Así nos relacionamos, unos con otros, sin necesidad de pensarlo. Mi médico posee una “imagen” acerca de mí, que incluye todo aquello que sobre mi persona conoce. Lo mismo sucede con todo lo que sobre él conozco. Dado que es un clínico excelente, veamos la secuencia de su desempeño, para explorar un proceso que merece algunas reflexiones.

Luego de escuchar el motivo de la consulta de Pérez, a quien ya conoce porque lo “ha visto” otras veces, mientras registra su tensión arterial y examina los tobillos hinchados excluye todo lo que no le sirve ahora para pensar “hidráulicamente” en la función cardíaca.

Su pensamiento racional lo conduce a descubrir un grado leve de congestión hepática, a auscultar los pulmones y a proponerse investigar la función renal. Posteriormente, correlacionará estos pensamientos que nacieron parciales (como producto de una “exclusión” necesaria) en una interpretación integradora del conjunto orgánico que constituye la fisiología (y

fisiopatología) humana, para llegar, por fin, de una manera inevitable que no siempre es consciente, a incluir la totalidad de sus experiencias con ese paciente, en esa imagen (normalmente inclusiva) que acerca de Pérez conserva y que cada vez que lo atiende rencuentra y acrecienta.

Nos hemos detenido en la descripción de una consulta médica ejemplar, porque nos ofrece una valiosa representación de lo que ocurre cuando los seres humanos nos relacionamos en los numerosos avatares de nuestros encuentros interpersonales. Pero aquello que en realidad anima estas palabras es nuestro deseo de consignar ahora que, “de un tiempo a esta parte”, la deseable normalidad (que ha sido, es y será forzosamente “inclusiva”) de cualquier encuentro trascurre perturbada por el nacimiento de un distanciamiento “obligatorio” (cuyo revelador paradigma es el *home working*). Este reduce nuestro contacto “presencial” a márgenes paupérrimos que nos impiden “ver vivir” a las personas con las cuales hoy convivimos de una manera malsana que limita nuestro intercambio a unos pocos sectores excluyentes en los cuales predomina un irritante fastidio.

FÍSICO Y PSÍQUICO

Schrödinger señala que la física nos invita a considerar el ojo humano como una cámara fotográfica que funciona gracias a la luz que en ella penetra, pero nadie podría convencer a una madre de que de los ojos de su hijo no sale algo que llega a ella y la conmueve. Lo mismo sentiríamos si alguien nos mirara con el monóculo que llamamos “impertinente”, porque nos sentiríamos invadidos. Disponemos, pues, de dos maneras científicas para contemplar un fenómeno.

Físico y psíquico son dos organizaciones de nuestra consciencia que “comparten” o procesan por igual el mundo que registramos mediante nuestras facultades sensoriales. Sin embargo, tal como lo señala Schrödinger, si tuviéramos que elegir deberíamos quedarnos con lo psíquico, porque todo “se da allí”.

Concebimos, pues, dos maneras de la existencia psíquica.

En una de ellas, como organización “epistemológica”, lo psíquico comparte con lo físico una misma jerarquía, y aquello que se registra como “somático”

(de acuerdo con la segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis) constituye lo “genuinamente” psíquico, lo psíquico inconsciente (allí podrán habitar otras formas de consciencia distintas de la que habitualmente disponemos en nuestra vida de “vigilia”). En ese psiquismo inconsciente (dice Freud), nuestra consciencia habitual es un carácter accesorio que pocas veces aparece.

En la otra manera de concebir lo psíquico, como consciencia, este constituye el lugar en donde ambas organizaciones trascurren. ¿Cómo distinguiremos esos dos existentes psíquicos que llamamos con el mismo nombre?

Veamos lo que ocurre con el lenguaje. Usamos un lenguaje para referirnos a las cosas. Por ejemplo, la palabra “gato”, para designar al felino que denominamos de ese modo, pero cuando queremos ocuparnos de la palabra “gato” (señalando, por caso, que la componen cuatro letras), distinguimos ese otro tipo de lenguaje diciendo que se trata de un metalenguaje.

Desde lo que Freud señala, la conclusión es muy clara, aunque es forzoso reconocer que la proposición siempre ha resultado “antipática”: si el psiquismo genuino es inconsciente, el psiquismo consciente es, en verdad, un “metapsiquismo”.

DE LA NOCHE A LA MAÑANA

Tras comentar que ha escuchado en un velorio que el difunto “murió como un pajarito”, un gaucho dice: “Para mí que lo bajaron de un hondazo”. El humorismo se hace cargo allí de un extraño pensamiento: “Los pajaritos mueren sin sufrir” (¿por qué no los pajarracos?). De ese modo, se expresa un deseo que curiosamente, aunque no coincide con lo que suele creerse que sucederá, concuerda, por obra de otras circunstancias, con lo que ocurre en realidad. En un texto anterior (“Muerte y agonía”), sostuve que una larga experiencia como médico (los primeros años en la medicina de urgencia) me permitió comprobar que en el instante en que se muere no se sufre. Solo es posible sufrir una agonía que, además, no siempre conduce hacia una muerte próxima. Hay formas distintas de agonía, y (tal como sostuve en “La caída del telón”) la manera en que sucede resignifica por completo la “historia” de una vida.

Vivimos en dos mundos, el mundo onírico y el de la vigilia. Este último ocupa dos tercios de la vida. No debemos despreciar por eso la contribución del

mundo onírico a los avatares cotidianos. Aunque se ha llegado a discutir ardientemente si durante el soñar algo se elabora, la observación atenta no deja demasiadas dudas al respecto. La expresión “de la noche a la mañana”, plena de sentido, parece aludir con elocuencia a las ocasiones en que uno emprende el día con una decisión que la noche anterior “no lo convencía”. Existe un consejo en la misma dirección: “Consultarlo con la almohada”. Si bien alude, en principio, a las dudas con las cuales, pensando, uno termina por dormirse, todo induce a suponer que el proceso se prolonga durante el sueño.

Volviendo sobre nuestro inocente pajarito, libre de culpa y cargo, subrayemos que expresamos de ese modo nuestro deseo de una consciencia tranquila. Mientras dormimos, en cambio, usamos nuestro “cerebro”, que, como nuestro corazón, jamás descansa, para que dedique su labor a resolver todas aquellas cuestiones que, irresueltas en el día, despiertos, preferimos ignorar.

HASTA DÓNDE

Hace ya treinta años, Jaime Barylko publicó *El miedo a los hijos*, con una repercusión insospechada, merecida y comprensible. Al interés que suscita el tema, cargado de responsabilidad, de nuestra función como progenitores, se agregó que el libro “tocara” una intuición, ampliamente compartida, de que el temor a la pérdida del amor que anhelamos trasciende a nuestros hijos, para incluir al entero conjunto de los seres que, con mayor o menor significación, configuran nuestro entorno.

Lo cierto es que son muchas las veces en las cuales, cargados de conflictos, vivimos impregnados por el miedo a la pérdida de amor, sin saber “qué hacer”, enfrentados con el dilema de protestar inútilmente de manera “peligrosa” o soportar en silencio algo que, sin ningún cambio substancial, perdurará.

Es lo primero que un “paciente” nos trae en la terapéutica psicoanalítica: su ineludible condición de esperar “pacientemente” algo que por el momento ignora, que pueda liberarlo de su repetida frustración.

Sabemos que su conflicto muy pronto se transfiere a su relación con el psicoterapeuta, lo cual, paradójicamente, dificulta la tarea y también constituye la condición ineludible que permite realizarla.

Cabe recordar aquí que el psicoanálisis se dirige hacia el hacer consciente algo reprimido, pero que será siempre el paciente el único que pueda decidir, “por su cuenta y riesgo”, aquello que hará con eso.

Entre las dificultades que la situación suscita, hay dos que sobresalen y que vale la pena mencionar. Una (que solo es posible con la complicidad del terapeuta) es “tomar” el psicoanálisis en forma “caprichosa”, como un medicamento que, de ese modo, hará más mal que bien. La otra, equiparable a creer que se está perdiendo en una “ruleta” que solo es obra del azar, es “hasta dónde” seguir esperando que “la suerte” cambie “por sí sola” o, frente a lo que siempre arroja el mismo resultado, decir “basta” a tiempo. Esto es algo que suele ser imprescindible y difícil de reconocer y hacer (porque implica duelar lo que ya se ha perdido). Algo que cada cual, solo frente a sí mismo, deberá resolver.

EPÍLOGO

EL CASTILLO DE ARENA Y EL PALACIO SOÑADO

(Flecos de un pensamiento en formación)

El castillo es transitorio, se lo llevará la marea; el palacio, intemporal e inmortal, renace de las cenizas, como el ave fénix.

El castillo representa los dos tercios de la vida de vigilia; el palacio (que con sus torres en aguja y sus banderas apunta hacia su relación con la divinidad de lo infinito y la conserva), el tercio de la vida onírica.

El castillo representa las palabras que procuran atrapar un sentido; el palacio, el sentido escurridizo que, continuamente, se alcanza y se diluye en significados inconexos.

El castillo, como materia, se degrada; el palacio, como idea, inmarcesible e inmortal, perdura inabarcable.

El castillo, perceptible, se puede describir; el palacio, que intuitivamente “impregna” como una totalidad indivisible, persiste indescriptible y celestial.

En cada “latido”, el corazón revela que, en la vida, antecedente y consecuente (que son, por ejemplo, dos maneras de la familiaridad que engendran una familia) constituyen la forma exclusiva de un castillo cronológico que surge frente a la existencia kairológica de un palacio que permanece inclusivo.

El pensamiento racional, exclusivo, y el sentimiento intuitivo, inclusivo, que utilizamos en nuestra concepción del mundo penetran, ambos, en la configuración de un ego en el cual el castillo de lo que soy contigo se construye frente al palacio de un “yo-tú” inalcanzable. Lo encontramos, en una de sus vertientes trágicas, en la poesía de un tango: “Yo sé que es mentira / todo lo que estás diciendo, / que soy en tu vida / solo un remordimiento, / [...] / lo sé, y sin embargo, / sin esa mentira, no puedo vivir”.

